

Los muertos no son más que semilla,
y morir bien es el único modo seguro
de continuar viviendo.

José Martí

El 5 de septiembre de 1957, marinos y civiles del MR-26-7 se alzaron en Cienfuegos contra la tiranía batistiana como parte de un plan de levantamiento nacional. La ciudad fue libre durante muchas horas. La superioridad numérica de las fuerzas contrarias frustró la insurrección popular. El heroísmo desplegado durante la tenaz resistencia y la sangre revolucionaria vertida han sido razones para que los autores ofrezcan, en este libro, las síntesis biográficas de los cuarentaiséis caídos —de ellos cuatro en La Habana y tres en Santa Clara.

ORLANDO FÉLIX GARCÍA MARTÍNEZ (Cienfuegos, 1951). Máster en Estudios Históricos y Antropología. Miembro Correspondiente de la Academia de Historia de Cuba. Ha impartido conferencias en instituciones y universidades de distintos países. Entre sus publicaciones, como autor o coautor, se encuentran los libros: *Espacios, silencios y los sentidos de la libertad. Cuba entre 1879 y 1912* y *La sublevación esclava en la goleta Amistad. Ramón Ferrer y las redes de contrabando en el mundo atlántico*. Miembro de la Unhic y presidente de la Uneac en Cienfuegos. Ha sido condecorado con la Distinción por la Cultura Nacional.

ANDRÉS DANIEL GARCÍA SUÁREZ (Cienfuegos, 1932). Licenciado en Letras, periodista y narrador. Ha publicado testimonios, crónicas e historias, tales como, *El Escambray en ascenso*, *Los fundidores relatan su historia*, premio testimonio concurso Primero de Enero, 1974; *Yo viví el drama de la Guerra Civil española*; *La linda ciudad del mar* y *La luz que sube de tu nombre* (cuentos). Es Miembro de la Upec, Uneac y Unhic.



9789592741645



OFICINA DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO DE ESTADO

Mártires del 5 de Septiembre

Mártires del 5 de Septiembre

Orlando Félix García Martínez
Andrés Daniel García Suárez

Colección **Semilla**



**Mártires
del 5 de Septiembre**

Colección **Semilla**

Mártires del 5 de Septiembre

Orlando Félix García Martínez
Andrés Daniel García Suárez



**OFICINA DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO DE ESTADO**

CUIDADO DE LA EDICIÓN:

Belkys Duménigo García

EDICIÓN:

Olivia Diago Izquierdo

DISEÑO, DIGITALIZACIÓN Y CORRECCIÓN

DE IMÁGENES E INFOGRAFÍAS:

Aida Soto-Navarro

REALIZACIÓN:

Alejandro Greenidge, Ramón Caballero Arbelo y Aida Soto-Navarro

FOTOS:

Omar García Valentí, Miguel Ángel Albuerne, los autores

CORRECCIÓN:

Yahima Rosaenz León

© Orlando Félix García Martínez, Andrés Daniel García Suárez, 2017

© Sobre la presente edición:

Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, 2017

ISBN: 978-959-274-149-2 (Colección)

ISBN: 978-959-274-164-5

Los lectores que comprueben la existencia de errores, omisión de datos fundamentales o que posean alguna información adicional importante, relacionada con el contenido de este libro, pueden comunicarse con la editorial.

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado

Calle 8 No. 210, e/ Línea y 11, Vedado, La Habana, Cuba.

C. P. 10 400

Teléfonos: (537) 836 8846 / 836 5234

Correo electrónico: publice@enet.cu

*“No hay más que un medio de vivir después
de muerto: haber sido hombre de todos
los tiempos, o un hombre de su tiempo”.*

JOSÉ MARTÍ PÉREZ

Oposición al golpe de Estado

Aquella mañana del lunes 10 de marzo de 1952, la ciudad portuaria de Cienfuegos mostraba alterado su ritmo habitual. Fulgencio Batista Zaldívar y su camarilla habían asaltado el poder constitucional.

El Ayuntamiento de Cienfuegos se convirtió en un lugar de convergencia de hombres y mujeres de diversas generaciones y tendencias políticas, en su mayoría obreros y estudiantes. Todos buscaban la vía de organizar la resistencia contra el golpe de Estado que pisoteaba la Constitución de 1940. Antes de que los civiles opuestos a la asonada castrense pudieran organizarse,

los mismos militares que en las primeras horas del día habían declarado a la prensa local su oposición, fueron quienes los desalojaron de la sede del gobierno.¹ Sin armas y sin posibilidades para obtenerlas, tuvieron que regresar a sus hogares. Igual ocurrió con los nutridos grupos de obreros, campesinos y estudiantes en desacuerdo con Batista, que se lanzaron a las calles de Cruces, Abreus, Palmira, Lajas, Cartagena, Rodas, Aguada de Pasajeros y Cumanayagua.

En horas de la noche, algunos cienfuegueros conocieron de un hecho, no por aislado menos trascendental: la protesta del alférez de fragata Roberto Roque Núñez en el Distrito Naval del Sur, enclave militar ubicado en Cayo Loco y conectado a la ciudad por una estrecha carretera. Roque Núñez renunció ese día a sus grados y cargos dentro del cuerpo armado.² Por otro lado, marinos de baja graduación, en su mayoría de origen obrero y campesino, empezaron a adoptar una actitud de oposición al golpe militar de forma velada que, en el transcurso de la dictadura batistiana, derivó en una total rebeldía frente a la situación reinante en el país.

Desde entonces los opositores al régimen, en Cienfuegos, buscaron las vías para enfrentar la tiranía. Algunos siguieron las orientaciones del Partido del Pueblo de Cuba (Ortodoxos), de gran arraigo entre amplios sectores de la población, pero sumido en serias divergencias respecto a la táctica de lucha a seguir; otros, no tan numerosos, vieron la solución en la línea de los auténticos que encabezaba el expresidente Carlos Prío Socarrás o la fracción de Aureliano Sánchez Arango; entre

¹ Periódico *El Comercio*, Cienfuegos, 10 de marzo de 1952, p. 1.

² Roberto Leonardo Roque Núñez nació el 6 de noviembre de 1915 en el pueblo de Palmira. Fueron sus padres la maestra Edelmira Núñez y el sastre Rufino Roque. Estudió en la Academia Naval del Mariel (1937- 1942), promoción No. VII de la que formaban parte Andrés González Lines y Alejandro González Brito. Se vinculó al MR-26-7 en 1956 y resultó expedicionario del yate *Granma*. Luego del desembarco fue hecho prisionero. Estuvo encarcelado en el Presidio de Isla de Pinos hasta el triunfo de la Revolución. Militante PCC. Falleció en la Habana, el 1. de diciembre de 1989.

los más jóvenes, principalmente, al frente de Ángel Quevedo, buscaron orientaciones en la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) habanera, cuyos líderes habían publicado una declaración de principios llamando al pueblo a la lucha, y los menos nutridos, pero con conciencia de clase más avanzada, se acercaron al Partido Socialista Popular.

Sucedieron tiempos de muchas protestas y manifestaciones populares.³ El enfrentamiento a la dictadura fue radicalizando a las masas populares. La acción armada como vía para derrocar el gobierno de Batista y restaurar la Constitución de 1940 ganaba adeptos entre los hombres de origen más humilde y algunos elementos de procedencia pequeño burguesa. Fue un proceso de toma de conciencia, en el que los más radicales contactaron con las organizaciones que proponían la vía armada como la única capaz de derrocar la tiranía. Entre estas se hallaban, como más representativas: la Triple A, la Organización Auténtica, la Joven Cuba y el Movimiento Nacional Revolucionario.⁴

Corrieron meses en que marinos de baja graduación apostados en el Distrito Naval de Sur, en Cayo Loco, establecieron vínculos con opositores al Partido Auténtico, es decir, con quienes creían en la línea insurreccional de ese partido. En 1952 este núcleo conspirativo incorporó a algunos militares de la Estación de la Policía Marítima de Cienfuegos. Pronto las estructuras clandestinas de los auténticos ciudadanos quedaron conectadas con el núcleo inicial de Cayo Loco, cuyo jefe en 1955 sería el cabo Santiago Ríos Gutiérrez, muy vinculado al político auténtico Blas Hernández Pardo.⁵

³ Colectivo de autores: *Síntesis Histórica Provincial Cienfuegos*, pp. 210; 218; 237-238; Orlando F. García Martínez y Alina Puig Yanta: *José Gregorio Martínez Medina, un luchador clandestino*, pp. 11-12.

⁴ Orlando F. García Martínez y Alina Puig Yanta: *Biografía de Luis Pérez Lozano*, pp. 20-21.

⁵ José A. González Delgado: Entrevista realizada en junio de 1980. Sección de Historia del archivo PCC provincia de Cienfuegos; entrevistas a Luis Miranda (13 de abril de 1978) y a Blas Hernández (marzo de 1963).

Mientras tanto, otros revolucionarios radicados en La Habana se fueron integrando a los jóvenes de la Generación del Centenario, que lideraban Fidel Castro Ruz y Abel Santamaría Cuadrado. En sus filas militaban la crucense Melba Hernández Rodríguez del Rey y los cienfuegueros Abelardo Crespo Arias y Orlando Cortés, personas que gozaban de gran prestigio entre la juventud del territorio.⁶ De ahí que su participación en la nueva organización concitara la atención de los elementos antibatistianos más radicales del territorio.

La distribución que organizara Melba Hernández de la “Historia me absolverá” —folleto inicial que recogía el alegato de autodefensa de Fidel en el juicio por los sucesos del 26 de julio de 1953—, propició en la región un mejor conocimiento del programa político del movimiento revolucionario. Luego, la campaña popular a favor de la amnistía de Fidel y demás compañeros presos en el Presidio Modelo de Isla de Pinos produjo un mayor acercamiento, a las posiciones de los jóvenes “del Centenario”, de los elementos más decididos y radicales que enfrentaban la tiranía en Cienfuegos.⁷

Hacia 1955, el accionar de las masas populares alcanzó singular fuerza. Las protestas estudiantiles sucedían unas tras otras en los centros de Segunda Enseñanza. Numerosas también fueron las huelgas protagonizadas por los sectores bancarios, tabacaleros, azucareros y otros. La política económica de Fulgencio Batista acrecentaba el descontento popular. El punto culminante del creciente movimiento opositor a la situación del país fue la huelga azucarera de fines de diciembre de 1955, en demanda del llamado diferencial azucarero, la cual produjo un paro general en Cienfuegos durante varios días.

⁶ Colectivo de Autores: *Síntesis Histórica Provincial Cienfuegos*, pp. 216–218.

⁷ Raúl Castro Ruz: “Discurso pronunciado en el VIII aniversario del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos M. de Céspedes”, p. 45.

Constitución del MR-26-7 en Cienfuegos

El trabajo desplegado por Abelardo Crespo Arias, Melba Hernández y Gustavo Arcos Bergnes hizo posible la constitución del MR-26-7 en los principales poblados del territorio, entre los meses de julio y diciembre de 1955. En la ciudad, dicho movimiento lo encabezó Rigoberto García Flores, militante ortodoxo propietario de la farmacia ubicada en la intersección de las calles San Fernando y Tacón.

Numerosas células clandestinas se fueron formando en los meses venideros por hombres y mujeres procedentes en su mayoría de los sectores más desposeídos de la

sociedad, entre otros se destacaron Luis Pérez Lozano; Ricardo Llaguno Fernández; Pedro Olascoaga Vázquez, Pullín; José Gregorio Martínez; Samuel Ponvert; Aldo Margolles Dueñas; Aníbal Velaz; Francisco Padrón; Norma Acosta y Francisco Escobar Marín. Con el paso del tiempo, el M-26-7 desarrolló una campaña entre los sectores estudiantiles que le permitía controlar las directivas de las Asociaciones de Estudiantes de la Enseñanza Media, cuyo empuje había quedado demostrado al obligar a los miembros del Ayuntamiento a aprobar, el 10 de diciembre de 1955, una moción condenando la represión del gobierno contra sus manifestaciones en el país.⁸

Muy importante fue el ingreso, al Movimiento Revolucionario 26 de Julio (MR-26-7), de un numeroso grupo de militantes de diversas fracciones auténticas en el que se destacaban por su liderazgo e influencia, Galo Tiel Delgado y Tomás Toledo Benítez. Pronto, la dirección del 26 en Cienfuegos logró captar a auténticos con ideas insurreccionales, aprovechando, por un lado, las relaciones de Francisco del Sol Díaz, sanitario de Cayo Loco, con Rigoberto García Flores; y por el otro, los vínculos de Julio O'Burque con el cabo Santiago Ríos, jefe del grupo de marinos de baja graduación que conspiraban en el Distrito Naval del Sur.⁹

⁸ Raúl Dorticós Jiménez: Entrevista realizada en junio de 1980.

⁹ José A. Delgado González: Entrevista citada.

Primeros intentos de alzamiento popular

El primer intento de alzamiento con el apoyo de los marinos complotados en el Distrito Naval del Sur, en su inmensa mayoría gente de origen obrero y campesino, estuvo vinculado a los planes de Fidel de traer una expedición armada desde México. Al inicio se recaudaron fondos para financiar la preparación del grupo expedicionario. Más tarde se procedió, siguiendo instrucciones de Melba Hernández, al envío hacia México del exoficial de la Marina de Guerra y miembro del M-26-7, Roberto Roque Núñez. También se asaltó con éxito, la llamada Armería de Melilla, un taller de reparación

ubicado en el edificio de los Jesuitas, con el objetivo de obtener armas para apoyar el desembarco.

Cuando el yate *Granma* partió del puerto de Tuxpan con dirección a Cuba, la jefatura del movimiento en Cienfuegos tenía adelantados los planes para secundar la acción. Por eso en la madrugada del 30 de noviembre de 1956, rápido se movilizaron los revolucionarios para desarrollar las tareas de apoyo. Desde La Habana, Miguel Merino Márquez y Raúl Coll Calaña habían traído algunas armas que se distribuyeron en casa de Efraín Barrios. Dos aspectos esenciales del plan eran tomar Cayo Loco con el apoyo del grupo de marinos fidelistas y distribuirles las armas a los hombres del M-26-7. Sin embargo, los complotados no pudieron cumplir su parte por adversidades de última hora en la organización de las guardias.

Por su parte, el comando integrado por Aníbal Velaz, Rafael Betancourt, Antonio Espino, Gustavo López y Humberto Blanco, produjo acciones como la quema de las gasolineras de la Calzada de Dolores y Manacas, a la entrada de la ciudad y a menos de trescientos metros del cuartel de la Guardia Rural. Pese a la brutal represión y la detención de algunos líderes de la clandestinidad, entre los cuales estaban Rigoberto García, Ricardo Llaguno, Raúl Coll y el villaclareño Quintín Pino Machado, el plan de sublevación nunca fue descubierto por los esbirros batistianos.

Sobre lo ocurrido ese día, Fidel Castro, máximo dirigente del M-26-7, expresó:

[...] Ya desde el año 1956, un grupo de marinos, es decir, soldados y cabos de la base de Cienfuegos, había entrado en contacto con el Movimiento 26 de Julio. Y el 30 de noviembre, cuando se aproximaba el desembarco del yate *Granma* y cuando tiene lugar el alzamiento de Santiago de Cuba, existe desde entonces la idea de producir el alzamiento de Cienfuegos.¹⁰

¹⁰ Fidel Castro Ruz: *Cienfuegos. Un episodio heroico en la lucha de nuestro pueblo*, p. 6.

Las acciones de propaganda y sabotaje prosiguieron durante diciembre de 1956: petardos y bombas estallaron en el marco de la campaña “Cero Fiesta de Navidad”; letreros y consignas revolucionarias se pintaron en muros y paredes; banderas y gallardetes del movimiento ondearon en diferentes edificios de los principales poblados sureños. El respaldo a los guerrilleros de la Sierra Maestra se hizo patente en el bregar cotidiano.

A inicios de enero de 1957, el liderazgo del M-26-7, entre los cienfuegueros opuestos a la dictadura de Batista, era indiscutible. Por esos días la represión batistiana se hizo más férrea y algunos combatientes clandestinos como Rigoberto García Flores, el coordinador del 26, fueron detenidos, y este en particular, sometido a vejámenes y torturas pero sin que pudieran arrancarle una sola palabra comprometedora.

Era el lapso en que Frank País García y Faustino Pérez Hernández comenzaron a desarrollar una intensa labor para reorganizar el trabajo del M-26-7 en las ciudades y asegurar la consolidación del núcleo guerrillero que dirigía Fidel allá en la Sierra Maestra.

Hacia finales de enero y principio de febrero se le orientó al palmireño Rafael Marín que asumiera interinamente la jefatura del 26 de Julio en la región. Finalmente fue designado como nuevo coordinador Emilio Aragonés Navarro, joven de familia adinerada con una fachada de próspero hombre de negocios. Al frente de las brigadas de Acción y Sabotaje estaría Aldo Margolles Dueñas.

Pasado algún tiempo, los contactos con el grupo de Cayo Loco se restablecieron; las acciones de propaganda y los sabotajes volvieron a incrementarse; la captación de nuevos miembros entre la población fue notable; el número de células clandestinas, en las que preponderaban los obreros y jóvenes trabajadores eventuales, se multiplicó; se organizó y consolidó la llamada Resistencia Cívica, en la que militaron los prestigiosos abogados Osvaldo Dorticós Torrados, José A. Frías, otros conocidos profesionales y numerosos empleados de bufetes, sociedades y corporaciones privadas. No menos

importante fue la participación femenina en las actividades del 26 al consolidarse un fuerte núcleo de mujeres entre las que sobresalían Norma Acosta, María Corsés Portal, Flavia Sánchez Manduley, Carmen Lavandero, Lilia Romney, Rosa Marrero y Zayda Luya.

En algunos líderes clandestinos estaba presente la idea de establecer un frente guerrillero en las montañas del Escambray. A inicios de marzo de 1957, Faustino Pérez consideraba necesario hacerlo lo más rápido posible para evitar la concentración de fuerzas enemigas sobre el destacamento de Fidel Castro, mientras Frank País era partidario de concentrar, inicialmente, todos los esfuerzos en fortalecer con hombres, armas y pertrechos, el núcleo de combatientes en la Sierra Maestra, antes de extender la lucha armada a otras partes rurales del país. En ese contexto, el 13 de marzo de 1957, fuerzas armadas del Directorio Estudiantil atacaron el Palacio Presidencial, donde perdieron sus vidas muchos de los asaltantes, incluido el líder universitario José Antonio Echeverría.

La represión que el régimen mantenía contra los luchadores clandestinos de Cienfuegos no impedía la realización de las actividades subversivas. Para la Semana Santa, la jefatura del M-26-7, con Emilio Aragonés y Aldo Margolles al frente, tenía articulado un plan de sublevación en el que desempeñaría un papel decisivo el grupo de marinos acantonados en Cayo Loco. El llamado Sábado de Gloria fue la fecha escogida. Ese día de abril debían concurrir hacia la ciudad, revolucionarios procedentes de diversos municipios para secundar el levantamiento; pero imprevistos de última hora en Cayo Loco determinaron posponer la acción.

Volvió una tensa espera, marcada por el dolor que significaron las muertes y asesinatos de los asaltantes al cuartel Goicuría, en Matanzas. Hasta bien entrado mayo, no fueron movilizados otra vez.

Para ese mes, el movimiento cienfueguero intentó llevar a vías de hecho el levantamiento popular que, en esta ocasión, tenía como objetivo principal abrir un frente guerrillero en las montañas del Escambray. La acción planificada incluía a

un grupo de fogueados luchadores de diferentes ciudades y poblados de la antigua provincia de Las Villas; estaba coordinada con la jefatura del M-26-7 a esa instancia, además de seguidos de cerca, los preparativos, por la dirección nacional del 26 en La Habana.

Por esa razón, arribaron a Cienfuegos, la experimentada Haydée Santamaría y Javier Pazos, del frente de Acción y Sabotaje en La Habana. Casi a la vez, lo hizo Osvaldo Rodríguez Ayala, miembro de la jefatura provincial. Habían concebido llegar a las seis de la tarde del día 27 a la entrada de Cayo Loco, donde el cabo Santiago Ríos los recogería una vez rendidas las postas.

Ese día, los miembros del M-26-7 en Cienfuegos iniciaron el acuartelamiento en los lugares previstos. Cumpliendo las diferentes misiones organizativas se encontraban Gilberto González, Vicente Espinosa y Rogelio Guillot. En diversos lugares de la ciudad se agruparon los miembros de las células al mando de Olascoaga, Escobar, O'Burke, Barrios, Efrén Margolles, Pedro Antonio Aragonés Mayor y otros compañeros.

A pesar de concentrar un gran número de combatientes procedentes de Sagua la Grande, Santa Clara, Cruces, Cabaiaguán, Sancti Spíritus, Camajuaní y otros municipios, los jefes de los marinos conspiradores no pudieron colocar sus hombres en las postas principales y eso provocó posponer, por doce horas, el inicio de la sublevación.

Este cambio trajo consigo las sospechas de las fuerzas represivas sobre una casa del reparto Buenavista, en las afueras de la ciudad, donde se acuartelaban treintaicinco combatientes. El enemigo trasladó un número considerable de sus efectivos militares hacia el lugar y luego de un breve pero intenso intercambio de disparos, los movilizados por el 26 resultaron detenidos. Nuevamente quedó frustrado el levantamiento; pero ninguno de esos hombres sometidos a disímiles torturas flaqueó. Ninguno articuló una sola palabra acerca de las orientaciones recibidas por sus dirigentes. Tampoco los complotados de la Marina de Guerra fueron descubiertos. Emilio Aragonés, Aldo Margolles, Rodríguez Ayala, Javier Pazos,

Haydée Santamaría y otros muchos combatientes tuvieron que abandonar la ciudad debido a la represión policiaca que se desató.

Al valorar estos hechos, el máximo líder de la Revolución, Fidel Castro, expresó:

[...] cuando nosotros luchábamos en la Sierra Maestra persistió la idea de producir un levantamiento en Cienfuegos, con el apoyo del grupo de marinos revolucionarios, para organizar después un frente en las montañas del Escambray. Es decir, tomar las armas de Cayo Loco y avanzar hacia el Escambray para constituir un segundo frente guerrillero.

Se pensó primero en el mes de abril; no fue posible. Se planificó después para el 28 de mayo de 1957 y estuvo muy próximo a ocurrir el levantamiento.

[...]

[...] algunos detalles técnicos —cuestiones de posta—, determinaron el aplazamiento para la 6:00 de la madrugada del día siguiente. Pero esa noche los 35 combatientes del Movimiento que se concentraron en una casa alquilada para esos efectos y que fueron denunciados, se vieron cercados por la policía y arrestados.

Hay que decir en honor a esos hombres [...] que, a pesar de que fueron torturados y maltratados por las fuerzas represivas, ninguno de ellos dijo una sola palabra. Y así pudo preservarse el secreto del grupo de marinos revolucionarios que conspiraban junto al Movimiento 26 de julio.¹¹

¹¹ Fidel Castro Ruz: Ob. cit., pp. 6-7.

Sublevación popular del 5 de Septiembre

En los primeros días de julio de 1957, los combatientes cienfuegueros estaban reorganizados bajo la jefatura de Pedro Aragonés Mayor, Totico. Este contaba con Pedro Luis Olascoaga, Pullín, como jefe de Acción y Sabotaje. No hubo demora en reactivar los contactos con el grupo de marinos al mando del cabo Santiago Ríos Gutiérrez y el sanitario Francisco del Sol Díaz, pues se mantenía latente la idea de la apertura del frente en las cercanas montañas. Sin embargo, Frank País García seguía pensando que todavía no existían las condiciones para establecer el núcleo guerrillero con combatientes disciplinados

y adiestrados militarmente; ni tampoco se contaba con un estructurado sector obrero en Las Villas, capaz de organizar la huelga general revolucionaria. De ahí que Frank, en su calidad de jefe de Acción Nacional, enviara a Octavio Louit Venzant en el mes de junio para apoyar la labor en ese sector villareño y extender la experiencia positiva del Frente Obrero en la provincia de Oriente.

En ese entonces dirigía el M-26-7 en Las Villas Allan Rosell Anido y había sido nombrado como jefe de Acción y Sabotaje, Julio Camacho Aguilera, cuyo nombre de guerra era Jacobo.¹² Este había participado en las acciones del 30 de noviembre de 1956, en Guantánamo, y tenía gran experiencia en la actividad clandestina.

La llegada de un hombre de confianza de Frank País reforzó la unidad en la dirección provincial y el proceso de fortalecimiento de las fuerzas del M-26-7 que operaban en el territorio. Por otra parte, venía a reafirmar la estrategia certera de crear un nuevo frente guerrillero en el menor plazo posible, idea que tenía en el jefe de Acción santiaguero a uno de sus principales propulsores. Eso explica la propia selección que hizo de Julio Camacho, a quien pensaba enviar a la Sierra Maestra como jefe del segundo refuerzo.

En esa época Frank País y Faustino Pérez trataban de darle un carácter nacional a la sublevación, aprovechando sus vínculos con quienes conspiraban dentro de la Policía Nacional, el Ejército y sus fuerzas aérea y naval. El asesinato de Frank, el 30 de julio de 1957, en las calles de su natal Santiago de Cuba, fue un duro golpe para los revolucionarios y, en especial, para la articulación de los planes conspirativos del M-26-7 dentro de las fuerzas militares del tirano.

A finales de agosto, Faustino había logrado la conformación de un plan de alzamiento en coordinación con oficiales desafectos de algunas instituciones armadas de La Habana. La idea era atacar el Palacio Presidencial y el campamento de Columbia para dar inicio a la sublevación nacional. Los vínculos di-

¹² Luis Rosado Eiro y Pilar Quesada González: Ob. cit., p. 38.

rectos de Pedro Aragonés con determinados jefes de la conspiración en La Habana, a través de Miguel Merino Márquez y Raúl Coll Calaña, provocaron cierta descoordinación con la instancia provincial.

La complicada situación originó la visita a Cienfuegos, de Julio Camacho como jefe de Acción. Acompañado de Osvaldo Rodríguez Ayala, miembro de la dirección provincial, se reunió con Aragonés, Olascoaga, Dorticós y otros jefes de células. Días después, Aragonés viajó a Santa Clara y se le ratificó que debían esperar orientaciones de la dirección nacional.

Varias fueron las fechas propuestas. Finalmente se acordó dar comienzo a la sublevación nacional en la madrugada del 5 de septiembre de 1957. La tarde del día 4, partieron desde La Habana hacia Las Villas, con la orden de alzamiento, Julio Camacho Aguilera, Miguel Merino y Dionisio San Román Toledo, un alférez licenciado por sus actividades conspirativas. Al llegar a Colón se dividieron. Camacho avisaría a los combatientes de Santa Clara antes de continuar a Cienfuegos.

Adentrada la noche del propio 4 de septiembre, arribaron San Román y Merino a la llamada Perla del Sur. En casa del obrero eléctrico Alejandrito Suárez, se ubicó el cuartel general inicialmente. Allí comenzaron a ultimar los detalles con Aragonés, quien rápido procedió a la movilización de los combatientes del 26. El propio Totico Aragonés salió en bicicleta a avisarles a Raúl Coll y a Rogelio Guillot; y este debía pasar la orden a Pullín Olascoaga. Por su parte, Alejandrito Suárez le trasladaba el mensaje al trabajador eléctrico Salvador Díaz, enlace principal con el cabo Santiago Ríos. Mientras tanto, Camacho, que en Santa Clara había coordinado las acciones de apoyo con otros dirigentes provinciales, llegó en la madrugada a Cienfuegos.

Especial importancia tuvo el aviso de acuartelamiento para los conspiradores bajo el mando del cabo Santiago Ríos y Francisco del Sol. A ellos les correspondía la misión de reducir las postas y permitir el acceso de los revolucionarios a las seis de la mañana del día siguiente. Apenas pasadas las cinco, Ríos coordinaba los detalles de la acción en Cayo Loco con

Eleuterio Arquet Calaña, Armando Fragoso Ávila, Hernando Debray Fernández y otros conspiradores.

Poco antes del amanecer comenzaron a avanzar hacia Cayo Loco los acuartelados en la casa de Alejandro Suárez. En este grupo marchaban Camacho Aguilera, Dionisio San Román y otros jefes de la sublevación. Al lapso previsto, partirían para el enclave militar, los casi veinte participantes que Pedro Olascoaga había agrupado en el Gremio de Carretoneros. Luego avanzarían hacia la instalación, los apostados en las casas de Norma Acosta, María Corsés, Julio O'Burke, y en otros lugares.

A la hora prevista, los marinos encabezados por el cabo Santiago Ríos habían reducido el cuerpo de guardia y las postas de acceso al Distrito Naval del Sur. En la posta uno ubicó a Alberto Cortés Expósito y Raúl Arquet Calaña. De inmediato, facilitaron la entrada de los jefes de la acción: Camacho, San Román, Aragonés, Merino, Osvaldo Acosta y Raúl Coll. Muy pronto hicieron prisioneros al coronel Roberto Comesañas, jefe de la unidad militar, y a otros oficiales fieles al dictador. Muchos marinos y clases, que no estaban en la conspiración, se unieron; igual hicieron algunos oficiales de larga trayectoria en la fuerza naval, como los alféreces José Ramón Quesada y Dimas Martínez Padilla.

La Estación de la Policía Marítima, ubicada en la calle La Mar junto a los principales muelles del puerto sureño, fue también reducida por el grupo de marinos que encabezaban los sargentos Alberto Ríos Mayea y Ramón Lapidó Fernández. Sin producirse un disparo ocuparon la instalación. Con los prisioneros regresaron a Cayo Loco. La mayoría de los detenidos se incorporó al alzamiento tan pronto intercambiaron con San Román y Camacho.

A los miembros del M-26-7 que arribaban a Cayo Loco se les iban entregando las armas y adiestrándolos en su manejo. Paralelamente San Román y Camacho formaron comandos mixtos de marinos y civiles para reducir las demás unidades militares. Primordial para el éxito de la sublevación era sorprender a los policías acantonados en su jefatura, ubicada en el mismo edificio del Ayuntamiento, y a los guardias rurales

del Escuadrón 33, cuyo cuartel defendía la carretera principal de entrada a la ciudad.

Pero el factor sorpresa falló. El grupo de marinos encargados de apresar al comandante Eugenio Fernández, jefe de la Guardia Rural, en su residencia particular en el barrio de La Juanita, se le hizo sospechoso a su custodio. El intercambio de disparos sostenido con su escolta, muerto en la acción, facilitó la fuga del alto oficial por la parte posterior de la vivienda. Nada pudieron hacer los integrantes del comando para impedir la huida.

Los policías de guardia en la subestación del lugar, rápido procedieron a algunas detenciones de civiles ajenos a lo sucedido. De hecho, la revuelta en esa parte de la ciudad frustró la toma del estratégico cuartel de la Guardia Rural y de la Estación de la Policía Nacional, pues quienes, bajo la dirección del sargento Galo Mederos Soto, intentaban tomarla tampoco pudieron sorprender a los sicarios dirigidos por el comandante Eugenio Ruiz Beltrón.

Las noticias transmitidas por los policías apostados en la subestación de La Juanita pusieron en sobre aviso al connotado jefe de las represivas fuerzas policiales. Alrededor de cuarenta uniformados repelieron con fuego graneado de fusiles y ametralladoras al grupo rebelde cuando avanzaba desde el parque Martí y los edificios aledaños a la guarnición.

Casi al mismo tiempo, otra violenta refriega ocurría en la Calzada de Dolores y su confluencia con la calle Esperanza. Los hechos se desencadenaron al enfrentarse el comando de Miguel Merino, que avanzaba hacia el cuartel de la Guardia Rural, con un auto patrullero de la policía que desde la subestación de la Policía en La Juanita avanzaba hacia el parque Martí. Durante el combate resultaron abatidos tres tripulantes del carro policial y heridos de gravedad un policía y el civil que conducían detenido. Merino regresó a Cayo Loco, con ocho militares prisioneros, para informar sobre el intento fallido de ocupar el cuartel.

La Estación de la Policía cayó en manos de los sublevados alrededor de la diez de la mañana. Durante el ataque murió el

sargento Gregorio Morgan, uno de los marinos complotados, y resultó herido Hernando Debray. Ya el pueblo se había lanzado a las calles en apoyo a la rebelión. Enseguida se agotaron las armas existentes en las instalaciones militares ocupadas, debido a la masiva incorporación popular.

Mientras esta ciudad estaba en manos de miembros del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, de marinos sublevados y el pueblo, el resto del país permanecía en relativa calma. El aviso de posponer la sublevación no llegó a los miembros del 26 y no se produjeron las acciones en otros lugares como consecuencia de la decisión inconsulta del alto mando de la Marina de Guerra comprometido al alzamiento. Solo en La Habana y Santa Clara, donde media docena de combatientes pereció, hubo acuartelados en espera de las órdenes de sus jefes.

En la calle Desagüe y Ayestarán de la capital del país, se produjo un enfrentamiento desde el auto en que viajaban los miembros del M-26-7 Armando Gamboa Mouriz, Raúl Marcuello Barrios, Félix Laguardia Tamayo, Otto Díaz García y José R. Funes Rodríguez con dos carros patrulleros e igual número de motocicletas de la Policía. Al iniciarse esa mañana el tiroteo, casi a quemarropa, murieron Marcuello y Laguardia, que iban en el asiento trasero. Los revolucionarios ripostaron el fuego. Funes, Gamboa y Otto se bajaron del auto en medio de la balacera para emprender la retirada; pero Gamboa resultó abatido por los disparos, y los otros dos, aunque escaparon del cerco en ese momento, Funes no lo logró, fue capturado y asesinado posteriormente.

A media mañana, la aviación sobrevolaba Cienfuegos y rasante, Cayo Loco. Primero ametralló con aviones B-26 y, horas más tarde, añadió al ataque los F-47. Dos ametralladoras calibre 50, operadas por José Prado y Lino del Valle, repelían el ataque aéreo.

Las emisoras radiales mantenían su habitual programación. Era el primer indicio del fracaso del levantamiento nacional. Los insurrectos no habían recibido señales de apoyo desde otras guarniciones militares. Eso provocó la salida desde Cayo

Loco de Dionisio San Román, en el Guardacostas No. 101 *Leoncio Prado* para hacer contacto con otras unidades navales, pero antes de cumplir la misión fue apresado.

Más tarde, los situados en diversos lugares de Santa Clara, siguiendo orientaciones de Julio Camacho, esperaban el aviso de Allan Rosell y Margot Machado para secundar el levantamiento en Cienfuegos. Por la trasmisión de un escueto comunicado de una emisora de la Perla del Sur, se enteraron de que San Román estaba al mando del Distrito Naval del Sur. De inmediato ordenaron iniciar las acciones de apoyo. Raúl Perozo y otros jefes de células salieron a las calles y enfrentaron a fuerzas de la tiranía. En los desiguales combates sucedieron las primeras bajas y detenciones. Murieron apoyando a los cienfuegueros: Laureano Anoceto March, Eduardo Anoceto Rega y Rubén Carrillo Sánchez.

Alrededor del mediodía, efectivos del ejército batistiano enviados desde Santa Clara llegaron al cuartel del Escuadrón 33. Luego entraron al parque Martí las fuerzas del Tercio Táctico de Santa Clara. Pronto inició la heroica resistencia de los hombres del 26, los marinos y el pueblo. Las tropas del Tercio Táctico fueron rechazadas al principio con grandes pérdidas, por algo más de un centenar de combatientes atrincherados en la jefatura de la Policía, el Ayuntamiento, el café El Sol, el colegio San Lorenzo y otros edificios aledaños.

Los manifestantes se hicieron fuertes en Cayo Loco y los alrededores del parque Martí. Los aviones F-47 y B-26 continuaban ametrallando las posiciones rebeldes mientras tropas enviadas desde La Habana y Matanzas avanzaban por la Carretera Central. Las partidas del Regimiento Leoncio Vidal de Santa Clara recibieron órdenes del mando superior de consolidar sus posiciones, hostigar a los levantados en armas y esperar la llegada de los refuerzos.

Desde el mediodía, las bajas entre los revolucionarios aumentaron. En Cayo Loco murió Armando Rosquete y fueron heridos, por el fuego de los aviones, Everardo Martínez y Bernabé Moré. También en un raid aéreo resultó herido en los altos de la droguería La Cosmopolita el combatiente Roberto García

Valdés, a la vez que un francotirador le causaba la muerte en los altos del colegio San Lorenzo al temerario combatiente José Gregorio Martínez. Igual suerte había corrido Pastor Sust Valdespino en la parte superior del cuartel de bomberos. Ya era evidente el fracaso del plan de levantamiento nacional.

En los principales reductos insurgentes, el número de combatientes civiles y militares fue disminuyendo. Muchos se marcharon al considerar malogrado el movimiento armado. Desde Cayo Loco salieron grupos con armas y pertrechos para reforzar las posiciones en el parque Martí, entre estos, Camacho, Aragón y Merino. El cerco enemigo se había estrechado y aislado a los jefes del alzamiento. Pasado algún tiempo, el cabo Ríos eludió la vigilancia del ejército y llegó a las posiciones revolucionarias en la Estación de la Policía. De los marinos y civiles bajo el mando de Francisco del Sol escuchó su disposición de seguir combatiendo. Luego se trasladó a casa de Alejandro Suárez, cuartel general inicial, para restablecer contactos con el mando de la sublevación.

Alrededor de las tres de la tarde, las fuerzas de la tiranía habían recuperado el Distrito Naval, en Cayo Loco. El coronel Comesañas impuso su autoridad en la instalación naval, mientras los comandantes Seijas y Ruiz Beltrón reorganizaban los efectivos para atacar las unidades, todavía en manos rebeldes. Un número considerable de sublevados fueron hechos prisioneros en Cayo Loco.

El cerco prosiguió estrechándose en torno al parque Martí y los edificios colindantes. La Estación de la Policía, el Ayuntamiento, el tostadero de café El Sol y el colegio San Lorenzo eran los principales bastiones de la resistencia popular. Hacia la zona de los muelles, en la Estación de la Policía Marítima, el sargento Lapido, secundado por Leyva, Brunet, Curbelo, Yáñez y demás combatientes, respondían al fuego enemigo.

Poco a poco la superioridad de las fuerzas contrarias fue reduciendo los focos insurrectos. El anillo de fuego y muerte se estrechaba alrededor de los revolucionarios con la llegada de las tropas de Matanzas y La Habana. Sobre las cinco de la tarde, cesó la resistencia en la Policía Marítima; y en la zona

del parque Martí, los combatientes apostados en la droguería La Cosmopolita iniciaron, paulatinamente, la retirada, y burlaron así la vigilancia enemiga. Por su parte, Gilberto González y Andrés Urquiza trataron de mejorar sus posiciones en el tostadero de café, un edificio contiguo, por el fondo, al hotel La Unión, donde el ejército estableció un puesto de mando.

El asedio sobre la jefatura de la Policía se intensificó y el comandante Seijas encabezó un ataque sorpresivo sobre ese bastión rebelde, el cual fracasó y le provocó la muerte. Desde el edificio del Ayuntamiento y la Policía, Francisco del Sol, Luis Pérez, Galo Tiel, Tomás Toledo y otros combatientes repelían las embistas enemigas. Igual ocurría con el grupo apostado en el colegio San Lorenzo, bajo el mando de Dimas Martínez, José Ramón Quesada y Pedro Olascoaga.

Al anochecer, un nutrido número de marinos y civiles atrincherados en la escuela, lograron romper el cerco de la tiranía, cubiertos por el certero fuego de los hombres del alférez Dimas Martínez. Entonces, la fuerza blindada, enviada desde el campamento militar de Columbia, hacía fuerte las posiciones del ejército. Cerca de las diez de la noche quebrantaron la resistencia en la Estación de la Policía e irrumpieron en el lugar disparando contra todos. Allí fueron asesinadas nueve personas, incluida una mujer.

Casi al término de la noche del día 5, el fuego nutrido de cañones, ametralladoras y fusiles de las tropas del tirano anunciaban el asalto al colegio San Lorenzo. Finalmente el último bastión rebelde cayó en manos del enemigo. Dimas Martínez, Ángel Jardín Suárez y demás combatientes prisioneros fueron asesinados. Igual suerte correrían horas después, en el edificio del Ayuntamiento, Luis Pérez, Galo Tiel y Tomás Toledo. Casi medio centenar de cienfuegueros pagaron con sus vidas el heroico intento de hacer realidad el programa del Moncada y los derechos ciudadanos recogidos en la Constitución de 1940.



Arturo Álamo González

Cuando conoció de la existencia de grupos opuestos a Batista, le simpatizaron los partidarios de la vía insurreccional.

La familia constituida en la ciudad portuaria, por Juan Filiberto Álamo y Ángela González disfrutó el nacimiento de un nuevo hijo, el 29 de enero de 1937. Que su padre fuera uno de los tantos ciudadanos que carecían de estabilidad laboral para asegurar el sustento de los suyos, no empañó la dicha de ese día. Su madre atendía las actividades hogareñas.

Los primeros grados de la enseñanza, Arturo los cursó en una escuela pública, y de Juan

Contiene artículos,
documentos, citas,
testimonios



Contiene imágenes



Filiberto y Ángela aprendió a no dejarse abatir por las carencias materiales y a luchar con honradez. Ambos padres supieron transmitirle el sentido del trabajo honrado, la decencia en el trato y la humildad en el comportamiento social.

Apenas llegado a la adolescencia empezó a pensar en cómo ayudar económicamente a sus progenitores, cuyo sustento descansaba en la actividad de chofer de alquiler del padre y en los quehaceres ocasionales de sus hermanos mayores. De ahí que su primera faena haya sido, junto a estos, en una carnicería que habían abierto en la Calzada de Dolores, principal vía de acceso a la ciudad.

Quienes lo conocieron en esa época lo recuerdan alegre, comunicativo, aunque reservado; pulcro en el vestir y aficionado al beisbol. Le gustaba jugar en “los pitenes” de los terrenos improvisados en Punta Cotica, Arizona, Reina, la barrera de Tulipán y en Los Amarillos, en la avenida de Punta Gorda.

El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 lo conmovió, quizás, sin comprenderlo a fondo. Algunos amigos y familiares cercanos indignados por la violación de la Constitución de 1940 buscaron, ese mismo día, apoyo en el alcalde Arturo Sueiras y los políticos del Partido Auténtico derrocados para resistir la asonada militar. Nada obtuvieron y quedaron decepcionados ante la vacilación y el entreguismo de esos políticos. De ahí en lo adelante, el joven sufrió la misma desilusión de sus coterráneos.

Con el paso de los meses conoció de la existencia de grupos opuestos a Batista y hasta contactó con personas, en desacuerdo con la tiranía, que militaban en la ortodoxia, algunos en la Organización Auténtica y otros en la FEU. Le simpatizaron los partidarios de la vía insurreccional.

Arturo, como tantos jóvenes, supo de manera paulatina vislumbrar, entre discursos y planteamientos políticos, a quién seguir en el empeño por derrocar la tiranía. El asalto a los cuarteles de Santiago de Cuba y Bayamo, el 26 de julio de 1953, por la Generación del Centenario comandada por Fidel Castro, se convirtió en una luz de esperanza.

El desarrollo de la huelga azucarera de fines de diciembre de 1955, que paralizó la ciudad de Cienfuegos y tuvo como epicentros de lucha la zona aledaña al parque Villuendas y toda la Calzada de Dolores, le permitió tomar mayor conciencia del camino a seguir en el enfrentamiento a Batista. Junto a sus hermanos, contribuyó al cierre de los comercios de la calzada y a la obstaculización de la importante vía.

Las actividades huelguísticas impulsadas por los sectores estudiantiles y obreros contaron con jóvenes de la barriada atravesada por la Calzada de Dolores, algunos de los cuales se habían integrado a células del clandestino M-26-7.

Ya desde finales de 1956 se destacaban los grupos de Acción y Sabotaje del 26 de Julio encabezados por Aldo Margolles, Aníbal Velaz, Pedro Olascoaga y Francisco Escobar. Precisamente de este último, era el conocido por los Pelucones de la Calzada de Dolores y lo integraban muchos jóvenes residentes en el vecindario contiguo a la carnicería de los hermanos Álamo.

A mediados de 1957, Arturo ya formaba parte de las filas de la organización revolucionaria.

En la mañana del 5 de septiembre fue uno de los miembros del M-26-7 que secundaron el alzamiento de marinos del Distrito Naval de Cayo Loco. Para no preocupar a sus padres, dijo que iba a la carnicería. A Cayo Loco acudió alrededor de las siete y treinta. Allí recibió un arma y el adiestramiento necesario de los sublevados. Con ellos salió para reforzar el asalto a la jefatura de la Policía Nacional, ubicada en el edificio del Ayuntamiento municipal, frente al parque Martí. Alrededor de las diez estaba entre los que se lanzaron al asalto de la posición enemiga. Una vez lograda la rendición de los policías, junto a varios compañeros, protegió a los detenidos de la ira popular. Luego se mantuvo en ese espacio público con otros revolucionarios.

Al mediodía, fue uno de los que emprendieron contra las tropas élites del Tercio Táctico de Santa Clara que avanzaron sobre el parque Martí. Tras repelerlos y causarles numerosas bajas, permaneció atrincherado en la zona. Desde entonces

batió en las calles a las tropas enemigas procedentes de Santa Clara, Matanzas y La Habana. Estas lograron estrechar el cerco sobre los rebeldes y González Álamo sin dejar de combatir se abrió paso entre las fuerzas enemigas.

Hacia el anochecer, el joven que había logrado desplazarse hasta la barriada pobre de San Lázaro. Fue visto por última vez en un punto cercano al puente del río Inglés. Todo hace presumir que fue capturado y asesinado por fuerzas militares batistianas. Su cuerpo apareció en el parque Martí.



Osvaldo Bosch Arias



Al coincidir su visita a la ciudad natal con el levantamiento del día 5 de septiembre, no titubeó en demostrar sus ideales patrióticos y nacionalistas.

En medio de preocupaciones por la evidente pobreza, provocada por la falta de trabajo estable en el puerto de Cienfuegos, el marino Agustín Bosch, capitán de barco, y su esposa Herminia Arias pasaron la Noche Buena de 1927. Nadie en la casa sospechaba que tan pronto, el 25 de diciembre, Herminia alumbraría el hogar con el nacimiento de su único hijo: un niño varón, al que nombraron Osvaldo.

La crianza del recién nacido permitía olvidar un poco las penurias. Transcurrió su infancia en el seno de una familia vinculada a la actividad marítima, que no permanecía ajena a las luchas obreras y revolucionarias. La influencia paterna forjó en el niño, desde edad temprana, un interés creciente por la vida marinera.

En la academia particular Enrique José Varona cursó los estudios primarios. Fueron tiempos en que la acción popular había derrocado la dictadura de Gerardo Machado, y sectores del pueblo trataban de impulsar medidas progresistas.

Creció Oswaldo rodeado de la riqueza espiritual que sus progenitores le ofrecían y el amor a la patria transmitido por un claustro de profesores en el que resaltaba Juan Olaiz. La dignidad, honradez y el respeto a los derechos ciudadanos eran magisterio cotidiano en el ambiente donde se desarrollaba la vida del inquieto muchacho. Al concluir sexto grado, todavía la ciudadanía pugnaba por la aprobación de una nueva Constitución.

Más tarde intentó completar su formación educacional en la Escuela Profesional de Comercio; pero las limitaciones económicas se lo impidieron. Siendo muy joven inició la vida laboral, por supuesto, en empleos mal pagados que de manera eventual hallaba en momentos en que se había establecido en la presidencia Ramón Grau San Martín.

En La Habana, en años de expansión constructiva de los gobiernos auténticos y el ascenso al gobierno de Carlos Prío Socarrás, pretendió buscar mejores posibilidades de trabajo; pero al no hallarlas, decidió enrolarse en la Marina de Guerra donde reclutaban a jóvenes con cierta preparación escolar, solución que encontraba el sector poblacional agobiado por la inestabilidad laboral, el desempleo y la imposibilidad de superación.

Tras recibir la instrucción militar elemental, fue ubicado en el Estado Mayor de la Marina de Guerra en la capital cubana. En ese lugar lo sorprendió el cuartelazo militar de Batista. Lo impactó negativamente el comportamiento de la alta oficialidad de la Marina. En su instalación naval, nadie opuso re-

sistencia a la asonada militar que provocó la ruptura del hilo constitucional.

Tenía convicciones constitucionalistas. No escondió junto a otros marineros y jóvenes oficiales de academia su desacuerdo con lo ocurrido, ni tampoco con los manejos politiqueros de los líderes del Partido Auténtico y de otros partidos tradicionales. Eso lo mantuvo al margen de los grupos conspirativos de Aureliano Sánchez Arango. También vio con recelo las actividades insurreccionales de Jorge Agostini Villafaña, pese a su admiración y respeto por el exoficial. Tampoco se vinculó al núcleo opositor de los jóvenes oficiales Orlando Fernández García, Saborit; Dionisio San Román; Juan M. Castiñeiras; Rolando Díaz Aztarain; Gonzalo Miranda; Jorge Arcos Bergnes y Emigdio Báez Vigo.¹³

Durante esos años se concentró en su tarea profesional. Ya se había casado con Elpidia Delgado Padrón y había nacido su hijo Osvaldo. En 1957 tenía su residencia en la calle San Francisco No. 661 en el reparto Lawton.

Para cumplir tareas de un superior en ese cuerpo armado, se trasladó varias veces a Cienfuegos, su ciudad natal. Se alojaba en el céntrico hotel La Unión. Uno de esos viajes, coincidió con el levantamiento del 5 de septiembre, al parecer casualmente. Lo cierto es que fue su oportunidad para demostrar los ideales patrióticos y nacionalistas que lo definían como un firme defensor de la Constitución de 1940.

En la mañana del día 5 se incorporó en el Distrito Naval del Sur al levantamiento armado de sus compañeros de la marina, en coordinación con el M-26-7. Después integró el refuerzo que atacó a la Policía Nacional frente al parque Martí.

Hasta que el cerco militar se estrechó, en horas del mediodía, sobre los focos de resistencia popular, permaneció en la céntrica zona de la ciudad. A esa altura del día, el joven ya sabía que la acción había fracasado y solo en Cienfuegos combatían. Quizás por eso regresó en horas de la tarde a su lugar de hospedaje en el hotel La Unión, sin saber que estaba ocupado por

¹³ Luis Rosado Eiro y Pilar Quesada González: Ob. cit., pp. 13, 36, 41-43.

el ejército ni que había ubicado allí su Estado Mayor de Operaciones Militares. Tras comprobar los militares que Oswaldo era miembro de la Marina de Guerra, no le aceptaron ninguna explicación y lo detuvieron para interrogarlo. Nada comprometedor obtuvieron del registro efectuado a su habitación.

Miembros del cuerpo armado pensaban que había participado en la insurrección. Todo hace indicar que algunos militares declararon haberlo visto entre los rebeldes que tomaron las armas y combatieron en las inmediaciones del parque Martí. Por eso lo remitieron a los calabozos del cuartel, a la entrada de la ciudad. En ese lugar se ensañaron con el marino revolucionario y lo golpearon brutalmente. Segaron su vida sin haber cumplido treinta años. Fue sepultado en la larga fosa común, abierta en el cementerio Tomás Acea, el 6 de septiembre de 1957.



Juan Felino Cárdenas González



*Pronto se vinculó
con los marinos desafectos
al régimen tiránico
de Fulgencio Batista.*

El 14 de abril de 1923 nació un hijo varón en el hogar campesino de Eusebio Cárdenas y Manuela González, en la finca La Escuadra del municipio de Cruces. A la recia mujer de origen canario, que había procreado siete hijos, la asistió Lorenza Artiles, una de las parteras radicadas en las cercanías del poblado ferroviario de Cruces. Juan Felino fue el nombre escogido por los padres. Sin embargo todos en la familia lo llamaban Felino.

Matriculó la enseñanza primaria en la escuela pública rural de la finca La Adelaida. Muy poco el infante pudo jugar, pues debió ayudar al padre en las actividades de la finca, en momentos en que la política económica machadista generaba sucesivas protestas de obreros, trabajadores agrícolas y campesinos, debido a la reducción de las zafras azucareras.

Llegó hasta sexto grado sin que la situación en el hogar hubiese mejorado. Cuatro hembras y siete varones fueron los hijos del matrimonio Cárdenas-González. Aunque los mayores apoyaban al padre en las labores agrícolas, Felino tuvo que comenzar a dar su aporte a los trece años. Su austera vida no fue impedimento para que asistiera asiduamente a guateques y otras fiestas populares de la zona. Incluso llegó a integrar un sexteto que daba serenatas y participaba en las parrandas de la zona de Cruces, Lajas y Ranchuelo. También en los pocos ratos de descanso, Juan Felino formaba parte de un club de pelota que tuvo cierto reconocimiento en los barrios rurales del municipio crucense.

A las tierras de la ciénaga de Zapata, llegó a los diecisiete años para residir en casa de una hermana. Trabajó con su cuñado haciendo carbón en ese agreste lugar durante cuatro años. Pasado ese tiempo, tomó la decisión de buscar una mejoría a su vida y se trasladó a la capital del país, donde vivió en la casa de su hermana Paula, casada con un oficial del ejército. También estaban en La Habana sus hermanos Gerardo y Justo. Todos se afanaban unas veces en el sector de la construcción y otras en la esfera de los servicios.

Cuando ocupaba la presidencia del país Carlos Prío, su cuñado militar lo incitó a optar por una plaza en la Marina de Guerra, y el 18 de enero 1950 ingresó en ese cuerpo armado; fue ubicado en La Cabaña. El golpe de Estado de Fulgencio Batista lo sorprendió en los momentos en que se desempeñaba como asistente de un oficial en Arroyo Arena.

De inmediato estuvo entre los que no respaldaron al pequeño número de miembros de la Marina de Guerra que apoyó la asonada militar, ni a los oficiales que aceptaron la ruptura del orden constitucional. Quizás por eso lo trasladaban de forma

constante de unidad. Prestó servicio militar en diversas instalaciones marítimas a lo largo del país, antes de ser destinado al Distrito Naval de Cienfuegos.

En Cayo Loco estableció muy buenas relaciones con el enfermero Francisco del Sol, uno de los dirigentes del grupo conspirativo de marinos de baja graduación. Pronto se vinculó con los marinos desafectos al régimen tiránico. Bajo el mando del sanitario Del Sol y el cabo Santiago Ríos, formó parte del grupo que se integró al M-26-7 en el año 1956.

Felino era un hombre muy reservado y familiar. Los días de pase visitaba indistintamente a los hermanos radicados en Cruces, Ceiba Hueca y La Habana, adonde fueron a vivir sus ancianos padres. Solo su hermano Naldo conocía de sus ideas políticas y labores conspirativas contra Batista.

El 5 de septiembre, en las primeras horas de la mañana, se unió al alzamiento. Recibió orientaciones de Julio Camacho Aguilera, Dionisio San Román, Santiago Ríos y Pedro Aragnés, máximos jefes de las acciones, para adiestrar a los miembros del M-26-7 y otros civiles rebeldes en el manejo de las armas. La orden posterior fue marchar hacia el parque Martí para apoyar a las fuerzas que atacaban la Estación de la Policía Nacional.

Alrededor de las diez, lograron rendir a los policías atrincherados en su sede. Allí coincidió con Francisco del Sol y otros marinos dirigidos por el alférez de navío Dimas Martínez Padilla. Cuando el reloj de la Iglesia Catedral casi marcaba las doce del día, supo del avance del ejército hacia el parque Martí. Entonces el marinero Cárdenas González, junto a otros militares y civiles seguidores del 26, al mando de Francisco del Sol, decidieron atrincherarse en la jefatura de la Policía Nacional. Allí coincidieron con civiles incorporados al alzamiento.

Al frente de la defensa de la Estación de la Policía quedaron el teniente Julio Messer y Francisco del Sol. Desde esta posición repelieron casi al mediodía el avance de las fuerzas batistianas del Tercio Táctico del Regimiento Leoncio Vidal de Santa Clara y le causaron numerosas bajas. Juan Felino estuvo entre los

que protagonizaron el cerco a fuerzas enemigas superiores. Al atardecer, los policías encabezados por los comandantes Antonio Ruiz Beltrón y Luis Seijas se lanzaron al asalto de la posición rebelde que defendió el marinero Cárdenas y fueron rechazados los militares de la tiranía con importantes bajas, incluido su jefe Seijas.

En ese momento, el número de combatientes rebeldes había disminuido notablemente en la jefatura de la Policía y le quedaban muy pocas municiones. Cárdenas disparó sus últimos cartuchos contra el enemigo cuando estos volvieron a avanzar apoyados por carros blindados.

Ya en la noche del día 5, las fuerzas de la tiranía ocuparon el bastión revolucionario e hicieron prisioneros a Juan Felino Cárdenas y sus compañeros. Todos fueron vilmente asesinados y sepultados en una fosa común del cementerio Tomás Acea.



Ernestino Colina Rodríguez



Desde el mismo 10 de marzo de 1952, se opuso, de manera silenciosa y anónima, al gobierno de Batista.

En una modesta casa de la calle Gacel entre Cervantes y Jovellanos en el barrio de Pueblo Nuevo de la ciudad de Cienfuegos, nació, el 11 de noviembre de 1918, el más pequeño de los tres hermanos de la familia constituida por Juan Colina Gutiérrez, de oficio tabaquero, y Micaela Rodríguez Terry, dedicada a los quehaceres del hogar. Sus padres decidieron nombrarlo Ernestino.

Transcurrió su infancia en medio de las carencias materiales propias de un hogar

mantenido por el padre obrero. La enseñanza primaria la cursó en una escuela pública de la calle Castillo. Corrían años de crisis económica en el país.

Apenas alcanzado el sexto grado, la enfermedad del padre le provocó un brusco giro a su vida. Debió trabajar para contribuir al sustento de los suyos. Atrás quedaron los juegos infantiles, pitenes de pelota y caminatas en los atardeceres hasta la cercana orilla del mar, donde acostumbraba darse furtivos chapuzones acompañado de sus hermanos y amiguitos del barrio.

En la barbería emplazada en el transitado Prado, casi esquina a la calle Santa Elena, el adolescente se ganó la vida en un sillón de limpiabotas. No existían muchas oportunidades para otros empleos en los años de la dictadura de Gerardo Machado. Aquel jovencito dispuesto y de carácter afable al que, por el color de su piel, muchas personas lo consideraban mulato claro, no encontraba trabajo fijo como tantos jóvenes de la época.

Ningún cambio en su vida ocurrió con el derrocamiento del gobierno machadista en agosto de 1933. Su juventud pasó llena de dificultades y carente de esperanzas: no podía estudiar, ni aprender un oficio y apenas hallaba dónde laborar. Por eso desempeñó diversas faenas eventuales en los años anteriores a las luchas políticas que culminaron con la convocatoria de la Asamblea Constituyente de 1940.

Al inicio de la Segunda Guerra Mundial, muchos jóvenes cubanos se alistaron en las fuerzas armadas para enfrentar a los gobiernos fascistas. Un hermano suyo integró el cuerpo naval como marinero. No pocos coterráneos emprendieron ese camino que permitía asegurar la defensa de los convoyes de barcos mercantes que abastecían a las fuerzas aliadas. El 12 de julio de 1942, con el apoyo de su hermano marinero, Ernestino también ingresó en la Marina de Guerra.

Para el recién alistado, vinieron meses de constantes traslados por las guarniciones de diferentes puertos de la Isla. Así permaneció hasta 1945 cuando, concluida la contienda mundial, fue destinado al Distrito Naval del Sur en el puerto de Cienfuegos.

Poco después contrajo matrimonio con Cira Gómez, de esa unión nació su hijo Jesús. En este lugar se destacó por ser un experto tirador y practicar deportes, en especial el beisbol, siempre inspirado por sus ídolos Conrado Marrero y Martín Dihigo.

Era un marino honesto, de ideas constitucionalistas, y orgulloso de sus orígenes de clase, se sintió profundamente conmovido ante la noticia del golpe de Estado de Fulgencio Batista. Desde ese mismo día se opuso de manera silenciosa y anónima al gobierno batistiano. Pasados unos meses se hallaba, junto a Francisco del Sol, Juan González, Santiago Ríos y otros marinos de baja graduación, formando parte de un grupo conspirativo en el Distrito Naval del Sur, muy relacionado con los sectores insurreccionales auténticos y la Triple A de Aureliano Sánchez Arango, cuya inactividad, fracasos y demagogia de los líderes de esas organizaciones lo fueron decepcionando.

Luego de un tiempo, todos los que se habían unido al cabo Santiago Ríos y al enfermero Francisco del Sol, pasaron al Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Transcurrieron meses de intensa labor conspirativa y audaces planes para impulsar la lucha en la ciudad. El 30 de noviembre de 1956, se intentó tomar Cayo Loco como parte del plan de apoyo a la expedición que había salido de México; pero ante el fallo de elementos organizativos, los dirigentes del M-26-7 pospusieron la acción.

Sin ser descubierto, Ernestino siguió conspirando. Sufrió el asesinato de los expedicionarios del *Granma*, hecho del que supo por el testimonio directo del cabo Santiago Ríos y otros amigos enrolados en el Guardacostas No. 101. Entre los conspiradores se hizo más firme la convicción de derrocar la tiranía. En abril y mayo de 1957 fue uno de los marinos del 26 que esperaban la orden para tomar Cayo Loco y marchar a las cercanas montañas del Escambray. Tampoco en esa ocasión los jefes del movimiento lograron las coordinaciones pertinentes, ellos siguieron a la espera del momento propicio.

En la mañana del 5 de septiembre, Colina Rodríguez se presentó ante el cabo Santiago Ríos y otros revolucionarios para secundarlos en el alzamiento. Una vez consolidada la toma del Distrito Naval del Sur por Ríos, San Román, Del Sol, Julio Camacho y Pedro Aragonés, el joven recibió la orden de ayudar en el adiestramiento de los civiles que se unieron a la insurrección. Enseguida integró el grupo que reforzó el ataque a la jefatura de la Policía Nacional.

Rendida esta, él quedó en el parque Martí; al mediodía pasó a tomar posiciones en el colegio San Lorenzo: cubría la intersección de las calles Santa Isabel y San Carlos. Ahora permanecía bajo el mando del alférez Dimas Martínez Padilla.

Atrincherados en ese lugar se encontraba, además, un numeroso grupo de marinos y civiles del M-26-7, encabezados por Pedro Olascoaga y subordinados a Martínez Padilla. Juntos infligieron, al mediodía, las mayores pérdidas a las fuerzas del Tercio Táctico de Santa Clara mientras avanzaban por las calles aledañas hacia el Ayuntamiento. Durante todo la tarde resistieron los ataques de las fuerzas contrarias. Al atardecer, el cerco del ejército, reforzado con unidades blindadas, se estrechó en torno a las posiciones rebeldes. Su decisión fue la de seguir luchando en San Lorenzo. Con sus escasas municiones, cubrió la retirada de combatientes civiles y marinos.

Casi al finalizar la noche del día 5, el enemigo ocupó el último bastión revolucionario. El marino de pelo canoso, 1,70 m de estatura y alrededor de 150 lb, cayó prisionero. Comenzó el maltrato de una soldadesca llena de ira hasta asesinarlos a todos.



Francisco Curbelo Colina



Pronto se identificó con la lucha revolucionaria de la llamada Generación del Centenario que había atacado los cuarteles Moncada de Santiago de Cuba y Carlos M. de Céspedes de Bayamo.

El 10 de octubre de 1930, la alegría llegó a la modesta vivienda, en el barrio de Pueblo Nuevo, de Adolfo Curbelo Valladares, quien garantizaba el sustento familiar vendiendo billetes de la Lotería Nacional. Ese día, en el Hospital Civil Municipal, le nació un hijo varón al que nombró Francisco.

La infancia del pequeño, al que le decían Paco, transcurrió

al cuidado de su mamá Genera Colina. En la escuela pública del vecindario inició la enseñanza primaria. Sin embargo, no avanzó en los estudios, porque a los nueve años, apenas concluido el cuarto grado, empezó a contribuir a su sustento, dado el empeoramiento de la situación económica.

Vinieron etapas muy difíciles para los Curbelo-Colina. Ya adolescente, comenzó el aprendizaje del oficio de zapatero. Varios años se desempeñó en esta labor tan mal remunerada, que no le aportaba ni lo mínimo para vivir con decencia en uno de los barrios más pobres de la ciudad.

Ningún cambio trajeron consigo los gobiernos del Partido Auténtico para el zapatero Colina. Una ligera esperanza le produjo el ingreso de dos tíos a la Marina de Guerra. Quiso seguir la misma trayectoria, pero le resultó infructuosa la gestión, porque evitó hacerla mediante favores de algunos “caciques locales” del partido de Grau San Martín y Carlos Prío con influencia en los mandos de la fuerza naval acantonada en Cayo Loco. Muchos amigos y familiares le reprocharon esa actitud, pero Francisco nunca tuvo en cuenta esas críticas que iban contra sus convicciones morales y patrióticas. Prefería mantenerse al margen de los manejos politiqueros. De ahí que simpatizara con el Partido Ortodoxo liderado por Eduardo Chibás.

A partir del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, empezó a aflorar una actitud de rebeldía en correspondencia con su origen social y los sentimientos de una clase, jamás dócil, nunca pasiva. No aplaudió la asonada militar sino la cuestionó.

Los principales mandos militares de la Marina de Guerra, por su parte, impulsaban la depuración de oficiales de academia y marinos partidarios de no legitimar el *status quo*. En medio de esta situación política, paradójicamente la vida le dio un vuelco porque la gestión coordinada con sus tíos marinos, le permitió ingresar en esa fuerza naval el 16 de mayo de 1952, aunque pronto, el hombre honesto, imbuido de ideas constitucionalistas sufrió su primera decepción al conocer la politiquería y la corrupción entre la oficialidad batistiana. A ello se unía la irritación que le causaba la discriminación de

negros y mestizos dentro de las fuerzas armadas; pero el recién llegado a Cayo Loco no compartía todavía esos sentimientos.

Entabló amistad con algunos marinos de la instalación naval que conspiraban contra Batista. Los vínculos del grupo con el ala insurreccional del Partido Auténtico le provocaban desconfianza, cierto resquemor y no se integró a él. Sí le produjo gran simpatía la lucha revolucionaria de la llamada Generación del Centenario que había atacado los cuarteles Moncada de Santiago de Cuba y Céspedes de Bayamo.

Incorporado a la Marina de Guerra, contrajo matrimonio con Eneida Iznaga. Constituyó un hogar en el que se sentía a plenitud, rodeado de amor. Alcanzó un momento de suprema felicidad al nacer su hija Bárbara. La familia siempre lo consideró un hombre hogareño y cariñoso.

Nunca dejó de provocarle malestar la creciente crisis del país. Con indignación recibía la expulsión de algunos marinos y oficiales desafectos al régimen, que había conocido en Cayo Loco, entre ellos Alberto Villafaña Claro, José A. González Delgado y el alférez Dionisio San Román. El vil asesinato del exoficial Jorge Agostini lo inquietó profundamente.

Circulaban tiempos en que los marinos conspiradores en Cayo Loco sentían gran frustración por la pasividad y politiquería de los líderes auténticos, por eso decidieron separarse de estos e integrarse al recién fundado MR-26-7 de Cienfuegos. Igual hizo Francisco Curbelo. La organización fidelista la encabezaban en Cayo Loco, Santiago Ríos y Francisco del Sol.

Mientras el Distrito Naval del Sur celebraba los festejos bautistianos por el 4 de septiembre, él hacía guardia en la planta eléctrica de O'Burke; pero en cuanto le avisaron del alzamiento, se incorporó a los revolucionarios con la misión de tomar la jefatura de la Policía Nacional. En ese lugar combatió junto a Francisco del Sol, los hermanos Galo y Floirán Mederos, Hernando Debray y Gregorio Morgan, entre otros. Alrededor de las diez de la mañana, participó en el asalto final que posibilitó la rendición de los policías. Con dolor recibió la noticia de la muerte de su amigo Morgan.

En cuanto se supo del avance del ejército hacia el centro de la ciudad, se unió al destacamento bajo el mando de Dimas Martínez que se atrincheró en el colegio San Lorenzo. Desde allí se batió inicialmente contra las fuerzas del Tercio Táctico y luego contra los refuerzos enviados desde Columbia y Matanzas.

En ese baluarte de la resistencia rebelde fue hecho prisionero, tras luchar durante horas. Avanzada la noche del día 5, Francisco Curbelo Colina murió ametrallado a mansalva en el patio del San Lorenzo.



Julián Orestes Chaviano González



Fue uno de los protagonistas de la paralización de la ciudad durante las jornadas de protestas y huelgas en favor del Distrito de Obras Públicas y los Filtros para el Acueducto de Cienfuegos.

En la finca El Jíbaro, ubicada en un intrincado paraje de la serranía del barrio de Barajagua, en el municipio de Cumanayagua, nació el 8 de marzo de 1927. Era el décimo hijo de Quintinio Chaviano y Rosario González. El matrimonio tenía la posesión de una pequeña finca de cultivos varios en cuyo alrededor predominaba el cultivo de café, y en menor medida

se dedicaban también a la explotación maderera y a la ganadería.

La infancia de Julián Orestes transcurrió en un ambiente campesino. Apenas pudo asistir a la escuela primaria debido a la falta de maestros dada la lejanía de su barriada. Todos los hermanos, incluyendo los más chicos, asumían las faenas agrícolas y a duras penas podían sobrevivir. Desde pequeño conoció la rudeza de la vida del campo asentado en el lomerío del Escambray.

En 1937 la madre enfermó de cuidado y vendieron la pequeña finca. Hacia la ciudad de Cienfuegos viajaron todos los Chaviano-González. Logró asistir a la escuela, aunque la situación económica lo obligaba a realizar labores eventuales, casi siempre mal pagadas. Llegó el momento, no demorado, en que el padre tuvo que abandonar el trabajo por una grave afectación en una pierna. Ante este serio problema, a Julio Orestes Chaviano no le quedó otra alternativa que abandonar definitivamente los estudios. Primero vendió billetes de la Lotería Nacional y luego repartió periódico a domicilios; por este último empleo recibía veinte centavos diarios.

En 1940 murió su madre, en momentos en que Orestes se reponía de una bronquitis aguda. También falleció su padre. El jovencito quedó huérfano, aunque no desamparado. Pasó a residir con una hermana mayor en un barrio de las afueras de la ciudad. Enfrentó con coraje singular las circunstancias de la vida. Se dedicó a hacer carbón con su cuñado Ramón Díaz. Con él marchó, en meses de zafra azucarera, al corte y alza de caña por algún central cercano.

Era un joven laborioso, honesto y rebelde, no se cruzó de brazos ante la situación política, social y económica del país. Pronto salió a las calles para expresar su desacuerdo con los manejos politiqueros de los gobernantes del Partido Auténtico. Fue uno de los protagonistas de la paralización de la ciudad durante las jornadas de protestas y huelgas en favor del Distrito de Obras Públicas y los Filtros para el Acueducto de Cienfuegos. Incluso llegó a ser detenido y remitido al Tribunal de Urgencias de Santa Clara. Quedó en libertad bajo fianza y absuelto en el juicio por rebelión.

Encontró trabajo en una finca de La Cidra en Cumanayagua. Luego se desempeñó en un bar radicado en la Calzada de Dolores. Casi sin percatarse fue convirtiéndose en un rebelde con causa y formando una conciencia marcada por su origen de clase y el ámbito social en que discurría su vida. Eso lo condujo a simpatizar con el discurso nacionalista y de adecentamiento político del Partido Ortodoxo de Eduardo Chibás.

El 17 de agosto de 1951 ingresó a la Marina de Guerra como forma de asegurar la estabilidad económica de la familia. Ya estaba enamorado de Ramona Díaz Díaz y contrajeron matrimonio el 2 de marzo de 1952. A los ocho días ese momento de felicidad se empañó por el cuartelazo militar de Fulgencio Batistas. Nunca estuvo de acuerdo con la ruptura del cauce constitucional. Entonces se hallaba en el puerto de Júcaro, de ahí lo trasladaron, por este orden, a La Habana y al puerto de Casilda. Finalmente fue ubicado en el Distrito Naval del Sur, Cayo Loco.

Fue un hombre de ideas constitucionalistas, pronto entabló buenas relaciones con algunos desafectos del régimen dentro de la instalación naval sureña. Desconocía que ya un grupo de marinos de baja graduación conspiraban contra el tirano.

Cuentan su esposa y otros amigos cercanos que admiraba mucho a Eduardo Chibás y que, al referirse a Fidel Castro y a la Generación del Centenario, expresaba que tenían toda la razón porque era necesario un cambio en el país. En carne propia el marinero Julián Orestes Chaviano había sufrido los males de la República, por eso lo conmovieron el programa político de esa generación que hacía despertar a los cubanos y la decisión de lucha de Fidel y los expedicionarios del yate *Granma*. Más tarde, Chaviano integró el grupo de marinos rebeldes que engrosaron las filas del M-26-7 cienfueguero.

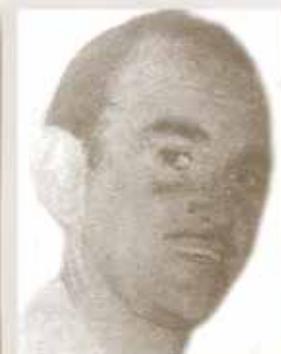
Al atardecer del día 4 de septiembre, conversó en su casa con un compañero de armas; en la madrugada del 5, salió de su pequeño apartamento en la humilde barriada de Punta Cotica vestido con su uniforme de marinero. Antes, como era su costumbre, acarició a su esposa y rompiendo la rutina habitual se inclinó en la cuna donde dormía su pequeña hija de solo tres

años y le besó la frente. Todavía dentro de la casa abrazó otra vez a su joven esposa. Entró al Distrito Naval cuando el sol empezaba a iluminar la ciudad.

Esa mañana fue uno de los primeros en incorporarse al alzamiento popular. Con el sargento Alberto Ríos Mayea, ocupó la Estación de la Policía Marítima. Al rato formó parte de los refuerzos enviados al parque Martí donde combatió hasta rendir la jefatura de la Policía. Permaneció en ese lugar. Al mediodía repelió a las fuerzas del Tercio Táctico de Santa Clara. Perca-tado del fracaso del levantamiento popular, intentó romper el cerco enemigo. En esa acción Julián Orestes Chaviano resultó apresado y trasladado en un camión del ejército al hotel La Unión. Casi atardecía. Fue la última vez que se le vio con vida. Todo parece indicar que al finalizar la noche fue conducido a la jefatura de la Policía, donde los sicarios batistianos habían ametrallado a Francisco del Sol y a otros revolucionarios. Junto a sus compañeros de lucha, fue enterrado en una fosa común en el cementerio Tomás Acea.



José María Fernández Cuadra



La política económica batistiana, lejos de aliviar la situación familiar de Fernández Cuadras, la agravó. Como hombre de espíritu rebelde, expresó públicamente su descontento.

En la barriada llamada Reina de Cienfuegos, rodeada de mar, nació el 14 de marzo de 1914. Era el cuarto hijo del matrimonio constituido por el obrero portuario Antonio Fernández y Carmen Cuadras Solano, ama de casa.

Quico, como lo apodaron, creció alrededor de personas vinculadas a las labores en los muelles, el transporte marítimo y la pesca en el litoral.

Desde pequeño, él y sus hermanos sufrieron la miseria y escaseces propias de quienes dependían del salario de un estibador de los muelles. Eran tiempos de un paulatino descenso en la producción azucarera de la región, con la consiguiente disminución del comercio y el tráfico marítimo en la bahía de Jagua.

Casi sin empleo el padre, el futuro del niño y sus hermanos se tornó inseguro. Al concluir Fernández Cuadras el cuarto grado en la academia de Eladio Fernández del proletario vecindario, su vida escolar se vio truncada. Su actividad fundamental consistió en trabajar para contribuir a la economía de los suyos. Inicialmente limpió zapatos en el Paseo de la Reina y repartió carbón en el barrio. Ya en la adolescencia realizaba otras faenas y también se desempeñaba como pescador en el litoral.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial le permitió ingresar a la Marina de Guerra. En el crucero *Cuba* fungió como marinero. Varios años permaneció a bordo de ese buque desafiando el peligro. Al finalizar la contienda con la derrota del eje fascista Berlín-Roma-Tokio, regresó a la vida civil y a ganarse la vida en eventuales trabajos en su barriada hasta que comenzó como jornalero en el distrito de Obras Públicas. El salario era tan mísero que debió realizar otros quehaceres ocasionales.

Quico Fernández vivió periodos difíciles bajo los gobiernos auténticos. Participó en protestas y huelgas obreras; también en los movimientos cívicos que paralizaron la ciudad en reclamación del Distrito Oeste de Obras Públicas y los Filtros para el Acueducto de Cienfuegos. Simpatizaba con el Partido Ortodoxo; de ahí que manifestara su rechazo al golpe de Estado del 10 de marzo. La política económica batistiana, lejos de aliviar la situación de Fernández Cuadras, la agravó. Ya había contraído matrimonio y ayudaba a la crianza de la niña de su esposa. Como hombre de espíritu rebelde, expresó públicamente su descontento.

En la populosa barriada de Reina comenzó a gestarse un fuerte grupo opositor al régimen batistiano, entre los que se

destacaban el comunista Lenin Basulto, el guiterista Andrés Iser, el joven ortodoxo Bartolo Rivas Cedeño y el líder estudiantil Raúl Dorticós Jiménez. Junto a ellos, el obrero José María Fernández participó en varias protestas y manifestaciones, en especial en la huelga azucarera de finales de diciembre de 1955, donde se declaró a Cienfuegos Ciudad Muerta. Después ingresó al Movimiento Revolucionario 26 de Julio a través de Bartolo Rivas. A este grupo se vinculó también su hermano José, conocido por Tato; Carlos Fernández; Gregorio Hernández; Ibrahim Reyes y otros.

Con su hermano Tato Fernández Cuadra, entró en las primeras horas de la mañana del día 5 al Distrito Naval del Sur para incorporarse a la insurrección armada de marinos y civiles del M-26-7. En el parque Martí participó en el ataque y toma de la jefatura de la Policía Nacional. Más tarde regresó a Cayo Loco.

Desde la azotea, su hermano manipulaba la ametralladora calibre 50 que enfrentó la aviación enemiga. Alrededor de las tres de la tarde, salió José María con un refuerzo comandado por el cabo Ríos en dirección al parque Martí para reforzar las posiciones rebeldes. El cerco enemigo los obligó a dividirse en varios grupos. En ese empeño los soldados lograron capturarlo. En el hotel La Unión lo mantuvieron prisionero hasta que lo llevaron para el cuartel de la Guardia Rural. Por la noche, su cuerpo ametrallado apareció entre los combatientes muertos en la jefatura de la Policía de Cienfuegos.



Rubén González Aguiar



La arbitrariedad con que actuaba la alta oficialidad del cuerpo naval, los licenciamientos forzosos, y los asesinatos de los expedicionarios del Granma, propiciaron su posición de rechazo a la tiranía.

El 5 de diciembre de 1930, la joven Caridad Aguilar Delgado dio a la luz, en una modesta vivienda de la periferia del poblado de Palmira, a un niño varón. Al recién nacido lo nombraron Rubén siguiendo sugerencia de su papá Pedro González Padrón, trabajador eventual que conocía de la pobreza bajo el gobierno machadista.

Una escuela pública de Palmira fue la institución primaria del pequeño. Apenas sus hijos varones cumplían diez años, el matrimonio sentía la obligación de que contribuyeran a garantizar el sustento del hogar. De esa manera emprendió las duras faenas agrícolas y percibió bien de cerca las angustias de una familia pobre.

Ninguna mejoría alivió a los González-Aguiar durante los gobiernos electos bajo los principios de la progresista Constitución de 1940. Solo la esperanza, a inicios de los años cincuenta, de ingresar en el cuerpo naval a través del Servicio Militar de Emergencia Voluntario, iluminó al joven veinteañero Rubén González Aguiar; pero carente del respaldo de algún cacique político local, le resultó imposible alcanzar su sueño de hacerse marinero.

El golpe militar del 10 de marzo de 1952, encabezado por Fulgencio Batista, pareció truncar aún más el aliento de quien admiraba el programa nacionalista del Partido Ortodoxo y de la manera en que este denunciaba la corrupción administrativa.

No obstante, ante la depuración de los militares de la Marina de Guerra, opuestos al nuevo régimen, como se continuó promoviendo el reclutamiento de la marinería, el hombre de firmes convicciones y aguda inteligencia decidió presentarse a las pruebas de ingreso; las venció satisfactoriamente y el 12 de mayo de 1952, con veintiún años, se alistó en la fuerza naval.

Junto a otras personas provenientes de la clase obrera y campesina, inició su vida militar como marinero de segunda, en el Castillo de la Punta, en La Habana. La preparación militar de rutina hubo de cumplirla en la Academia Naval del Mariel, donde lo asignaron al Guardacostas 101 *Leoncio Prado*. Este buque patrullero lo comandaba Saturnino Martínez y su base de operaciones era en el Distrito Naval del Sur en Cienfuegos. En esa nave de guerra permaneció, excepto un periodo corto en que formó parte de la tripulación de la Cañonera 103 *Matanzas*.

En Cayo Loco, estableció relaciones de trabajo con un grupo de marinos antibatistianos. Inicialmente Rubén González se

mantuvo ajeno a los trajines insurreccionales. Sin embargo, poco a poco, fue tomando conciencia de la necesidad de retomar el orden constitucional. La arbitrariedad con que actuaba la alta oficialidad del cuerpo naval, los licenciamientos forzosos de los marineros Alberto Villafaña, José A. Delgado González y otros, así como los asesinatos de los expedicionarios del yate Granma en la zona oriental donde patrullaba el Guardacostas No. 101, a inicios de diciembre de 1956, influyeron en su cambio de actitud. De forma paulatina fue adoptando una posición de rechazo a la tiranía.

En el guardacostas se hizo muy amigo del cabo Santiago Ríos, quien conspiraba junto a Francisco del Sol, los hermanos Galo y Floirán Mederos, Hernando Debray Fernández, Luis Miranda y Gilberto Fundora, entre otros. Por esa época el grupo conspirativo de Cayo Loco dirigido por el cabo Ríos y el sanitario Del Sol había estrechado vínculos con el M-26-7 de Cienfuegos. Todo hace presumir que en 1957 estaba enrolado en el grupo de marinos revolucionarios. Por eso, al producirse el levantamiento del 5 de septiembre en Cayo Loco, secundó de inmediato la acción con otros tripulantes de su guardacostas.

Con el refuerzo enviado a rendir la jefatura de la Policía Nacional salió de Cayo Loco hacia el parque Martí. Al momento de tomarse la sede policial, la calle estaba llena de gente pidiendo armas. Él instruyó a algunos sobre su manejo. Casi al mediodía se unió al grupo que encabezaba el alférez Dimas Martínez Padilla, quien recibió la orden de atrincherarse en el colegio San Lorenzo para rechazar el avance del ejército. Desde esa posición combatió hasta que, en horas de la noche, lo hicieron prisionero. Junto a sus compañeros murió ametrallado en la instalación docente.



Alejandro González Brito



Con una formación intelectual martiana y posiciones políticas progresistas, estrechó relaciones con Andrés González Lines, marino del movimiento antibatistiano y militante del Partido Socialista Popular.

En la antigua calle Martí No. 47 del poblado de Vereda Nueva, en las fértiles tierras de la campiña ubicada en la actual provincia de Artemisa, el matrimonio de Juan de la Cruz González y Brígida Brito González habían establecido su residencia en 1919, donde nació el 9 de abril, su hijo primogénito, nombrado Alejandro.

Aprendió a leer y escribir con sus padres, maestros de ganado prestigio. Luego cursó la enseñanza primaria en la escuela pública próxima al hogar, en el que vivían sus dos hermanos varones, otra hermana hembra, uno de crianza y la abuela.

Desde pequeño recibió lecciones de piano y le gustaba jugar a la pelota. Con la familia disfrutaba de los baños en las playas cercanas. La influencia pedagógica de Brígida y Juan marcaron la actitud cívica y de amor a la patria de Alejandro y sus hermanos.

Con la muerte del padre en plena dictadura de Gerardo Machado, la situación económica de la casa sufrió una recaída, no obstante, Brígida siguió al frente del hogar, manteniendo el mismo rigor y exigencia con los hijos.

Todavía afligido por tan sentida pérdida, Alejandro ingresó en el bachillerato con el marcado interés de prepararse para estudiar una carrera naval. Sucedió casi de inmediato el cierre del Instituto de Segunda Enseñanza No. 1 de La Habana. La suspensión de las clases, por parte del tirano Machado a inicios de 1933, lejos de apartarlo de la problemática política, despertó en él un sentimiento de rebeldía. Vio de cerca los atropellos contra los estudiantes y el resto del pueblo. Sin desvincularse de las actividades antimachadista, matriculó en la escuela privada Pitman y estudió secretariado.

Al caer la dictadura de Gerardo Machado en agosto de 1933, continuó estudios e intensificó la preparación para hacerse marino. Pasado un tiempo, optó por una plaza en la Escuela de Náutica para la Marina Mercante, anexa a las escuelas navales de la Marina de Guerra. Esta institución estaba enclavada en la bahía del Mariel. Aprobó los exámenes con buenas calificaciones.

Inició allí, en 1937, los estudios que le permitieron egresar como piloto de altura y maquinista, con reconocimientos en la promoción de 1941. El 19 de junio de ese año se le expidió el título. Al concluir la academia naval, tenía veintidós años y se destacaba por sus concepciones martianas y apego a los preceptos constitucionales. Durante esos años había establecido una sólida amistad con Andrés González Lines y Roberto

Roque Núñez, entre otros marinos de ideales progresistas. Igual que estos, Alejandro adoptó una abierta posición antifascista.

En esos años Cuba se preparaba para apoyar la lucha contra el eje fascista de Roma-Berlín-Tokio. El 20 de noviembre de 1941, se inscribió en el Servicio Militar de Emergencia en el cercano pueblo de San Antonio de los Baños. El 11 de febrero de 1942 ingresó en la Asociación de Capitanes y Pilotos de la Marina Mercante y unos meses después, recibió el carné de Beneficiario del Retiro Marítimo. Luego trabajó en diversos barcos mercantes que contribuyeron al abastecimiento de las fuerzas aliadas desafiando los submarinos fascistas.

Al final de la contienda bélica mundial se hallaba en la tripulación del mercante *SS Oriente*. A los veintiséis años se le reconocieron sus méritos y resultó condecorado por el Gobierno norteamericano con la “Victory Medal World War II Merchant Marine”.

Por esa época contrajo matrimonio con Irene Hortensia Relova Penichet. En el barrio del Vedado, en La Habana, fijó su residencia. Vinieron años de prosperidad y mucho amor con el nacimiento de sus dos hijos: Iván y Alina.

Conseguir empleo tras haber finalizado la guerra no resultaba fácil para los marinos cubanos. En la capitanía del puerto de La Habana se desempeñó indistintamente en la época de los gobiernos auténticos. También logró empleo de forma ocasional en la Empresa Naviera Cubana que operaba viejos buques. En esos trajines laborales lo sorprendió el golpe militar del 10 de marzo de 1952.

Vinieron meses de mucha incertidumbre para González Brito. Algunos compañeros de la academia naval lo ayudaron a mejorar su situación. En el puerto de Cienfuegos, según el decreto presidencial aprobado el 25 de septiembre de 1952, se le dio empleo definitivo, que se hizo efectivo casi al mes. El 21 de octubre tomó posesión de la capitanía del puerto. Su nuevo trabajo determinó que también alquilara casa en la sureña ciudad. Algo menos de tres años ocupó ese puesto. Permaneció en el cargo hasta el 30 de abril de 1955, cuando lo destinaron como segundo capitán del puerto de La Habana, por un año.

Fue la época en que, con una formación intelectual mar-tiana y posiciones políticas progresistas, estrechó relaciones con Andrés González Lines, marino del movimiento antiba-tistiano y militante del Partido Socialista Popular. También intercambiaba ideas con antiguos colegas de estudio de la academia naval, como el alférez José Dionisio San Román, ubicado en la base naval de Cayo Loco. La corrupción político administrativa y la creciente represión en Cuba eran temas recurrentes en sus conversaciones. El asesinato en La Habana de Jorge Agostini, respetado exoficial de la Marina de Guerra, lo conmovió hondamente.

El 7 de mayo de 1956 retomó el cargo de capitán del puerto de Cienfuegos. Aparentemente los acontecimientos vincu-lados al desembarco del yate *Granma* en Oriente motivaron la entrega temporal de su cargo el 4 de diciembre al Sr. Ra-món Aquilino Cañizares Burgos. Algunos comentarios sobre los asesinatos de los expedicionarios y la forma en que había sido hecho prisionero su amigo Roberto Roque Núñez, quien fue llevado a bordo del Guardacostas No. 101, suscitaron re-celos entre sus superiores. Al cabo de unos meses se reins-taló en la oficina de la aduana, en su cargo de jefe del puerto.

Al enterarse de la toma de Cayo Loco, el 5 de septiembre de 1957, se presentó en las primeras horas de la mañana ante Dionisio San Román, Julio Camacho y demás jefes para mani-festarles el respaldo al levantamiento nacional. Junto a los di-rigentes de la insurrección popular, permaneció en Cayo Loco.

Pasado el mediodía salió del Distrito Naval, no pudo avan-zar mucho porque el ejército había ido cercando los focos de resistencia rebelde. En la habitación número 16 del hotel Roma, algunos amigos le dieron protección.

La persecución se recrudeció desde el amanecer del día 6. Se inició un meticuloso registro en la parte céntrica de la ciudad. Alejandro decidió abandonar el hotel ubicado en Santa Cruz entre Bouyón y San Luis, muy cercano a los escenarios de los combates, y resultó detenido en las calles aledañas. Lo encerraron en los calabozos de Cayo Loco. Luego lo trasladaron en avión ha-cia La Habana. En el Estado Mayor de la Marina de Guerra co-

menzaron a interrogarlo y maltratarlo brutalmente. De ahí lo llevaron para la Quinta Estación de la Policía Nacional, donde continuaron con las torturas. Los asesinos Julio Laurent, jefe del Servicio de Inteligencia Naval, y Esteban Ventura Novo, jefe de la Quinta Estación, se ensañaron con el marino revolucionario. Al igual que a José Dionisio San Román lo asesinaron y lanzaron al mar, presumiblemente entre los días 9 y 12 de septiembre de 1957.



René de Jesús González Cartaya



Ante los fracasos propios del quehacer clandestino, nunca perdió las esperanzas, siempre se mantuvo a la espera de una nueva oportunidad para lanzarse al combate contra la tiranía.

René de Jesús es el segundo hijo de Rogelio González Cápiro y Amparo Cartaya Vargas. Nació el 12 de diciembre de 1918. Sus padres habían constituido una de las prósperas familias de la pequeña burguesía cienfueguera.

Creció el niño rodeado de comodidades y de la esmerada atención de sus progenitores. El negocio comercial

del padre le permitió estudiar el nivel primario en la escuela privada de la agrupación católica de los Hermanos Maristas. Al concluir los estudios en ese centro de marcado matiz religioso y férrea disciplina, cursó estudios en una academia de mecanografía y taquigrafía. Más tarde matriculó en la Escuela Profesional de Comercio e hizo cursos muy útiles para el negocio familiar, notablemente afectado, por la competencia capitalista. Quizás por eso laboró un periodo breve con su padre en el central azucarero Parque Alto, cerca del poblado de Cartagena. Posteriormente, en los convulsos meses finales de 1934, ingresó en la Marina de Guerra.

Tres años más tarde, en 1937, René fue destinado, por su preparación y conocimientos al área administrativa, como marinero en el Distrito Naval del Sur, en Cayo Loco. Era un joven educado, responsable y de carácter afable, rápido ganó el aprecio de jefes y marineros. Paulatinamente se fue presentando a concursos de oposición dentro del cuerpo naval y logró ir ascendiendo hasta el grado de sargento de segunda. En esos años se convirtió en un ferviente defensor de las ideas refrendadas en la Constitución de 1940.

Se casó en 1944 con Ofelia Machado. Con ella tuvo un niño al que también llamó René. En su casa de la calle Santa Elena No. 211 acostumbraba a reunirse con sus amigos del barrio y de las fuerzas navales de Cayo Loco. Seguía muy de cerca el acontecer político del país. Asumió con simpatía el discurso nacionalista y de denuncia de la corrupción y el gansterismo de Eduardo Chibás.

Con disgusto, frustración e impotencia recibió el golpe de Estado de Batista el 10 de marzo de 1952. René González, un marino de principios constitucionales, decidió solicitar su licenciamiento; pero sus jefes inmediatos se lo denegaron. Fue de los marinos de baja graduación de Cayo Loco opuestos a la tiranía que se vincularon a los grupos insurreccionales del Partido Auténtico en los meses venideros. A los jefes de ese núcleo rebelde del Distrito Naval, Santiago Ríos y Francisco del Sol, les unían años de trabajo y viejas relaciones de amistad.

Pasado el asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes en el oriente cubano, hizo suyo el programa político del Movimiento 26 de Julio. Respaldó la fracción de los conspiradores, encabezada por el sanitario Del Sol, partidaria de separarse de la Triple A de Aureliano Sánchez Arango. A mediados de 1956, los marinos revolucionarios de Cayo Loco pasaron a integrar el M-26-7 de Cienfuegos, aunque el pequeño segmento dirigido por Gilberto Fundora Alcázar siguió muy influenciado por los auténticos.

En varios intentos fallidos de tomar Cayo Loco, entre el 30 de noviembre de 1956 y el 27 de mayo del siguiente año, se vio enfrascado el sargento González Cartaya. Ante los fracasos propios del quehacer clandestino, nunca perdió las esperanzas, siempre se mantuvo a la espera de una nueva oportunidad para lanzarse al combate contra la tiranía. La rígida compartimentación de los marinos conspiradores posibilitó que no fueran descubiertos por el Servicio de Inteligencia Naval.

Durante los festejos batistianos en el Distrito Naval del Sur, el cabo Santiago Ríos y Francisco del Sol le pidieron a René y a otros compañeros de confianza estar en alerta para iniciar una nueva acción. Recibió el aviso en la madrugada del 5 de septiembre. Alrededor de las seis de la mañana salió de su casa, luego del beso de despedida a la esposa e hijo, como era su costumbre.

En el apostadero naval de Cayo Loco apareció entre los primeros que apoyaban la toma de la instalación militar. A las órdenes de Ríos y los jefes del levantamiento Dionisio San Román y Julio Camacho, recibió la encomienda de adiestrar en el manejo de las armas a los miembros del 26 de Julio que fueran arribando.

Después, el sargento René González Cartaya salió en el grupo encabezado por Miguel Merino para tomar el cuartel del ejército en la entrada de la ciudad. A la altura de la calle Esperanza, casi frente a la calera de la Calzada de Dolores, enfrentaron un carro policial y aniquilaron a sus integrantes. Al comprobar que había fallado el factor sorpresa y el ejército había organizado la

defensa en las inmediaciones del cuartel, decidieron regresar a Cayo Loco. Volvieron con varios militares prisioneros.

San Román y Camacho le ordenaron reforzar el ataque a la jefatura de la Policía frente al parque Martí. En ese lugar disparó una de las calibre 50 sobre el enemigo. A todos llamaba la atención el marino de piel blanca, 1,60 de estatura y 100 lb de peso aproximadamente, por la destreza con que manipulaba el arma y su certera puntería. Alrededor de las diez de la mañana, cayó la posición enemiga; las armas ocupadas se les entregaron a los civiles incorporados masivamente.

René integró el grupo combatiente que quedó allí. Hay confusión entre los testigos y participantes del alzamiento, en cuanto a la posición de combate que ocupó cuando el Tercio Táctico de Santa Clara irrumpió en el parque: unos manifiestan que René se hallaba en la Estación de la Policía con el teniente Julio Messer y Francisco del Sol; y otros, los más, lo ubican en el colegio San Lorenzo donde comandaba el alférez Dimas Martínez Padilla. Todo hace pensar que estuvo primero en la sede policial con su jefe Del Sol y luego se unió al grueso de los marinos conspiradores subordinados a los sargentos Ríos Mayea y Mederos Soto, quienes casi al mediodía pasaron a atrincherarse a San Lorenzo.

El jefe de Acción y Sabotaje del M-26-7 en Cienfuegos, Pedro Olascoaga Vázquez, refiere que combatió junto a González Cartaya en el colegio, donde demostró excelente puntería con la ametralladora que portaba. Durante toda la tarde, estuvo disparando desde la posición rebelde y neutralizó con sus certeros disparos a los francotiradores del ejército que provocaron la muerte de Juan Suárez del Villar y José Gregorio Martínez en la azotea del edificio. Al atardecer fue decisivo su fuego de apoyo a los miembros del M-26-7 que rompían el cerco enemigo por la parte posterior de San Lorenzo.

Avanzada la noche, se entabló un desigual combate entre los sublevados y los contingentes militares enviados por Batista para aplastar la resistencia en la última trinchera

rebelde. El fuego directo de los blindados y de las ametralladoras pesadas hizo insostenible la defensa del lugar. Cuando la noche del día 5 estaba concluyendo, el enemigo logró apoderarse de esa posición e hizo prisioneros a los revolucionarios. Al rato, el sargento René González Cartaya resultó asesinado, como el resto de sus compañeros, en el propio patio del colegio.



Pedro González Díaz



*La gente humilde,
en particular, se encontraba
entre los más conspicuos
simpatizantes de los ideales
del movimiento ortodoxo.
Pedro fue uno de ellos.*

Nació el 1. de agosto de 1918, en Martí, poblado de la provincia de Matanzas, el primogénito hijo del trabajador agrícola Eduardo González y la ama de casa Evarista Díaz. Luego el hogar se nutrió con el nacimiento de cinco hermanos.

La infancia de los González-Díaz transcurrió en un medio rural dependiente de las zafras, de los precios del azúcar

en el mercado mundial capitalista y las exportaciones a Estados Unidos.

En la escuela pública de su pueblo natal aprendió a leer, escribir y sumar hasta aprobar los exámenes correspondientes de quinto grado. No pudo continuar los estudios dada la mala situación económica a finales de la década del treinta del siglo XX, momento en que la producción azucarera declinaba bajo el gobierno de Gerardo Machado.

Al poblado de Encrucijada, en la zona azucarera de Sagua la Grande, marchó la familia en busca de mejoras. En los cañaverales de la región, el joven González Díaz empezó a ganar su sustento. Finalizada la zafra se empleaba ocasionalmente en las fincas y colonias, entonces sufría el flagelo del “tiempo muerto”. Le impresionaba el discurso político del líder azucarero Jesús Menéndez.

Por esa época se enamoró de Ángela Morejón, muchacha también de origen humilde. Con ella contrajo matrimonio, y de ese amor nacieron dos hijas.

Ante la corrupción administrativa, el fraude político, el gansterismo y la miseria en las ciudades y el campo, políticos honestos como Eduardo Chibás promovieron un cambio y articularon el programa nacionalista del Partido del Pueblo Cubano. La gente pobre y honesta, en particular, se encontraba entre los más conspicuos simpatizantes de los ideales del movimiento ortodoxo. Pedro fue uno de ellos. De ahí la frustración que le causó el golpe de Estado de Batista del 10 de marzo de 1952. A partir de ese momento, los acontecimientos se precipitaron. Vinieron las protestas y manifestaciones en favor de la restitución de la Constitución de 1940 y el cese de la represión contra los estudiantes y la clase trabajadora.

La situación monetaria en el hogar constituido por Pedro González Díaz empeoró tras la zafra azucarera de 1953-1954. Ante las crecientes evidencias del aumento de la falta de empleo y de la miseria en las ciudades, poblados y campos, buscó encaminar su vida por otros derroteros. El hombre alegre, honesto y laborioso se alistó en el Servicio Militar de Emergencia

Voluntario. Con el ingreso a la Marina de Guerra aseguró de inmediato el sustento familiar.

Al Distrito Naval del Sur en Cayo Loco, lo destinaron como marinero de segunda clase. Coincidió con que prestaba servicios en esa instalación un grupo de oficiales graduados en la Academia Naval del Mariel que se destacaba por su profesionalidad y apego a los conceptos constitucionalistas, entre ellos, el alférez Dimas Martínez Padilla.

Pronto los superiores de González Díaz lo nombraron ordenanza del pudoroso alférez. El respeto, la confianza y amistad fueron uniendo a ambos marinos, quienes permanecían al margen de los trajines conspirativos del grupo encabezado por el cabo Santiago Ríos y el sanitario Francisco del Sol en Cayo Loco, y de los jóvenes oficiales organizados en torno a Orlando Fernández, Dionisio San Román y José M. Castiñeiras.

Cuando el 5 de septiembre de 1957 los miembros del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, con el apoyo de Ríos, Del Sol y otros miembros de la organización en Cayo Loco, tomaron en horas tempranas de la mañana la base naval del puerto de Cienfuegos, el marinero Pedro González Díaz y su jefe se unieron al levantamiento nacional que dirigían Julio Camacho Aguilera y el exalférez de fragata José Dionisio San Román.

En el parque Martí participó en el ataque a la jefatura de la Policía hasta lograr su rendición alrededor de las diez de la mañana. En ese lugar se reunió una gran multitud de ciudadanos en busca de armas, ya que no habían alcanzado en Cayo Loco. Eso le permitió constatar el carácter popular del alzamiento y la certeza de la lucha que enarbolaba el Movimiento 26 de Julio por la añorada justicia social.

Al mediodía, González Díaz y otros marinos, entre los que estaban los oficiales José R. Quesada y Ángel Jardín Suárez, tomaron posiciones en el edificio de la Escuela de Artes y Oficios San Lorenzo bajo el mando del alférez Dimas Martínez. A esa sólida construcción ubicada en una de las esquinas del parque Martí, llegaron también, para repeler el avance del ejército, numerosos miembros del M-26-7, con

Pedro L. Olascoaga al frente. Todos sostuvieron combate desde el mediodía hasta el atardecer en que Pedro González y sus compañeros, siguiendo órdenes del alférez Martínez, cubrieron la retirada de los civiles comandados por Olascoaga, en sublime intento por salvarles la vida.

A partir de ese momento y hasta altas horas de la noche, continuó combatiendo junto a Dimas Martínez y más de una decena de marineros. En el último bastión de los sublevados cayó prisionero el asistente de probada lealtad y firmes convicciones cívicas. Muy pronto Pedro González Díaz fue asesinado al lado de su jefe y amigo, en el patio de San Lorenzo.



Miguel González Yera



Con los mismos compañeros que le avisaron del suceso, vestido con su uniforme militar, partió en un yipi a incorporarse al levantamiento nacional. Sin vacilar salió a cumplir con el deber patriótico y revolucionario.

En la finca El Manguito, lugar intrincado de las lomas cercanas al pueblo de Cumanayagua, residía el matrimonio campesino de Bernabé González y Mercedes Yera cuando el 5 de julio de 1921 nació su quinto hijo, un varón al que nombraron Miguel.

Su infancia y la de sus hermanos: Domingo, Avelino,

Tomasa y Santa, transcurrió en una época muy difícil debido a que los ingresos monetarios de la familia se reducían dada la crisis económica del país, agravada por la devastación que había causado el ciclón de 1926.

En la escuela pública rural de la zona, Miguel inició la enseñanza primaria. Con mucho sacrificio de sus padres logró alcanzar sexto grado. Ya habían nacido también sus hermanos María, Rodolfo y Rosa. Además, de los anteriores enlaces conyugales de su progenitor, tenía un hermano varón y otra hembra.

La familia luchaba para sobrevivir en ese medio rural bajo el gobierno tiránico de Gerardo Machado. Antes de cumplir los doce años, Miguel comenzó a trabajar en el campo. Mientras no adquirió la mayoría de edad, se desenvolvió en diversas tareas agrícolas. Nada cambió con los presidentes electos bajo los principios recogidos en la Constitución de 1940. Continuó siendo una de las tantas personas sin empleo estable y decoroso.

En la medida en que la vida se tornaba más difícil, fue forjando un ideario nacionalista de hondo calado martiano que lo llevó a simpatizar con el sector progresista del Partido Auténtico. Quizás mediante esas relaciones políticas pudo ingresar en la Marina de Guerra, el 26 de noviembre de 1948.

Vinieron años de peregrinar por diferentes puertos del país hasta 1950, en que lo asignaron al puesto naval del Castillo de Jagua. En el aldeaño caserío de pescadores, pobres y explotados, estableció relaciones amorosas con Lilia Estela Díaz, con quien contrajo matrimonio.

Como ya mostraba simpatía por el líder ortodoxo Eduardo Chibás, manifestó su desagrado ante el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952.

A los pocos meses de la asonada militar batistiana, fue trasladado al puesto naval de Nueva Gerona en calidad de ordenanza del oficial A. Rifat. Casi un año permaneció en el puerto isleño. En 1953 retornó al Distrito Naval del Sur.

En el reparto Tulipán, en las afueras de Cienfuegos, estableció su domicilio, en una casa facilitada por su jefe Rifat. En

ese mismo año, el 30 de octubre, nació su hija mayor a quien nombró Mercedes, como la madre del marinero. La felicidad conyugal de Lilia y Miguel cobró nuevos bríos con el nacimiento de un hijo varón, el 23 de enero de 1955, el cual recibió el mismo nombre suyo: Miguel.

Por esa época las calles fueron testigos de sucesivas protestas y huelgas de los estudiantes y trabajadores. La huelga azucarera de fines de diciembre de 1955 marcó un punto culminante en la madurez de la situación revolucionaria en el territorio. En el Distrito Naval del Sur, el grupo conspirativo dirigido por el cabo Santiago Ríos y Francisco del Sol, que había ensanchado paulatinamente sus filas, radicalizó sus posiciones. Más tarde se integraron al MR-26-7, cuyo coordinador municipal era el farmacéutico Rigoberto García Flores. Sin embargo, el marinero Miguel González Yera, un convencido opositor de la tiranía batistiana, se mantuvo al margen de las actividades clandestinas.

En la mañana del 5 de septiembre, Miguel estaba en su casa, situada en el reparto Tulipán, disfrutando de un pase, cuando lo sorprendió la noticia de la toma de Cayo Loco por los revolucionarios. Con los mismos compañeros que le avisaron, vestido con su uniforme militar, partió en un yipi a incorporarse al levantamiento nacional. Sin vacilar, salió a cumplir con el deber patrio, luego de despedirse de sus hijos y esposa, a quien le recomendó que no se movieran de la casa, “venga quien venga”.

En Cayo Loco, obtuvo el arma y los pertrechos para integrar los refuerzos que apoyarían la rendición de la Estación de la Policía. Tras la toma del recinto policial, quedó en el parque Martí, seguramente impresionado por la multitud de gente que pedía armas para apoyar la insurrección armada. A continuación integró el grupo del alférez Dimas Martínez para tomar posiciones en el colegio San Lorenzo. En ese lugar coincidió con los miembros del M-26-7 que encabezaban Pedro Luis Olascoaga, conocido por Pullín.

Desde esa posición repelieron, a lo largo de la tarde, el avance de los soldados de los regimientos de Santa Clara, Matanzas y Columbia. El marinero González Yera resultó herido en

una mano. Persuadido del fracaso del levantamiento nacional, siguió combatiendo sin vacilar. Fue uno de los marinos que cubrieron la retirada del edificio a los miembros del M-26-7.

Hasta altas horas de la noche, los combatientes al mando de Dimas Martínez, lucharon contra fuerzas muy superiores apoyadas por blindados. Efectivos de la tiranía los hicieron prisioneros a todos en las trincheras de San Lorenzo.

Sin ninguna asistencia médica, aquellos soldados soberbios y altaneros emprendieron a maltratarlo y vejarlo, quebrantando todas las leyes militares y principios morales. A los treintaiséis años, el marinero Miguel González Yera encaró la muerte con gallardía. Los últimos sobrevivientes de la batalla fueron asesinados en el patio del colegio, pocos antes de que las campanadas de la iglesia anunciaran la medianoche.



Ángel Ramón Jardín Suárez



En la ciudad portuaria la crisis económica capitalista golpeaba fuerte, pero el muchacho iba ganándose el respeto de la comunidad por la entrega en lo que hacía, su honestidad y sentido de la responsabilidad.

Era 2 de agosto de 1908 el día que nació en el Hospital Civil de Cienfuegos, Ángel Ramón Jardín Suárez. El niño provenía de una familia de escasos recursos económicos, que dependía del trabajo del padre, cuya preocupación crecía por la disminución de la actividad en la esfera comercial del puerto cienfueguero.

La infancia del primer hijo de los cónyuges Jardín-Suárez transcurrió en el hogar obrero bajo el cuidado de su cariñosa madre.

Cuando Ángel inició los estudios primarios, ya habían nacido sus hermanos. Como la estabilidad laboral del padre aseguraba un mejor nivel de vida, esos grados los cursó en escuelas privadas. A los ocho años, la muerte inesperada del padre provocó un giro brusco en la vida suya y la de sus tres hermanos. Los ingresos monetarios decayeron, con mucho esfuerzo pudo graduarse de sexto grado en un colegio religioso donde había conseguido una beca.

Siendo adolescente empezó a deambular por la ciudad en busca de un quehacer no tan azaroso. En diversos lugares insistió con terquedad y logró recursos a través de disímiles trabajos para ayudar a la madre en la crianza de sus hermanos. Ángel Ramón no dejaba pasar un instante sin buscar mejores oportunidades de empleo, incluso, la posibilidad de retomar un camino que le asegurara la superación individual, en el competitivo mercado laboral. En la ciudad portuaria la crisis económica capitalista golpeaba fuerte y marcaba el ritmo de la familia Jardín-Suárez, mientras tanto el muchacho iba ganándose el respeto de la comunidad por la entrega en lo que hacía, su honestidad y sentido de la responsabilidad.

En los años difíciles de la dictadura de Gerardo Machado, buscó cómo darle un nuevo sentido a la vida: de día ganaba un salario ínfimo y de noche estudiaba para alcanzar el ingreso en la escuela de enfermería del hospital civil Luis Pernas de Cienfuegos. En ese lugar se graduó de enfermero titular. Meses después lo contrataron en el mismo centro de salud cuando la reducción del presupuesto municipal provocaba una rebaja del 25 % en los salarios de los empleados del sector público.

A los pocos días de cumplir el enfermero los veinticinco años resultó derrocado Machado. Los gobernantes que le sucedieron no reportaron ninguna mejoría sustancial.

En las fuerzas armadas buscó la oportunidad de cambiar su situación, y en 1934 ingresó en la Marina de Guerra. En el Distrito Naval del Sur, en Cayo Loco, lo asignaron al Departa-

mento Sanitario y desarrolló una trayectoria, como enfermero, caracterizada por la profesionalidad que había alcanzado. También resaltaba en su desempeño el sentido de la justicia, patriotismo y respeto a los preceptos constitucionales. Pronto gozó de gran prestigio entre la marinería y los oficiales del distrito; venciendo exámenes de oposición unas veces, y otras acumulando méritos por los años de servicio, fue ascendiendo de forma paulatina dentro del cuerpo naval. En los años cincuenta del pasado siglo, alcanzó el grado de suboficial sanitario.

Durante ese tiempo forjó una sincera amistad con el alférez Dimas Martínez Padilla, militar que se destacaba por su sentido del honor, profesionalidad y gran bondad. Igualmente lo unieron estrechos lazos de afecto y laborales con el cabo sanitario Francisco del Sol, persona de procedencia rural y afán de superación, dos cualidades que tenían en común. También los identificaba el respeto a la Constitución de 1940.

El sanitario Jardín Suárez sostenía buenas relaciones con los oficiales Roberto Roque Núñez, José Ramón Quesada, Saturnino Martínez, Alejandro González Brito y el joven Dionisio San Román. No permanecía ajeno a la situación que afectaba a todos desde el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. Sin embargo, nada indica que estuviese integrado al movimiento conspirativo que se desarrollaba entre marinos y clases (cabos y sargentos) dentro de la base naval de Cienfuegos.

Pero, al conocer la toma de Cayo Loco en las primeras horas de la mañana del día 5 de septiembre, abandonó su domicilio ubicado en el barrio de Caonao, para secundar la acción revolucionaria. El suboficial, hombre de carácter afable, actitud discreta y desbordante humanismo, se presentó ante su buen amigo Francisco del Sol, quien lo condujo hasta el exalférez San Román, para ponerse del lado de la revolución que debía comenzar en todo el país, según lo acordado en La Habana. De la misma forma actuó el alférez Dimas Martínez Padilla.

En Cayo Loco coincidieron en el movimiento armado con Quesada, González Brito y otros viejos conocidos de ideas progresistas y democráticas. Las incorporaciones de los prestigiosos

oficiales Martínez Padilla y Ángel Jardín, militares con más de veinte años de servicios, significó de gran aliento moral para los combatientes militares y civiles del M-26-7 que tomaban las armas para enfrentar la sangrienta tiranía batistiana.

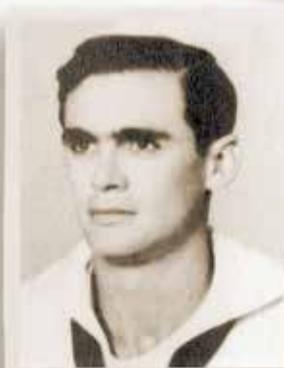
Ángel Jardín marchó con el refuerzo enviado para quebrar la resistencia enemiga en la jefatura de la Policía Nacional, enclavada frente al parque Martí de la ciudad. Alrededor de las diez de la mañana avanzó con el grupo sobre las posiciones de los esbirros batistianos y lograron la rendición de los odiados miembros del cuerpo represivo. Sin salir del asombro, ante la multitud de personas de sectores humildes que pedían armas para combatir, ayudó en el reparto del arsenal ocupado.

Casi en horas del mediodía, el suboficial sanitario contemplaba la antigua Plaza de Armas de Cienfuegos llena de gente, de cientos de personas que acudieron en busca de un fusil para combatir la tiranía. No demoró allí, porque marchó con el alférez Dimas Martínez a tomar posición en la Escuela de Artes y Oficios San Lorenzo, en la esquina de las calles San Carlos y Santa Isabel, donde coincidió con miembros del M-26-7 dirigidos por Pedro Olascoaga. Todos quedaron bajo la jefatura del oficial Martínez Padilla para detener el avance de fuerzas del Tercio Táctico del Ejército, procedentes del Regimiento Leoncio Vidal de Santa Clara.

Desde allí entablaron combate contra las fuerzas enemigas que atacaban las posiciones rebeldes en el parque Martí. El suboficial no dejó de disparar sobre los soldados y en los momentos de calma atendía a los heridos. Con gran dignidad y entereza recibió la noticia del fracaso del plan nacional y, horas más tarde, de la caída de Cayo Loco en manos batistianas. Pese a estar herido, continuó combatiendo sin vacilaciones hasta entrada la noche en que lo hicieron prisionero. Ángel Jardín y los demás marinos rebeldes fueron infamemente ultimados en el patio del colegio.



Nicolás Luciano López-Viera González



Vivió años de trabajo profesional, con la huella de la creciente decepción ante la corrupción y la violencia política, en que permanecía encerrado en un confiado silencio, solo roto con algunos marineros y amigos de extrema confianza.

Al matrimonio de Nicolás López-Viera y Ana González, personas de extracción humilde y acostumbradas a enfrentar infortunios, por la zafra del Constancia, el futuro pareció sonreírles por el feliz parto de Ana, el 7 de enero de 1932. Nicolás Luciano fue el nombre escogido para nombrar al pequeño que trajo alegría en una época carente de bonanzas.

El sustento de su hogar dependía del trabajo de carpintero de ribera, en las márgenes del río Damují, de Nicolás López-Viera que, a inicios de ese invernal enero apenas podía asegurar el sustento del hogar, porque casi nadie encargaba la construcción y reparación de barcos. Nicolás debió realizar faenas eventuales en los muelles y el campo, que aún eran insuficientes para atenuar la pobreza de esos años. La pesca ocasional en el río le posibilitaba reforzar la alimentación de la familia.

Nicolás Luciano cursó la enseñanza primaria en la escuela pública del batey del central. Desde edad temprana sintió la necesidad de ayudar al padre. Al concluir sexto grado, ya se concentraba en aprender los secretos de la carpintería que marcaba el prestigio de los López-Viera en su comunidad azucarera.

Vinieron años de intensa labor en un contexto de luchas obreras. Creció un sentimiento de rebeldía y rechazo a los manejos politiqueros de los gobiernos auténticos, también la convicción de que en la comarca azucarera de Constancia los jóvenes con aspiraciones de mejorar sus vidas carecían de futuro.

Al joven Nicolás, que le gustaba surcar el río Damují hasta la bahía de Jagua, enfiló la mirada a la pasión de su vida: el mar. Buscaba una manera de escapar de la falta de trabajo y los bajos salarios de lo que apareciera. Ingresó en la Marina de Guerra, apenas cumplidos sus veinte años, cuando ya había formalizado relaciones amorosas. En aquel tiempo, el ambiente político estuvo marcado por la interrupción del proceso electoral debido al golpe de Estado del 10 de marzo de 1952.

Al Distrito Naval del Sur, en Cayo Loco, lo asignaron a continuación de la rigurosa preparación militar. Transcurrieron años de faena profesional, con la huella de la creciente decepción ante la corrupción y la violencia política en que permanecía encerrado en un confiado silencio, solo roto con algunos marineros y amigos de extrema confianza. Desde el central Constancia llegaban las noticias de las huelgas y la oposición cada vez mayor contra la tiranía.

Para el marinero todavía no estaba claro el camino a seguir. Por eso desconocía que algunos de sus compañeros de Cayo

Loco buscaban derrocar al tirano Batista por la vía armada, y que estaban en conexión, inicialmente, con el grupo insurreccional del Partido Auténtico, y en 1956, integrados a las filas del Movimiento Revolucionario 26 de Julio.

El 5 de septiembre, López-Viera se incorporó en Cayo Loco al alzamiento popular. Esa mañana formó parte del grupo de marinos y civiles del M-26-7 que participó en diversas acciones en la ciudad, incluida la toma de la jefatura de la Policía. Luego permaneció en los alrededores del parque Martí. Cuando se informó sobre el avance del ejército enemigo estuvo con los combatientes al mando del alférez Dimas Martínez Padilla, quien atrincheró a sus hombres en el colegio San Lorenzo. Era algo más de medio centenar de miembros del 26 y marinos que estaban en desacuerdo con el régimen tirano.

Desde que al mediodía irrumpió el Tercio Táctico de Santa Clara en el parque, el joven no dejó de combatir. Sin tregua disparó para detener el avance de fuerzas enemiga hasta entrada la noche en que solamente los marinos revolucionarios de San Lorenzo mantenían la resistencia rebelde. Casi al terminar la noche del día 5, Nicolás López-Viera y demás marinos fueron hechos prisioneros. A todos los asesinaron en el patio del colegio.



Francisco Claudio Martell Esquerdo



Cuando ocurrió el golpe de Estado del 10 de marzo, como marino defensor del papel profesional de las fuerzas armadas, se mantuvo distante de las maniobras batistianas. Pronto rechazó la forma de gobierno de la camarilla del tirano.

El 30 de octubre de 1919, el hogar integrado por Francisco Martell y la ama de casa Rosa Esquerdo, una mujer todavía joven, aclamó el nacimiento de un niño varón al que llamaron, quizás siguiendo la tradición, como el padre, y para diferenciarlo, le añadieron Claudio.

Nació en el caserío pobre que rodeaba el Castillo de Ja-

gua, en la margen occidental de la bahía que abrigaba el puerto cienfueguero. En ese ambiente de la ultramarina barriada de pescadores transcurrió su infancia. Creció viendo a los hombres del mar —y su padre no era diferente— en su quehacer cotidiano para alcanzar el sustento del hogar y salir de la miseria que los empujaba a vivir casi en la marginalidad. Siete hijos conformaban la familia.

En la escolita del barrio del Castillo de Jagua cursó la enseñanza primaria hasta llegar a sexto grado. Pasó rápida su niñez, entre juegos, travesuras, y los secretos del mar y peligros en que vivían.

Quizás desde la adolescencia, Francisco Claudio forjaba sueños de hacerse patrón de barco y aprendió a reconocer el valor del trabajo diario. Con diecisiete años ingresó a la Marina de Guerra, la prestigiosa institución militar constitucionalista, con el objetivo de estar en un medio que le fascinaba y encontrar una vía que le permitiría superar el ambiente de pobreza e inestabilidad económica en que había crecido. Al año se graduó de patrón de barco en el cuerpo armado. Fue destinado a diversas unidades y pronto, porque ganaba competencias, adquirió fama de experto tirador con fusil.

Navegaba en las cercanías del puerto de La Habana como timonel del buque *Cuba*, cuando lo sorprendió la declaración de guerra del Gobierno de la Isla a las potencias del eje fascista Roma-Berlín-Tokio. Su misión, junto a los tripulantes de la nave, consistía en custodiar los convoyes de barcos mercantes con provisiones para las fuerzas aliadas en las aguas del mar Caribe y enfrentar a los submarinos fascistas alemanes. Fueron años sorteando peligros y desafiando la muerte para alcanzar la victoria de las fuerzas aliadas. Al concluir la contienda recibió el reconocimiento del Gobierno y de los países aliados.

En la Marina de Guerra permaneció hasta dos años más tarde. Sintió la necesidad de solicitar el licenciamiento para sustituir al padre enfermo en su función de patrón del yate, propiedad de los Ponvert Terry, quienes tenían una casa de veraneo en Pasacaballo. Ya por esa época había contraído matrimonio con Fidencia Castellanos, una vecina de su comunidad.

La situación económica continuó siendo difícil en los años en que Ramón Grau San Martín y Carlos Prío gobernaron. Los miembros del hogar habían aumentado con el nacimiento de sus hijas Irma, Norma y Loida, por lo tanto, decidió reingresar a la Marina de Guerra y lo destinaron finalmente al Distrito Naval del Sur, en el puerto de Cienfuegos.

Inesperadamente ocurrió el 10 de marzo de 1952 el golpe de Estado de Fulgencio Batista. Como marino defensor del papel profesional de las fuerzas armadas, se mantuvo distante de las maniobras del nuevo presidente. Hombre sensible, profesional y responsable que pronto rechazó la forma de gobierno de la camarilla del tirano. Entre las personas de su confianza, criticaba las depuraciones de Alberto Villafaña Claro, José A. Delgado, Dionisio San Román y otros marinos; los asesinatos políticos y la violencia contra estudiantes y obreros, en especial, la de fines de diciembre de 1955 y meses posteriores.

Aunque sus sentimientos de rebeldía, marcados por su procedencia humilde y sentido de justicia social, crecían ante los ojos de todos, nunca se acercó al grupo de los marinos de Cayo Loco encabezado por Santiago Ríos y Francisco del Sol, con quienes mantenía relaciones de amistad. La atención de Francisco Martell parece haberse concentrado en la familia que continuó creciendo con el nacimiento de sus hijos, Claudio en 1953, y Bárbara en mayo de 1957.

En la mañana del 5 de septiembre, supo de la toma de Cayo Loco. Sin vacilar, procedió a despedirse de su esposa y pequeños hijos para incorporarse a las fuerzas sublevadas. Desde el Distrito Naval del Sur marchó a reforzar el ataque a la jefatura de la Policía. Luego retornó a Cayo Loco con los policías prisioneros. Permaneció en la instalación naval hasta el mediodía cuando volvió a la zona de la jefatura de la Policía, siguiendo instrucciones del cabo Santiago Ríos, para rechazar el avance del ejército de la tiranía. Combatió durante horas en esa parte céntrica de la ciudad.

Cuando el cerco militar enemigo se fue estrechando, intentó romperlo. No logró vencer las líneas enemigas y cayó prisionero.

nero. Comenzarán horas de maltratos y vejámenes hasta que en horas de la noche a Francisco Claudio Martell Esquerdo lo condujeron presumiblemente a la jefatura de la Policía. A todos los asesinaron vilmente. El cuerpo de Martell, mutilado por las balas, fue enterrado en una fosa común del cementerio Tomás Acea.



José Gregorio Martínez Medina



Con el ingreso en la Escuela de Comercio comenzó un proceso de radicalización de su pensamiento a partir de una identificación temprana con los postulados del Partido ortodoxo de Eduardo Chibás.

En la colonia Tres Hermanos, ubicada en el barrio rural de Soledad, en el poblado de Cartagena, residían los esposos Gregorio Martínez y Rosario Medina. Allí nació, el 24 de septiembre de 1932, el hijo primogénito del matrimonio, quien trajo la alegría a los moradores del predio rural. Lo nombraron José Gregorio siguiendo la tradición campesina familiar.

Desde temprano, gozó del cuidado de los padres y de un especial cariño de su abuelo paterno: Gregorio, el recio campesino que no dejó de enseñarle los pormenores de la vida campestre en el paraje de singular belleza natural donde vivía.

Con los niños pobres de la zona cursó en la escuela rural del batey los tres primeros grados del nivel elemental. Juntos sufrieron la carencia de maestros para culminar la enseñanza primaria. Continuó los estudios en la Academia Blanca Fernández de Cruces. Solo en las vacaciones regresaba a la finca y cómo le gustaba recorrer los campos con el abuelo, compartir y jugar con los amigos y muchachos pobres del barrio, a quienes solía regalarles guantes, pelotas, zapatos, ropas...

Luego ingresó en los Hermanos Maristas de Cienfuegos, centro educativo de carácter religioso solo al alcance de los adinerados. Con la jovialidad del guajiro cubano, José Gregorio llamó la atención de los alumnos por su simpatía, inteligencia y valor. Años más tarde, estudió en la academia comercial Norma Bussines School de la ciudad portuaria, con el objetivo de prepararse para ingresar a la Escuela Profesional de Comercio. Paralelamente ayudaba a los tíos como dependiente de su bodega La Favorita.

El joven apuesto, de tez blanca, rostro alargado, pupilas claras, pelo rubio y hablar lleno de jocosidad y con sentido del humor, fue apodado por sus amigos el Yanki. Buscó la necesaria solvencia con su trabajo personal a fin de ganar más independencia. No rechazó el apoyo económico de su adinerado abuelo José, tal vez la persona que más quería en la vida, solo quería labrarse un camino propio, alejado de normas y valores que no lograban explicar, en sus esencias, el sistema de injusticias imperante.

Con el ingreso en la Escuela de Comercio, abordó un proceso de radicalización de su pensamiento a partir de una identificación temprana con los postulados del Partido ortodoxo de Eduardo Chibás. Fue la época en que se enamoró de Osdalia Reitor, una humilde y linda joven.

El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, llevó a las calles al joven Martínez Medina para enfrentar a Batista y su camarilla.

Frustrado por la actitud vacilante de los políticos tradicionales, buscó relacionarse con partidarios de la violencia revolucionaria para enfrentar a la tiranía. Sin dejar de participar en las protestas estudiantiles de su centro, se acercó poco a poco a personas de la línea insurreccional. No le resultó fácil el camino en medio de la politiquería y la fragmentación de los sectores progresistas.

Durante esa primera etapa, Yanki Martínez se destacó en las protestas contra la imposición de los Estatutos Constitucionales de junio de 1952. Un valiente comportamiento tuvo frente a la brutal represión policial en la intersección de las calles San Fernando y Prado.

En el establecimiento comercial dedicado a la venta de víveres y licores, La Inglesita, ubicado en la esquina de Santa Isabel y Santa Cruz, empezó a laborar como mensajero y dependiente. A la vez estudiaba en la Escuela Profesional de Comercio. Rápido se destacó entre los opositores a Batista. En 1954 formó parte del sector estudiantil más radicalizado y cercano al liderazgo de José Antonio Echeverría en la Federación Estudiantil Universitaria. Pronto lo eligieron delegado de aula y, posteriormente, miembro de la Junta Directiva de la Asociación de Estudiantes. A lo largo de 1955, se hallaba entre los que encabezaban las protestas estudiantiles que sacudían la ciudad. En los días finales de diciembre de ese año, tuvo una importante participación en la huelga azucarera que paralizó Cienfuegos.

Cuando quedó constituido el MR-26-7, Pedro Olascoaga, jefe de una célula que abarcaba los alrededores del parque Martí y con quien estableció una profunda amistad, le propuso su incorporación. Desde ese momento, fue muy activo en la captación de nuevos miembros para la organización de la vanguardia revolucionaria que dirigía Fidel. Personas de sectores escasos de recursos formaron el núcleo principal del grupo que dirigía Olascoaga.

Fue un hombre valiente, audaz y temerario, que estuvo al frente de la interrupción del mitin político del Partido Nacional Revolucionario de José Pardo Llada el 10 de septiembre de 1956; la

distribución de propaganda agitadora en los cines Luisa, Prado y Terry; la participación en las prácticas de tiro y el traslado de dinamita sustraída de las obras de la hidroeléctrica del Hanabanilla para las acciones de sabotaje, entre numerosas acciones.

También se acuarteló junto a su grupo, el 30 de noviembre de 1956 para respaldar la expedición organizada por Fidel en México, operación que fracasó debido a la posposición del plan de toma de Cayo Loco por los marinos vinculados al M-26-7, que no pudieron cambiar las postas. Enseguida las fuerzas represivas lo detuvieron y maltrataron. De nuevo en libertad, participó en la campaña Cero Fiestas de Navidad llevada a cabo por el 26 de Julio e hizo estallar una bomba el 31 de diciembre en los jardines del parque Martí, frente a la Estación de la Policía Nacional.

A inicios de 1957, José Gregorio resultó detenido, acusado de sabotaje. La represión policial lo devolvió a las mazmorras de la policía, donde los golpes reiterados no pudieron quebrantar su voluntad de lucha. Al quedar en libertad, siguió en las actividades clandestinas del grupo de Pedro Olascoaga. Este le pidió actuar con extrema precaución.

Los esbirros de la tiranía no dejaban de vigilarlo. En esas circunstancias, el 9 de marzo de 1957, en la casa de la abuela de su novia, en Castillo casi esquina a Hourruitinier, José Gregorio Martínez Medina y Osdalia Reitor contrajeron matrimonio con la presencia de sus amigos y algunos miembros del M-26-7. Alquilaron un pequeño apartamento en la calle San Carlos entre Prado y Cristina.

Pasados unos días, Olascoaga le avisó al carismático joven que se acuartelarían en la Semana Santa para respaldar la ocupación del Distrito Naval del Sur. En algunos compañeros tomaba fuerza la idea de intentar abrir un frente guerrillero en el lomerío del Escambray con las armas que se obtuvieran. Otra vez, problemas organizativos en Cayo Loco hicieron fallar la acción y el grupo reunido en la bodega de Monzón, en la céntrica esquina de Argüelles y Bouyón tuvo que dispersarse discretamente. El empleado de La Inglesita regresó a la rutina diaria en espera de nuevas órdenes de su jefe clandestino.

Luego de algo más de un mes, integró el grupo acuartelado para respaldar el plan del alzamiento postergado en ocasiones anteriores. En el bar La Ronda, propiedad de Félix Lito Aguada, esperaban en la noche del 27 de mayo de 1957 la orden de avanzar hacia Cayo Loco en coordinación con los marinos; pero la detención de treintaicinco combatientes clandestinos, acuartelados en el reparto Buenavista, frustró el levantamiento.

La represión policial sacudía cada rincón, pero Yanki Martínez eludió la vigilancia de los esbirros. El joven intrépido y de gran valor, continuó en las actividades clandestinas y el 16 de julio participó en la colocación de una potente bomba en la conductora maestra del acueducto municipal que dejó sin agua a la ciudad. Ocho días después propició varios apagones de forma sincronizada con el estallido de petardos de ruido en los cines Terry, Prado y Luisa.

Una vez más fue detenido y durante días sufrió torturas en la jefatura de la Policía. Salió en libertad con la salud quebrantada y amenazado de muerte. Todavía sin reponerse, participó en la huelga espontánea, convocada por el asesinato de Frank País. Escapó de la persecución policial y rechazó la propuesta del abuelo de enviarlo para la ciudad norteamericana de Miami.

En las primeras horas del 5 de septiembre, tras ser avisado de la próxima acción, se despidió de su amada Osdalia. De inmediato participó en la movilización del grupo de Acción y Sabotaje por orden de su jefe Olascoaga. Más de una decena de hombres concurren en la madrugada al Gremio de Carretoneros y Camioneros, de la calle Argüelles y Paseo de Arango.

A las seis de la mañana, Yanki salió caminando por la calle Casales, precedido por Olascoaga, hacia Cayo Loco. Detrás, el resto de los hombres avanzaban a prudencial distancia dispuestos a inmolarsse. Los marinos ya tenían tomada la instalación naval, ellos se pusieron al mando de Julio Camacho, Dionisio San Román, Santiago Ríos, Francisco del Sol, Pedro Aragonés y demás dirigentes de la acción.

En el área del pañol de artillería, José Gregorio obtuvo una ametralladora Thompson y varios cargadores. Con ese arma-

mento partió a la toma del cuartel de la Guardia Rural, en el barrio Pueblo Griffo. Durante el avance cerraron comercios y tiendas. También detuvieron y desarmaron a algunos militares. Todo transcurrió sin incidentes alarmantes hasta que en la Calzada de Dolores, casi frente a la calera, enfrentaron un carro policial con el saldo de tres policías muertos, un agente y un civil heridos de gravedad. Ese breve tiroteo retrasó el ataque al cuartel, que había preparado la defensa en los alrededores, desde la llegada del comandante Eugenio Fernández.

Más tarde regresó a Cayo Loco y recibió la orden de marchar al parque Martí para apoyar el ataque a la jefatura de la Policía. Una vez rendida la sede policial, protegió a los esbirros de la ira popular. Investido de gran prestigio revolucionario, convenció a la multitud de conducir a los detenidos a los calabozos de Cayo Loco.

Al mediodía los hombres de Pedro Olascoaga tomaron posiciones en el colegio San Lorenzo, donde quedaron al mando del alférez Dimas Martínez. Pronto estuvieron listos para detener el avance del Tercio Táctico de Santa Clara. José Gregorio Martínez disparó contra la soldadesca desde la planta baja del sólido edificio. Al retirarse diezmada la tropa batistiana, subió a la azotea y armado de un fusil semiautomático Garand, que cambió por la Thompson, descargó su fuego sobre los aviones que comenzaron a ametrallar los edificios del parque Martí.

Cuando el ejército reinició el ataque sobre las posiciones rebeldes con el apoyo aéreo, el joven hizo certero fuego sobre los enemigos en otro acto de audacia que puso en riesgo su vida. Alrededor de las tres de la tarde, cayó fulminado por el disparo de un francotirador mientras defendía la trinchera revolucionaria de San Lorenzo.



Dimas Martínez Padilla



La incorporación del alto oficial Martínez Padilla al levantamiento popular sirvió de gran aliento moral a los marinos y civiles participantes en el alzamiento.

En la vivienda principal del batey del ingenio Santa Isabel, en la llanura de Ranchuelo —hoy límite de las provincias de Villa Clara y Cienfuegos—, residía Pedro Martínez, propietario del ingenio, y la esposa que, al inicio de 1909, se encontraba en estado de gestación. El pequeño al que llamaron Dimas, no dejó correr los días y el 15 de enero iluminó el hogar de sus padres. Su infancia transcurrió en un am-

biente alejado del drama de los campesinos y obreros vinculados al mundo del azúcar. Junto a sus hermanos disfrutó de las comodidades que una familia burguesa podía propiciarle.

En escuelas particulares y de carácter religioso del poblado de Ranchuelo, cursó los estudios primarios. Educado, inteligente y cariñoso fue configurando una personalidad marcada por la humildad en el trato y la preocupación por sus semejantes. Cursó otros niveles de enseñanza y sus padres le financiaron un viaje a Estados Unidos para estudiar contabilidad y taquigrafía. Al concluir en el Predmont College regresó a Cuba e hizo el bachillerato. Luego matriculó la carrera de Derecho en la Universidad de La Habana.

En las aulas universitarias, el joven Martínez Padilla tomó mejor conciencia de la grave situación del país bajo la dictadura de Gerardo Machado, cuya carácter represivo se hacía muy evidente en la capital. Debido a su gran sensibilidad humana y profundo patriotismo, comenzó a radicalizar sus posiciones bajo la influencia de la Federación Estudiantil Universitaria. Pronto se vio participando en protestas y manifestaciones de la organización.

Ante la inseguridad reinante en La Habana y la creciente persecución a los estudiantes universitarios, regresó a su morada. En esa época los padres habían dejado el negocio azucarero y cambiado su residencia a Cienfuegos.

El derrocamiento de Gerardo Machado en agosto de 1933, marcó un viraje radical en la vida del estudiante. La Marina de Guerra renovó sus filas tras la destitución de los mandos machadistas y, el 28 de octubre de 1933 ingresó en la fuerza naval como sargento de primera, taquígrafo. En los años que siguieron realizó estudios militares en la academia naval y reafirmó sus convicciones acerca del carácter profesional, la condición apolítica de las fuerzas armadas y la lealtad a los principios democráticos.

Estando en ese cuerpo militar, conoció de los turbios manejos de los seguidores de Fulgencio Batista Zaldívar. Este desplazó de los mandos a oficiales de carrera con ideas nacionalistas. A Dimas lo salvó de la depuración, su actitud

siempre discreta. Desde entonces, se convirtió en un decidido partidario del proceso que culminó en la aprobación de la Constitución de 1940.

Durante la Segunda Guerra Mundial prestó servicios en apoyo a la defensa del país y contra las potencias fascistas. En esa época continuó estudiando en la academia naval y fue ascendiendo en los escalafones de mando hasta alcanzar el grado de alférez de fragata.

En el Distrito Naval del Sur, el alférez Dimas Martínez Padilla resaltaba por la profesionalidad, respeto y admiración de sus compañeros de armas. Los subordinados admiraban el altruismo y justeza con que asumía su responsabilidad. Era un hombre honesto y de alto sentido ético que rechazaba con firmeza los males que aquejaban las instituciones armadas en los años de gobierno de Ramón Grau y Carlos Prío. Sin embargo, estaba convencido de que en el país existía, ya consolidado, un sistema garante de la democracia. Por eso la asonada militar del 10 de marzo de 1952 lo perturbó profundamente.

Rechazó la dictadura batistiana, aunque sin vincularse a ningún movimiento conspirativo. Esa actitud de militar apegado a los preceptos de la Constitución de la República, le ganó el respeto de los marinos que conspiraban en Cayo Loco. Todos sabían que podrían contar con el prestigioso y honesto alférez Dimas Martínez Padilla en el momento oportuno.

Cuando el 5 de septiembre Ríos y Del Sol, secundados por los marinos, redujeron las postas principales pasadas las seis de la mañana y permitieron la entrada de los líderes del alzamiento, entre los que se encontraban Camacho Aguilera y Dionisio San Román, en su casa del barrio Caonao, el alférez de fragata Dimas Martínez Padilla se alistaba para incorporarse a la cotidianidad del Distrito Naval del Sur. Nada sabía el veterano oficial de los acontecimientos en la instalación militar.

Al rato comenzaron a llamarlo oficiales y personas de confianza para comunicarle la toma de Cayo Loco. Raudo se trasladó en su automóvil para el Distrito Naval y se presentó ante los líderes del alzamiento. Tras un breve intercambio con San

Román, Ríos y Camacho se sumó a la insurrección que postulaba, como paso inicial, el derrocamiento del tirano y el retorno a la Constitución de 1940.

La incorporación del alto oficial sirvió de aliento moral a los marinos y civiles envueltos en el levantamiento popular. De Cayo Loco salió al frente de un destacamento armado para reforzar el ataque a la jefatura de la Policía que resistía el avance de los sublevados. Alrededor de las diez de la mañana, lograron la rendición de los policías. Regresó a Cayo Loco con los prisioneros.

Preocupado por la falta de noticias sobre las acciones en La Habana y otros lugares; pero esperanzado en el plan nacional, partió al frente de un grupo que debía tomar posiciones en la zona del parque Martí ante las noticias del avance del Tercio Táctico de Santa Clara.

En el colegio San Lorenzo, organizó la defensa con marinos y civiles del M-26-7. Lo secundaron en este empeño los experimentados tenientes José Ramón Quesada y Ángel Jardín. Pronto los combatientes arremetieron contra los soldados de Santa Clara, quienes se vieron obligados a replegarse por las bajas sufridas. Desde el mediodía y hasta el momento de esconderse el sol, los hombres de Dimas rechazaron los ataques enemigos.

Convencido del fracaso del levantamiento nacional, trató de proteger las vidas de los civiles del 26 y, ejerciendo su liderazgo con alto sentido de responsabilidad, les ordenó romper el cerco. Con las escasas municiones cubrió la retirada del grupo encabezado por Pedro Olascoaga. De igual manera habían procedido a abandonar el colegio algunos marinos que conocían el carácter criminal de los jefes y oficiales atacantes, cuyas fuerzas reforzaron con carros blindados y ametralladoras pesadas.

Los que se hallaban al mando del oficial Martínez Padilla —poco más de un docena— resistieron el ataque sobre el colegio San Lorenzo hasta entrada la noche, cuando ya habían rechazado varias propuestas de deponer las armas sin garantías de ningún tipo, ni con la presencia de la Cruz Roja.

En las circunstancias más adversas enfrentaron el avance de las tropas de Columbia, Matanzas y Santa Clara. Finalmente vencieron la resistencia rebelde y detuvieron a los combatientes. Por encargo personal del tirano Batista, el connotado esbirro Caridad Fernández procedió, esa misma noche, a ametrallar de forma cruel al alférez Dimas Martínez Padilla y demás marineros prisioneros en el patio del último baluarte rebelde.



Galo Froilán Mederos Soto



Hombre de sólidas convicciones patrióticas y democráticas que encauzó con pasos seguros, los sentimientos de rebeldía e inconformidad hacia posiciones más radicales.

En Pueblo Nuevo, barrio humilde de la ciudad de Cienfuegos, nació el 5 de octubre de 1918 el niño Galo Froilán. Era hijo de la ama de casa Juana Soto y del estibador Gerónimo Mederos, personas catalogadas “de color” para marcar tanto las diferencias raciales como las económicas y de clases sociales.

En la modesta casa de la calle Hernán Cortés, casi llegando a la esquina de Prado,

transcurrió su infancia. Catorce hermanos residían en un apartamento de la ciudadela de tabla y tejas. De la mano de los padres y hermanos mayores aprendió a jugar y recorrer la barriada que atravesaba la línea del ferrocarril. Juntos solían caminar hasta el Panteón del general Dionisio Gil, lugar de reunión de los niños de ese lugar. Especial cariño recibía Galo por parte de Heriberto, uno de sus hermanos mayores.

En la escuela pública cercana a su hogar cursó estudios hasta sexto grado. La escasez de trabajo en los muelles obligaba a Galo Froilán y a sus hermanos a apoyar al padre en la búsqueda del sustento del hogar.

El adolescente de aguda inteligencia y sentido de la responsabilidad trató de seguir sus estudios en medio de la difícil situación del país. La incorporación temprana a la vida laboral de Heriberto y Juan Gualberto Mederos, le permitió al muchacho matricular en la Escuela Primaria Superior Atilano Díaz Rojo. Luego de dos años, en 1931, obtuvo el certificado de octavo grado; pero sus sueños de seguir estudiando se truncaron por agudizarse la crisis económica capitalista bajo el gobierno dictatorial de Gerardo Machado.

En el taller de Vicente Vargas, cercano a su casa, empezó como aprendiz de carpintería. En ese medio obrero tomó paulatina conciencia de la opresión y las luchas populares contra la dictadura machadista. Fueron años en que comenzaron a adquirir sentido para el joven Galo Mederos los conceptos de igualdad y justicia social. Por eso constató con alegría, sin haber cumplido quince años, cómo algunos de sus vecinos y familiares, incluidos los hermanos mayores, participaban en las huelgas que culminaron el 12 de agosto de 1933 con el derrocamiento de Gerardo Machado.

Desde ese instante, algunos de los Mederos-Soto encontraron una posibilidad de mejorar sus vidas en la Marina de Guerra, institución militar de reconocido prestigio por el apego al estatus constitucional y la profesionalidad. Gran regocijo causó en el joven el alistamiento en el cuerpo naval de su hermano Heriberto, en 1934. El hecho de que personas de sectores humildes se incorporaran a la marinería sirvió de estímulo al

joven aprendiz de carpintero para seguir esos pasos. Meses después otro hermano suyo, Juan Gualberto, resultó admitido en el Distrito Naval del Sur en calidad de agregado.

Casi cinco años permaneció en la carpintería de Vargas, enclavada en la zona de Punta Cotica, lugar desde donde solía contemplar las maniobras de los barcos de guerra atracando en los muelles de Cayo Loco. Al cumplir diecinueve años alcanzó el anhelado sueño de ingresar a la Marina de Guerra. Los conocimientos adquiridos bajo la tutela del maestro carpintero posibilitaron su ubicación en los talleres del Distrito Naval del Sur, en Cayo Loco. Era trabajador, disciplinado y concentrado en la superación. Obtuvo la categoría de marinero de primera en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

Durante los años de lucha contra el bloque fascista encabezado por Alemania, Italia y Japón, estuvo destinado en Cayo Loco. Solicitó que lo asignaran como tripulante de unos de los barcos de guerra. Con cierto pesar recibió la orden de permanecer en el taller de carpintería.

Nunca dejó de superarse. Fue ascendido a cabo. Más tarde se presentó a exámenes dentro del cuerpo naval y lo promovieron a sargento. Sin embargo, las injustas diferencias de clase y la discriminación racial imperante en la Marina de Guerra, pusieron límites a sus ascensos. Los altos grados y principales puestos estaban, en la práctica, vedados para negros y mestizos.

Por esta época, el alegre y amistoso marino había contraído matrimonio con Isabel Becerra. De esa unión nacieron dos hijos que colmaron su hogar de felicidad. Sin embargo, los destinos de Cuba la empañaban y esa preocupación la manifestaba entre las personas allegadas “es necesario respetar la Constitución de 1940 y las leyes del país”. Se había dado cuenta de que la politiquería, el gansterismo, la corrupción política y administrativa habían alcanzado niveles intolerables en la sociedad cubana y las fuerzas armadas. Por eso rechazó con indignación, aunque con cierta cautela, el golpe de Estado de Batista.

En Cayo Loco, Galo Floirán Mederos Soto formó parte del grupo de marinos de baja graduación opuesto a la violación de la Constitución de 1940. Era un hombre de sólidas convicciones patrióticas y democráticas que encauzó con pasos seguros, los sentimientos de rebeldía e inconformidad hacia posiciones más radicales. A los pocos meses de la asonada militar batistiana conspiraba con los partidarios de la línea insurreccional del Partido Auténtico. Se mantuvo un largo periodo de espera bajo el mando del cabo Santiago Ríos y el sanitario Francisco del Sol. Eran tiempos de peligro para los conspiradores. El Servicio de Inteligencia Naval estrechó el cerco sobre los marinos opositores. En Cienfuegos, Alberto Villafaña y José A. Delgado González, entre otros militares, fueron depurados.

Los conspiradores en Cayo Loco, bajo el mando de Ríos y Del Sol, estaban decepcionados por el proceder de los líderes insurreccionales auténticos. A Galo Mederos y otros marineros le atrajo el discurso político de Fidel y especialmente los conmovió su promesa de que “en 1956, seremos libres o seremos mártires”. Cuando Fidel organizaba la expedición revolucionaria en México, ya Galo y demás marinos habían pasado a formar parte del M-26-7.

Todos estaban imbuidos en la idea de derrocar a Batista por la vía armada y asumieron el liderazgo de Fidel Castro. Así cobró fuerza la idea de llevar a cabo la toma del Distrito Naval del Sur. Los marinos revolucionarios consideraban factible ocupar la instalación por sorpresa. Trataron de intentarlo, por indicaciones del M-26-7, en la mañana del 30 de noviembre de 1956 y debieron posponerlo; luego prepararon la acción para Semana Santa y surgieron imprevistos, pero sin desanimarse prosiguieron en los planes, y el 27 de mayo de 1957 todo marchaba perfecto hasta que se produjo la detención de treintaicinco revolucionarios en el reparto Buenavista y se desarticuló la acción, sin que el rol de los marinos fuera descubierto. En Cayo Loco, Ríos, Del Sol, los hermanos Mederos Soto y demás conspiradores extremaron las precauciones, mientras esperaban nuevas órdenes del M-26-7.

En la mañana del 5 de septiembre, Galo Mederos se incorporó a la sublevación. En su casa quedaron la esposa embarazada y dos hijos. Al sargento, le asignaron la misión de encabezar la toma de la jefatura de la Policía, ubicada en el lateral sur del céntrico parque Martí. Se inició un dilatado combate hasta algo más de las diez de la mañana, cuando la llegada de refuerzos inclinó las acciones a favor de los revolucionarios. Cuarenta policías bajo el mando del comandante Ruiz Beltrón quedaron prisioneros. Galo Mederos los protegió de la ira popular, y los trasladó a Cayo Loco.

El avance de fuerzas militares de Santa Clara sobre la ciudad sublevada determinó la salida, para el parque, de varios grupos desde Cayo Loco. Galo se unió a ellos, los cuales estaban dirigidos por el alférez Dimas Martínez; lo integraban, además, su hermano Heriberto, Ríos Mayea y otros marinos del grupo inicial de conspiradores en el Distrito Naval. Todos tomaron posición en el colegio San Lorenzo. Desde el mediodía combatieron contra fuerzas superiores, llegadas de otras provincias del país, que los atacaban sin darles tregua. Todo indica que, casi al caer la tarde, a Galo Mederos Soto lo hirieron de gravedad y murió, sin asistencia médica, entrada la noche.



Heriberto Mederos Soto

Formó parte de los miles de cienfuegueros imbuidos del sentimiento patriótico de justicia social, que se volcaron a las calles en agosto de 1933 para derrocar al tirano Gerardo Machado.

Nació el 4 de septiembre de 1910 en una casa alquilada a varias familias, en la polvorienta calle Hernán Cortés No. 24 de la barriada de Pueblo Nuevo, en Cienfuegos. Fueron sus padres Gerónimo Mederos, un estibador del puerto, y Juana Soto, dedicada a los quehaceres domésticos.

En la escuela pública ubicada en la calle Castillo entre

Gacel y Horruitinier, comenzó sus estudios primarios. Solo pudo alcanzar cuarto grado, porque los hijos mayores del matrimonio Mederos-Soto tenían que contribuir al sustento del hogar debido a la crisis económica del país. Por esa razón, ya en la adolescencia, tuvo que trabajar en diversos lugares, incluido el tostadero de café Allende, donde permaneció hasta la mayoría de edad. Luego buscó mejorar su situación desempeñándose en funciones vinculadas al sector de la construcción, ahí aprendió el oficio de albañil.

La pobreza, inestabilidad laboral, falta de servicios básicos y derechos sociales seguían marcando la cotidianidad de Heriberto Mederos. Pese a todo no dejaba de ser una persona de carácter alegre y expresivo, que gozaba de gran prestigio entre los suyos y la comunidad por su sentido de responsabilidad. Formaba parte de los miles de compatriotas imbuidos del sentimiento patriótico de justicia social, que se volcaron a las calles en agosto de 1933 para derrocar al tirano Gerardo Machado.

La constitución del gobierno de los Cien Días, encabezado por Ramón Grau San Martín, dio un giro a su vida. En esas circunstancias, buscó alcanzar cierta estabilidad económica que significaba alistarse en la institución naval con sede en Cayo Loco y consolidar sus relaciones amorosas con la joven Claridad Gloria Lezcano Suárez del Villar.

En 1934, el joven mestizo de la clase obrera ingresó en la Marina de Guerra. Luego del preliminar adiestramiento militar en La Habana y Mariel, fue destinado al puerto cubano de Caimanera, en las inmediaciones de la base naval estadounidense.

A los tres años, lo trasladaron a Cienfuegos. Ya había ingresado a la Marina su hermano Galo Froilán. De servicio en el Distrito Naval del Sur lo destinaron a la dotación del *Patria*. Como tripulante de este buque, durante la Segunda Guerra Mundial participó en la protección de los ataques de submarinos alemanes, a los barcos aliados en las aguas que rodean a Cuba.

Al concluir la contienda bélica lo ubicaron en el puerto Júcaro, en la costa sur de Camagüey. Dos años más tarde volvió

al Distrito Naval del Sur, en Cayo Loco. En la época de los gobiernos auténticos lo ascendieron a marinero de primera clase y recibió varias medallas por méritos de servicio. Sin embargo, constató con desagrado el crecimiento de la corrupción político administrativa, la discriminación racial en las fuerzas armadas y la politiquería reinante. Le atrajo la fervorosa crítica de Eduardo Chibás y el eslogan del movimiento ortodoxo “Vergüenza contra dinero”; pero fiel a sus conceptos del carácter profesional y apolítico de la Marina de Guerra, prefirió mantenerse al margen de las contiendas políticas y manejos electorales.

A Heriberto lo conmovió el golpe de Estado de Fulgencio Batista del 10 de marzo de 1952; a la vez que le permitió ganar en conciencia acerca del camino a seguir para restituir la Constitución de 1940. Desde ese mismo día se unió a los militares opositores a Batista dentro de Cayo Loco. De inmediato Heriberto y su hermano Galo se integraron a los marinos de baja graduación que conspiraban bajo el mando de Santiago Ríos y Francisco del Sol para derrocar por la vía armada al dictador.

Era un hombre reservado y disciplinado, que supo ocultar sus actividades revolucionarias ante sus familiares y allegados. Sus convicciones patrióticas y constitucionalistas lo habían llevado a radicalizar sus posiciones ante la tiranía batistiana. Heriberto Mederos gozaba de gran prestigio e influencia entre la marinería del Distrito Naval.

El cabo Ríos y el sanitario Del Sol lo vieron siempre entre los marinos más dispuestos para emprender el alzamiento en el momento indicado por el M-26-7 de Cienfuegos. El mayor de los hermanos Mederos Soto mostró su total disposición de secundar al Movimiento Revolucionario 26 de Julio durante los fallidos intentos de tomar Cayo Loco el 30 de noviembre de 1956, en abril y el 27 de mayo de 1957. Sin perder la calma, él y los demás marinos involucrados esperaron la orden.

En la madrugada del 5 de septiembre, dejó en su hogar a su esposa Clarida Lezcano y a sus hijos Heriberto, Luis y Daysi, con quienes, el día antes, había festejado sus cuarentaisiete

cumpleaños. Fue de los primeros en tomar las armas contra Batista esa mañana.

Siguiendo las orientaciones del cabo Santiago Ríos y el sargento sanitario Francisco del Sol, participó junto a sus hermanos Galo y Juan Gualberto, en el adiestramiento de miembros del 26 y civiles que habían llegado al Distrito Naval para recibir las armas. También participó en la rendición de la Policía Marítima y luego integró el refuerzo que atacó la jefatura de la Policía Nacional hasta que depusieron las armas. Entonces permaneció en el parque Martí con los revolucionarios armados.

Cuando avisaron del avance del Tercio Táctico de Santa Clara, Heriberto y otros marinos decidieron atrincherarse en el edificio del colegio San Lorenzo bajo el mando del alférez Dimas Martínez. A ese lugar también llegaron los hombres encabezados por el dirigente del 26 Pedro Luis Olascoaga.

Al mediodía abrieron certero fuego contra las fuerzas batistianas. Desde esa posición, los rebeldes pelearon todo el día contra fuerzas muy superiores enviadas desde Santa Clara, Matanzas y La Habana. Con profundo dolor vio caer herido de gravedad a su hermano menor, Galo Mederos, quien murió después. El marinero, de mediana estatura y fuerte complexión física, continuó combatiendo, sin vacilar, hasta altas horas de la noche en que fue hecho prisionero y asesinado en el patio del edificio donde luchó con honor y valentía.



Gregorio Morgan Hernández



La discriminación racial y el origen de clases del sargento fueron razones que le impidieron continuar avanzando dentro de la estructura de mando del cuerpo naval.

En La Gloria, un barrio pobre de la urbe sureña, vivía el matrimonio de Gregorio Morgan y Encarnación Hernández, en la época del gobierno de José Miguel Gómez, cuando nació su hijo Gregorio Toribio, el 16 de abril de 1913.

La infancia del pequeño y sus dos hermanos transcurrió con las limitaciones propias del sector obrero y del color negro de su piel. Los Morgan-

Hernández cursaron la enseñanza primaria en la escuela pública del barrio. La muerte del padre interrumpió los estudios de Gregorio cuando ya estaba en séptimo grado. De manera que con trece años ya era aprendiz de zapatero para ayudar a la familia.

En los portales de la tienda La Defensa, en la esquina de las calles Santa Clara e Industria, ejerció el oficio de zapatero por varios años. Sin embargo, aquel muchacho entregado antes de tiempo a la vida laboral, pugnó por salir de la pobreza a través del estudio incesante. Su voluntad de superación lo condujo a emprender el aprendizaje de mecánico electricista en un curso por correspondencia. A pesar de las muchas adversidades que hubo de enfrentar, logró vencer los exámenes.

Contrajo matrimonio en 1933. Pronto fueron naciendo sus hijos Carlos, Marta, Julia, Laudelina y Eulalia. Haber sido un hombre inteligente y trabajador no bastó para enfrentar dificultades y carencias en su hogar, en época de los gobiernos auténticos. Solo mejoró la situación familiar con su ingreso a la Marina de Guerra, el 30 de noviembre de 1948.

En el Distrito Naval del Sur se desempeñó como electricista en los talleres. Nunca dejó de estudiar, llegó a dominar el idioma inglés y hacerse un experto en su especialidad técnica. Fue ascendido hasta el grado de sargento. Sin embargo, Morgan sufría en la Marina de Guerra el racismo, a pesar de resistirse a admitirlo. La discriminación racial y el origen de clases fueron razones que le impidieron continuar avanzando dentro de la estructura de mando del cuerpo naval.

Desde el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, simpatizó con los opositores a la tiranía de Batista. Más tarde fue uno de los conspiradores en el Distrito Naval del Sur. En 1956, se unió al M-26-7, junto al cabo sanitario Francisco del Sol, Santiago Ríos y otros iniciadores del movimiento conspirativo en la base.

Salió temprano de su domicilio hacia Cayo Loco el día 5 de septiembre. La premura con que se organizaron las acciones impidió avisarle. En el trayecto conoció, no con cierto asombro, que los marinos revolucionarios habían tomado el Distrito

Naval. Sin reprocharle nada a Ríos y Del Sol se incorporó a las fuerzas revolucionarias. Lo asignaron al refuerzo que apoyaría al grupo del sargento Galo Mederos Soto que intentaba tomar la Estación de la Policía Nacional desde antes.

Los revolucionarios avanzaron sobre los esbirros batistianos del comandante Ruiz Beltrón. El tiroteo fue intenso. Una ráfaga de ametralladora alcanzó al valiente y fornido Gregorio Morgan Hernández, quien cayó mortalmente herido sobre el piso del parque Martí. Fue el primer marino revolucionario que ofrendó su vida, ese día, en aras de la libertad.



Julio Constantino Pérez Gómez



Mucha indignación le provocaron las depuraciones en el cuerpo naval, incluida la de Dionisio San Román en 1956. De igual manera recibió la noticia de los asesinatos de los expedicionarios del yate Granma.

En la finca Maurín del municipio de Bauta, nació el 19 de diciembre de 1921, el primer hijo de los esposos Manuel Pérez Murgado y Lutgarda Gómez Delgado. Al niño lo nombraron Julio Constantino.

Su infancia transcurrió en el medio rural. La labor agrícola de Manuel Pérez aseguraba el sustento del hogar. En

la escuela del barrio de Mascata, cerca de donde vivían, cursó hasta cuarto grado de la enseñanza primaria; pero debió abandonar los estudios para ayudar a la manutención de sus padres y hermanos menores.

A los doce años, ya era jornalero y después, carretero por míseros salarios. Creció aprendiendo los oficios de quienes labraban la tierra y experimentando en carne propia la realidad de las personas asentadas en los campos cubanos.

La caída del gobierno de Machado les propició un cambio de vida. En 1935 los padres con sus siete hijos decidieron trasladarse a residir en la calle Beltrán del pueblo de Bauta. A partir de este momento, Julio Constantino encontró mejores oportunidades de trabajo. Se inició como recogedor de frutas en la finca de Manuel González, propietario que las exportaba para la fabricación del vino Orotavi en España.

Su hermana Inocencia empezó como doméstica en la casa de los San Román-Toledo. Eso propició que Julio Constantino conociera al pequeño hijo de este matrimonio, José Dionisio, quien cursaba los primeros grados de la educación primaria. En el decurso del tiempo, Lutgarda Gómez y Concepción Toledo, madres de ambos, establecieron estrechas relaciones de amistad.

Hacia 1938, el joven Julio era dependiente de una bodega ubicada en la calle Martí esquina a Máximo Gómez, frente al céntrico parque del pueblo. El comercio era propiedad de una tía suya. Al pasar casi dos años, cubrió la plaza de ovillero en el Telar No. 1 de la Textilera Ariguanabo. Ahí permaneció hasta finales de la Segunda Guerra Mundial.

Vinieron años en los que se ganaba la vida como vendedor ambulante y se empeñaba, además, en hacer realidad sus aspiraciones de formarse como marino. Sus sueños coincidían con los del adolescente Dionisio San Román.

En su trabajo ambulante conoció a Pablo Valdés, administrador de una finca del expresidente Carlos Mendieta. Al encargado de ese predio rural ubicado entre Bauta y Punta Brava, le simpatizó Julio porque era laborioso, honesto y muy sincero, y le llamó la atención su deseo de convertirse en un

hombre de mar. Fue a través de esta persona que tuvo acceso a los jefes del cuerpo naval que aprobaban las incorporaciones. De esa manera ingresó a la Marina de Guerra, el 4 de julio de 1947.

Al término de la preparación militar indispensable en La Habana y Mariel, lo destinaron como ayudante fogonero de la fragata *Máximo Gómez*. En el puerto de Cienfuegos estableció relaciones amorosas con Adelaida Suárez, quien residía en la calle Santa Elena No. 29, muy cerca del Distrito Naval del Sur. No demoró en contraer matrimonio, y de esa pasión nació un hijo.

El 16 de febrero de 1948, lo destinaron al Guardacostas No. 14, cuya base radicaba en Cayo Loco. A fines de ese año recibió la categoría de marinero de segunda. Luego trasladaron el buque, en el que formaba parte de la tripulación, al puerto de La Habana. Entre 1949 y 1951 estuvo destacado en la capital del país, por eso su esposa pasó a vivir a Bauta. De nuevo coincidía, en ocasiones, con su amigo Dionisio San Román, ahora estudiante de la Academia Naval del Mariel. Corrían años de acercamiento público, de Julio Pérez, al Partido Ortodoxo.

A los pocos días del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, su guardacostas fue asignado a Cayo Loco, en la bahía de Jagua. El recién trasladado Julio C. Pérez estaba entre los contrarios a la ruptura del orden constitucional que significó la llegada a la presidencia de Fulgencio Batista; pero mantenía una actitud muy cautelosa en esos meses.

Con la designación de Dionisio San Román, en junio de 1952, como oficial de máquinas del Guardacostas No. 101 Leoncio Prado con base en Cienfuegos, encontró oportunidad segura de expresar sus puntos de vistas contrarios a la tiranía. Todo sugiere que, a través de esa relación, fue conociendo del movimiento conspirativo de la oficialidad joven en La Habana, bajo el mando de su amigo, de Orlando Fernández y Juan M. Castiñeiras. Sin embargo, no se integró a él, ni tampoco a los marinos de baja graduación que conspiraban en Cayo Loco de forma independiente.

Mucha indignación le provocaron las depuraciones en el cuerpo naval, incluida la de Dionisio San Román en 1956. De igual manera recibió la noticia —testimonio directo de los marineros del Guardacostas No. 101— de los asesinatos de los expedicionarios del yate *Granma*. Su rebeldía crecía cada día con los crímenes de Batista.

Hombre de ideas patrióticas y constitucionalistas, en la mañana del 5 de septiembre de 1957, secundó la toma de Cayo Loco por los marinos revolucionarios, con el cabo Santiago Ríos, Pedro A. Aragonés, Julio Camacho y el exalférez Dionisio San Román, al frente. Seguro que el hecho de saber que su entrañable amigo de Bauta encabezaba la sublevación lo compulsó a tomar las armas contra la tiranía. El jefe revolucionario le explicó el carácter nacional del alzamiento. De inmediato se integró a los refuerzos que rindieron la jefatura de la Policía Nacional. Luego adiestró a los civiles que tomaron las armas arrebatadas al enemigo. Volvió a Cayo Loco cuando la aviación ametrallaba las posiciones rebeldes, ahí se enteró de la salida de San Román en el Guardacostas No. 101.

En horas de la tarde, los combatientes no habían recibido ninguna noticia sobre acciones en otros lugares. Julio constató que solo en Cienfuegos habían tenido éxito las acciones. Aguardó con impaciencia. Pasados los combates iniciales contra las fuerzas del Tercio Táctico de Santa Clara, trató de burlar el cerco del ejército. El misterio envolvió lo ocurrido al marino. Apareció asesinado en la madrugada del día 8 de septiembre.¹⁴

¹⁴ MINJUS. Registro Civil de Cienfuegos, Oeste. Defunciones. Folio 292. Tomo 92. Número 291. Julio Constantino Pérez Gómez. Septiembre 8 de 1957.



Luis Ciro Pérez Lozano



Hombre de convicciones nacionalistas, democráticas y antimperialistas muy enraizadas, enfrentaba el peligro en aras de este ideal.

En Bonneval, un barrio de pescadores y marineros de la ciudad de Cienfuegos, nació el 3 de agosto de 1929. El padre, Antonio Pérez, formaba parte de las tripulaciones de los barcos de cabotaje y la madre, María Lozano, atendía los quehaceres domésticos. Era el tercer hijo del matrimonio Pérez-Lozano.

La infancia del pequeño trascurrió en el humilde hogar de las calles Cristina y Central, era un caserío marginal e

insalubre construido sobre un terreno pantanoso, en un lugar cercano a la avenida de Punta Gorda donde, en franco contraste, la burguesía cienfueguera erigió sus clubes exclusivos y sus espléndidos chalés.

Una vez en edad escolar, asistió a la escuela primaria pública No. 26 de Bonneval. El quinto y sexto grados los cursó en la Escuela Intermedia, sita en las calles Santa Cruz y Cuartel. A sus profesores Rosario Peña, Amparo Piso y Carmen Roses les resultó muy difícil enseñar al niño de clara inteligencia y simpatía; pero que mostraba poco interés por asistir a la escuela, prefería jugar en el aula.

Alrededor de 1938 los Pérez-Lozano se mudaron para una casa en la calle San Rafael entre Cuartel y Tacón, acá pagaban de alquiler una cuota más favorable. Antonio se afanaba en jornadas de sol a sol sobre los barcos para lograr el salario con que sostener su hogar. En ese contexto, su muchacho fue conociendo el valor del trabajo, primero acompañando al padre, luego desempeñándose, pequeño aún, como limpiabotas y mandadero. Así fue forjando un carácter rebelde y apasionado.

No demoró el adolescente en tomar conciencia de las desigualdades sociales, sin encontrar explicaciones a la pobreza en que vivían.

Durante esos años se vinculó a la organización Boy Scouts y a la juventud de Partido Revolucionario Cubano (auténticos). Pronto se percató de que estos dirigentes cienfuegueros no representaban los intereses de la gente más necesitada. Paulatinamente desarrolló la conciencia revolucionaria hasta distanciarse de ese partido; siguió a su primo Rogelio Bolufé Lozano, un joven estudiante del Instituto de Segunda Enseñanza, que militaba en la organización guiterrista Joven Cuba, cuya proyección antimperialista y revolucionaria lo atrajo. Junto a Bolufé y José M. Macías, desarrolló una intensa labor entre los estudiantes del Instituto y la Escuela de Comercio.

Destacó por su disposición y valentía en las diversas actividades que desarrollaban, algunas coordinadas con el sector obrero, como ocurrió con el masivo movimiento popular a fa-

vor del mantenimiento del Distrito Oeste de Obras Públicas en Cienfuegos.

Durante la huelga que paralizó la ciudad el 17 de noviembre de 1947, fue detenido y remitido al Tribunal de Urgencias de Santa Clara. Resultó significativa su participación en la denuncia de la retención del pago de varias quincenas a los trabajadores de obras públicas en 1947; del pago a los llamados “caballos” en el puerto, y de los embarques de azúcar bibijagua, un fraude aduanero que provocaba una retribución menor a los portuarios, según la documentación, reportaban menos toneladas que las realmente embarcadas.

Luis Pérez tuvo que afrontar la violencia de los miembros de la Acción Revolucionaria Guiteras, una fracción que se unió a la politiquería local y respaldó al candidato de derecha, auténtico, durante las elecciones, en la Escuela de Comercio en el curso 1947-48. Igualmente se opuso a los integrantes de la cúpula nacional que habían ido llevando a la Joven Cuba hacia posiciones propias de una organización gansteril; en particular, enfrentó en Cienfuegos a los seguidores de Lauro Blanco y Armando Correa.

En agosto de 1948, apareció entre los que encabezaban las masivas manifestaciones cívicas a favor de los Filtros para el Acueducto de Cienfuegos. Fue detenido cuando conminaba a los coterráneos a paralizar la ciudad. En esa ocasión recibió una brutal golpiza y lo remitieron de nuevo al Tribunal de Urgencia. Poco después, sin abandonar la organización guiterista, respaldó a su compañero Jorge Mariano Hernández, quien llegaría a ser secretario de la Juventud Ortodoxa en Cienfuegos.

En esos años, formó parte del ejército de desempleados. A veces logró ser incluido en una de las cuadrillas del Distrito Oeste de Obras Públicas como peón. Constantemente debía salir a buscar trabajo. A inicios de 1950 consiguió emplearse como mensajero de la farmacia del ortodoxo Dr. Ernesto Clark, en la calle San Carlos 159 entre Gacel y Pardo. Eso no impidió que ingresara a la Sociedad Cubana de la Cruz Roja. Junto a Clark participó en numerosos mítines de los ortodoxos. En

esta época organizó un sindicato del sector, que enfrentaba al anticomunista líder Eusebio Mujal. De forma paralela participó en el sabotaje a la campaña propagandística del Partido Acción Unitaria (PAU) de Fulgencio Batista, siguiendo orientaciones de la Joven Cuba.

Desde el mismo golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, se opuso al dictador. Ese día integró el nutrido grupo que salió a las calles en busca de armas para defender la Constitución de 1940. Viajó a La Habana a contactar con los principales líderes de la Joven Cuba y nadie mostró interés en promover acciones enérgicas; no obstante, participó el 8 de mayo de 1952 en la manifestación que colocó una ofrenda floral en el Monumento a los Mártires en Cienfuegos. En estos días comenzó a estrechar vínculos con el estudiantado universitario de La Habana, cuyos líderes llamaban al pueblo a luchar contra la tiranía.

Era un firme partidario de la vía armada para derrocar a Batista; hombre de convicciones nacionalistas, democráticas y antimperialistas muy enraizadas que enfrentaba el peligro en aras de este ideal. Eso lo llevó a ingresar en el Movimiento Nacional Revolucionario que encabezaba el profesor Rafael García-Bárceñas. En Cienfuegos, el jefe de este movimiento era su primo Rogelio Bolufé. El fracaso de la conspiración de García-Bárceñas constituyó un duro golpe para los cienfuegueros que mantenían intacta su estructura clandestina y los contactos con Armando Hart Dávalos y Faustino Pérez Hernández en La Habana, y Allan Rosell en Santa Clara.

Las adversidades en la lucha fortalecieron sus convicciones patrióticas y revolucionarias. Hacia la segunda mitad de 1955 formó parte del grupo de coterráneos que fundó el M-26-7. Pronto el mensajero audaz y temerario destacó por su sagacidad y valentía en los comandos de Acción y Sabotaje de la organización fidelista. Participó en la colocación de bombas y petardos. Sufrió numerosas detenciones, con los consiguientes maltratos y torturas que hubo de enfrentar en total silencio, sobre todo, al retomar las calles para organizar la huelga en protesta por el asesinato de Frank País y producir algu-

nos sabotajes. Pérez Lozano, con su historial combativo, le fue dando un sentido de dignidad a la lucha de su pueblo.

Los dirigentes del M-26-7 le ordenaron mantenerse en la clandestinidad. Por entonces estaban muy avanzados los planes del alzamiento coordinado con los marinos de Cayo Loco. Una tensa espera marcó su vida durante el mes de agosto.

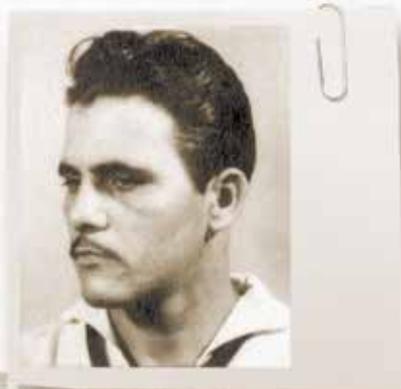
En horas de la madrugada del 5 de septiembre de 1957, recibió el aviso de presentarse en la casa de Norma Acosta, en La Mar y Cristina. De ahí salió, aproximadamente, a las seis de la mañana hacia el Distrito Naval. Desde distintos lugares de acuartelamiento hicieron lo mismo otros revolucionarios. Llegaron a Cayo Loco cuando ya estaba tomado por los marinos revolucionarios de Santiago Ríos y Francisco del Sol. En esa instalación militar recibió un fusil M-1 y una canana de balas. Salió en el grupo que atacó la jefatura de la Policía, en la zona del parque Martí. Al rendirse el enclave policial, impidió con su autoridad moral los maltratos a los esbirros, a quienes ayudó a conducirlos hasta el Distrito Naval del Sur.

Al irrumpir las fuerzas del Tercio Táctico de Santa Clara, en horas del mediodía, en el parque Martí, él se hallaba atrincherado en el edificio del Ayuntamiento municipal. Más de medio centenar de revolucionarios combatieron al ejército, en este símbolo del poder político. Él y otros combatientes dispararon desde los pisos superiores, detuvieron de momento el avance enemigo, cuyo cerco fue estrechándose sobre las posiciones rebeldes. Sucedieron muchas horas de enfrentamiento desigual. Los revolucionarios continuaron ripostando los ataques, aunque ya sabían del fracaso del alzamiento nacional. Llevado a los límites del deber, Luis encaró con abnegación el sacrificio del héroe entregado a la causa fidelista. El hombre que nunca temía al peligro permaneció disparando sobre el enemigo hasta la noche en que cesó la resistencia en el edificio.

Con otros combatientes continuó escondido en la parte alta hasta que fueron descubiertos por fuerzas del ejército y la policía cuando amanecía el día 6. Trató infructuosamente de escapar. Lo asesinaron de forma cruel junto a Galo Tiel y Tomás Toledo en el edificio del Ayuntamiento.



Héctor Pérez Llorca



Pronto hizo amistad con el cabo Santiago Ríos Gutiérrez, un tripulante de su guardacostas que, desde el golpe de Estado, se había involucrado en el movimiento conspirativo de Cayo Loco.

En el poblado portuario de Nueva Gerona, en Isla de Pinos, la ama de casa María Fe Llorca y Oscar Pérez, un hombre que se ganaba la vida vendiendo helados, recibieron a su niño varón el 6 de abril de 1931. Héctor fue su nombre.

Su infancia transcurrió en un hogar humilde, que sufría el desempleo de sus miembros y en consecuencia, la

miseria de los años de la Revolución de 1933-1935. En la Escuela Pública No. 1 Luis de la Maza Arredondo del poblado natal, estudió hasta quinto grado. Concluyó el nivel elemental en la primaria superior Evangelina Cossío de Nueva Gerona. Era un muchacho inteligente y disciplinado, pronto frustró sus sueños de estudiar en esa instalación escolar, debido a la necesidad de contribuir a la economía familiar.

Las oportunidades de empleo eran escasas en Isla de Pinos. Tuvo que desempeñar diversas tareas; pero fueron años en que el laborioso joven creció con honestidad y sencillez.

A La Habana, viajó atraído por los anuncios de prosperidad de los gobiernos del Partido Auténtico. Inicialmente trabajó en el sector de la construcción, luego de camarero en un restaurante y como dependiente de una bodega en el barrio del Vedado. Como el salario apenas cubría sus necesidades mínimas, marchó a cortar caña a la zona de Niquero, en la antigua provincia de Oriente. Terminada la zafra azucarera, regresó a La Habana y logró ingresar en la Marina de Guerra.

Lo asignaron como cocinero del Guardacostas No. 101 *Leoncio Prado*, cuyo capitán era Saturnino Martínez. Héctor, siempre jovial, se ganó el respeto de sus compañeros por la profesionalidad y esmero en el duro bregar del barco. Pronto hizo amistad con el cabo Santiago Ríos Gutiérrez, un tripulante de la embarcación que desde el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, estaba involucrado en el movimiento conspirativo de Cayo Loco. Pérez Llorca, igual que otros miembros de la tripulación, manifestaba su desacuerdo con la situación del país.

En 1956, un hecho marcó la vida de muchos marineros del guardacostas: el desembarco del yate *Granma* por la playa de Las Coloradas, en la zona de Niquero. El mando militar batistiano había destinado a la nave de guerra a patrullar esa parte oriental de la Isla, en el mes de diciembre; y la tripulación fue testigo de los asesinatos de los expedicionarios a manos de los esbirros del tirano.

Cuando regresó a Cienfuegos, contó a la novia, familiares y amigos sobre los crímenes cometidos a los rebeldes prisioneros. Tras estas vivencias, Pérez Llorca comenzó a acercarse a

las posiciones del M-26-7. En casa de la novia, escondía propaganda vinculada a la organización.

El 5 de septiembre de 1957 estaba entre los opositores a la tiranía que se unieron al levantamiento armado. Una vez tomado Cayo Loco, por orientaciones de los máximos jefes del alzamiento, quedó en el Guardacostas No. 101 y apoyó el traslado de una ametralladora calibre 50 para una azotea. Posteriormente integró los refuerzos que se enviaron al parque Martí para acabar de rendir la jefatura de la Policía Nacional. Sometido el enclave policial, adiestró a algunos civiles que recibían las armas ocupadas.

Al mediodía estaba atrincherado en el colegio San Lorenzo bajo el mando del alférez Dimas Martínez. Era algo más de medio centenar de civiles y marinos del M-26-7 los que combatían contra las fuerzas de la tiranía desde la irrupción en el parque Martí del Tercio Táctico de Santa Clara. El joven marino defendió los ideales del pueblo, mantuvo el fuego sobre el enemigo toda la tarde, a pesar de la falta de apoyo en otras partes del país. En la noche, el ejército batistiano venció la resistencia rebelde y cayó prisionero. Lo ametrallaron con vileza en el patio del colegio.



Rafael Quintana Lorié



En el fragor de los diversos empleos cotidianos fue forjando un carácter que no dejó de ser alegre, así como un alto sentido de la responsabilidad.

Nació el 12 de agosto de 1937 el menor de los tres hijos del matrimonio formado por Juan Quintana y Celeste Lorié, al que le llamaron Rafael.

El más pequeño de la familia Quintana-Lorié creció en un hogar de personas pobres. Al igual que sus hermanos, debió abandonar los estudios antes de concluir sexto grado y ayudar al mantenimiento de la casa. No pudo encontrar estabilidad laboral en esa

época, ni tampoco después del golpe de Estado de Fulgencio Batista.

En el fragor de los diversos empleos cotidianos fue forjando un carácter que no dejó de ser alegre, así como un alto sentido de la responsabilidad. También creció su interés hacia las actividades vinculadas al mar. El 1. de septiembre de 1956 ingresó en la Marina de Guerra. En la escuela naval ubicada en la Fortaleza de El Morro, pasó el curso de reclutas. Al concluir integró la dotación del buque *Baire*. Al año siguiente fue trasladado al Distrito Naval del Sur, con base en Cayo Loco, en Cienfuegos y formó parte de la tripulación del Guardacostas No. 32.

Al llegar Quintana Lorié a la base naval, ya existía un grupo conspirativo de marinos de baja graduación, que habían venido perfilado un plan de alzamiento bajo la dirección del Movimiento 26 de Julio. A ese grupo pertenecía desde sus inicios el sargento Alberto Ríos Mayea, con quien Quintana fue estableciendo muy buena relación. Quizás en sus conversaciones, a Mayea le fue posible apreciar que era uno de los tantos miembros de la institución militar que se oponía a la tiranía y estaba dispuesto a rebelarse.

Cuando en la mañana del 5 de septiembre de 1957 el cabo Santiago Ríos, secundado por los marinos revolucionarios entre los cuales estaba el sargento Ríos Mayea, tomaron las postas de Cayo Loco dando inicio a la insurrección armada, Rafael se hallaba entre los primeros incorporados a la acción. Bajo el mando del sargento Alberto Ríos cumplió la misión de ocupar, por sorpresa, la jefatura de la Policía Marítima. Le encomendaron la custodia y traslado al Distrito Naval del Sur del detenido comandante Luis Seijas Botet, uno de los más peligrosos jefes batistianos de la ciudad.

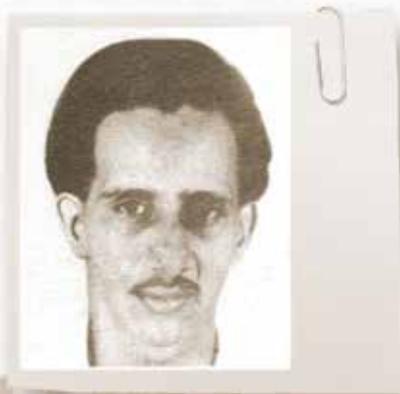
Luego formó parte del refuerzo enviado a atacar la jefatura de la Policía Nacional frente al parque Martí. En ese lugar combatió hasta lograr la rendición de la instalación.

Al mediodía Quintana Lorié formaba parte del grupo encabezado por el sargento Ríos Mayea que recibió la orden de subordinarse al alférez Dimas Martínez Padilla para rechazar

el avance del ejército en la zona del parque Martí. Siguiendo instrucciones del alférez, tomó posiciones en el colegio San Lorenzo. Con gran combatividad y valentía personal enfrentó las fuerzas enemigas, muy superiores. En el desigual combate resultó herido. Al cesar la resistencia, bien entrada la noche, fue hecho prisionero y asesinado en el colegio San Lorenzo.



Ibrahim Reyes García



Empleado en la construcción de la hidroeléctrica del Hanabanilla, como ayudante de quienes manipulaban la dinamita, colaboró con los miembros del M-26-7 en la sustracción de explosivos para los sabotajes.

En las llanuras de Yaguaramas, donde vivían los campesinos Agustín Reyes y Apolonia García, nació el 23 de octubre de 1934 un niño varón a quien nombraron Ibrahim. En un bohío de la finca Vista Hermosa, con piso de tierra, paredes de palma y techo de guano, vivió la pareja de piel negra con sus seis hijos.

Dependían para su sustento del trabajo agrícola que realizaba el padre en las compañías azucareras de los centrales Constancia, Perseverancia y Covadonga. Rodeado de gran miseria rural, porque a los jornaleros les pagaban muy poco, creció Ibrahim. Apenas la familia Reyes-García pudo darles lo esencial a los hijos, ni siquiera garantizarles concluir el sexto grado, porque debían contribuir al sustento del hogar.

Encaró una sucesión de experiencias laborales que empezó con el corte y alza de la caña con sus hermanos y el anciano padre. Fueron años sin poder disminuir la miseria en que se hacía un jovenzuelo. La búsqueda de algo estable lo llevó a la ciudad, como a miles de hombres y mujeres del campo cubano.

Arribó a la ciudad portuaria de Cienfuegos y trabajó en el café Ambos Mundos. Luego marchó a La Habana y se desempeñó en diversos bares. Se enamoró y de ese amor nacieron dos niñas: Bárbara Cecilia y Lourdes.

Cuando comenzaron las obras de construcción de la hidroeléctrica del Hanabanilla, regresó a Cienfuegos. Lo emplearon de ayudante de los zapadores que manipulaban la dinamita para construir la presa. En este lugar se vinculó con un grupo de opositores a la tiranía de Batista, y meses después colaboró con los miembros del M-26-7 de Cienfuegos, en la sustracción de explosivos. En los meses iniciales de 1957, el obrero Reyes García integró la red de conspiradores fidelistas que posibilitaron el estallido de numerosas bombas y petardos en diversas ciudades de la región.

El 5 de septiembre se unió a los marinos y civiles del Movimiento 26-7 que tomaron el Distrito Naval del Sur. En Cayo Loco obtuvo un arma y tras el adiestramiento, integró el grupo que partió a atacar la jefatura de la Policía Nacional en el parque Martí. Combatió hasta lograr su rendición alrededor de las diez de la mañana. También participó en la entrega de las armas a la gente que por centenares había acudido a respaldar la insurrección.

Desde los portales aledaños a la jefatura de la Policía Nacional, rechazó el avance inicial del Tercio Táctico de Santa

Clara. Junto a numerosos revolucionarios permaneció atrincherado en el parque Martí. Rodeados por fuerzas enemigas superiores, resistió con valentía. Cuando atardecía, disparos de soldados batistianos le causaron la muerte al seguidor de los ideales fidelistas. En ese momento se desplazaba por los portales contiguos al café El Palatino, en la esquina de San Fernando y Bouyón.



Alberto Cayetano Ríos Mayea



Por su prestigio y profesionalidad logró captar para la causa rebelde a algunos marinos de Cayo Loco, y desenmascarar con el paso del tiempo la actitud demagoga de los caciques políticos auténticos.

E l 7 de agosto de 1926 nació Alberto Cayetano Ríos Mayea, en una humilde casa cercana al mar de la ciudad portuaria de Caibarién. Fueron sus padres el carpintero de ribera Martín Ríos y la ama de casa Esperanza Mayea.

Transcurrió la infancia del pequeño en un hogar con estrecheces económicas. Sus

estudios elementales los cursó en las modestas escuelas públicas de su ciudad natal. No resultó fácil ofrecerles la enseñanza primaria a Alberto y sus cinco hermanos, en los años de la llamada Revolución de 1933.

Desde la niñez, se dispuso a aprender el oficio del padre. Tan pronto como las penurias económicas lo obligaron a abandonar el estudio, se inició en la reparación de barcos. En su adolescencia trabajó bajo la rigurosa disciplina de los obreros que encabezaba el prestigioso carpintero Martín Ríos. Siguió esa tradición el joven fornido que daba sentido a su vida en las actividades del mar. Poco a poco fue acercándose a la mecánica hasta dominarla cabalmente.

Ante la situación económica de la familia, Alberto buscó una posibilidad de mejoría —como cientos de personas de los sectores populares—, en las fuerzas navales que se modernizaban y adquirirían un carácter más profesional bajo el espíritu de la Constitución de 1940.

Finalmente ingresó en la Marina de Guerra y encontró la necesaria estabilidad laboral. El joven había forjado una personalidad rebelde basada en ideales patrióticos, de libertad y justicia social que lo distinguía entre los demás compañeros de los barcos y unidades donde estuvo designado. Por entonces se casó y nacieron sus dos hijos.

En el Distrito Naval del Sur, en Cayo Loco, continuó superándose y alcanzó el grado de sargento. Era un marino profesional con gran sentido del deber y arraigados principios constitucionalistas. Por eso rechazó la corrupción, la politiquería y la creciente pobreza de la gente más necesitada a inicios de la década del cincuenta. De igual manera estuvo entre los opuestos en el Distrito Naval del Sur, al golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, de Fulgencio Batista y su camarilla militar.

Las relaciones personales con el cabo Santiago Ríos y el sanitario Francisco del Sol lo llevaron a integrar la red conspirativa de marinos de baja graduación que buscaban la restauración de la Constitución de 1940. Por su prestigio y profesionalidad logró captar para la causa rebelde a algunos marinos de Cayo

Loco, y desenmascarar con el paso del tiempo la actitud demagoga de los caciques políticos auténticos. Su actividad lo condujo a un acercamiento a las posiciones del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, al que se incorporó en 1956, siguiendo a Ríos y Del Sol.

Desde ese momento, el audaz y decidido sargento estuvo entre los movilizados dispuestos a tomar Cayo Loco: el 30 de noviembre de 1956, en Semana Santa y el 27 de mayo de 1957.

En la mañana del día 5 de septiembre respaldó al cabo Santiago Ríos, al exalférez Dionisio San Román y al dirigente del M-26-7 Julio Camacho en la toma de Cayo Loco. Al hombre de extrema confianza de los jefes militares sublevados, le encomendaron la difícil misión de encabezar la rendición de la Policía Marítima. Con gran temeridad irrumpió en la instalación acompañado de algunos marinos conspiradores y miembros del M-26-7 para sorprender al comandante Luis Seijas. Un vez ocupada la instalación, regresó a Cayo Loco con los prisioneros.

Apenas sin reponerse, se le ordenó encabezar un numeroso grupo que reforzaría el ataque a la jefatura de la Policía Nacional en el parque Martí.

De manera impetuosa avanzó al cumplimiento de la nueva tarea. Todos juntos lograron la rendición de los policías batistianos. Algo más de las diez de la mañana, el sargento Alberto Ríos Mayeya constató con satisfacción que el respaldo popular era tan masivo, que las armas tomadas a los policías y entregadas al pueblo se habían agotado; pero le preocupaba la falta de apoyo en otros lugares de Cuba, los sobrevuelos de la aviación militar y el inicio del hostigamiento aéreo a las posiciones rebeldes.

Ríos Mayeya fue de los que se atrincheró en el colegio San Lorenzo ante el avance, sobre el centro de la ciudad, del Tercio Táctico de Santa Clara. Se puso bajo las órdenes del alférez Dimas Martínez y lo apoyó en la organización de la defensa de los marineros y civiles del M-26-7.

Al más de medio centenar de combatientes de San Lorenzo en ese momento, le impresionó la valentía de aquel hombre de

cara alargada, pelo castaño, ojos pardos, 1,80 cm de estatura y 150 lb de peso, con su uniforme de sargento de segunda de la Marina de Guerra. Desde el inicio de los enfrentamientos derrochó el mismo coraje que en las acciones anteriores. No dejó de animar a sus compañeros, a pesar de saber que había fracasado el plan de alzamiento nacional y se hallaban aislados en el centro de la ciudad. Su actitud inculdicable, que aun herido no dejaba de disparar su ametralladora, levantó la moral de todos los defensores.

Caía la tarde. Ríos Mayea se quedó con quienes protegían la salida de los civiles y algunos marinos que consideraban que debían romper el cerco para evitar su asesinato. Él se mantuvo firme, junto a su jefe, en el desigual combate, hasta avanzada la noche cuando cesó la resistencia, dada la superioridad de las fuerzas batistianas. A todos los marineros revolucionarios los hicieron prisioneros. Ninguno sobrevivió a la bestialidad de los esbirros. El sargento Alberto Ríos Mayea fue vilmente asesinado en el patio de la escuela.



Adolfo Serafín Rodríguez Barrisonte



Desde ese mismo día —10 de marzo de 1952—, Serafín estuvo entre el sector de la marinería cienfueguera disgustada por la ruptura de la institucionalidad vigente en Cuba.

El 29 de agosto de 1924, en la ciudad de Cienfuegos, llegó a feliz término el embarazo de Josefa Barrisonte, quien estaba casada con Serafín Rodríguez Caballero. El nacimiento del niño varón, cuyo nombre escogido fue Adolfo Serafín, trajo la alegría al hogar sostenido solo con el trabajo de barbero del padre.

Inició los estudios en la escuela pública nombrada El

Asilo y en la denominada Intermedia. Al concluir de manera satisfactoria la enseñanza primaria, fue matriculado en una escuela privada donde alcanzó el certificado de octavo grado.

Aquel adolescente, inteligente y responsable se destacaba en su barrio, habitado predominantemente por gente laboriosa y pobre, por su afición al baile y fino oído musical. Siguiendo la tradición familiar y dada la situación económica, aprendió el oficio de barbero y se vio obligado a dejar la asistencia regular a la escuela. Aprendió a tocar el clarinete, y pronto formó parte de agrupaciones musicales cienfuegueras.

No mejoró la vida de los Rodríguez-Barrisonte durante los años que siguieron a la aprobación de la Constitución del 40. La desesperanza marcó la cotidianidad del joven barbero del salón Chicho de la calle Cristina entre Santa Elena y Castillo, propiedad de su padre, una persona de ideas progresistas y simpatizante de los partidos de izquierda. Tampoco la vida eventual como músico le aportaba beneficios económicos sustanciales.

La elección de Ramón Grau San Martín del Partido Revolucionario Cubano (Auténticos), basada en una campaña electoral nacionalista y democrática, llenó de ilusiones a muchos cienfuegueros. Las depuraciones y cambios iniciados por Grau en las fuerzas armadas para contrarrestar la influencia batistiana, abría posibilidades de empleo para algunos jóvenes. Barrisonte dirigió sus sueños de mejoramiento personal hacia la Marina de Guerra, cuerpo armado de prestigio creciente por su participación en la Segunda Guerra Mundial.

En 1945, Barrisonte consiguió enrolarse en la fuerza naval; lo asignaron al distrito de Cayo Loco. En la barbería de la instalación comenzó a laborar. En esa época había contraído matrimonio con Cecilia Elutyl. Creció la familia con el nacimiento de Xiomara y Pedro.

Transcurrieron años de estabilidad para el marino hasta el inesperado y abrupto cambio que significó el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 encabezado por Fulgencio Batista. Desde ese mismo día, estuvo entre el sector de la marinería cienfueguera disgustada por la ruptura de la institucionalidad vigente en Cuba.

Pronto conoció que algunos marineros de baja graduación se organizaban de forma clandestina en un grupo insurreccional liderado por el cabo Santiago Ríos y el sanitario Francisco del Sol. En esos inicios estaban relacionados con el sector del Partido Auténtico, que tenía la idea de la lucha armada para derrocar la tiranía. Con el paso de los días, integró ese núcleo subversivo de Cayo Loco.

Hacia 1956, estos conspiradores desencantados con los auténticos decidieron integrarse a las filas del Movimiento 26 de Julio. De inmediato empezaron a coordinar las acciones para tomar el Distrito Naval del Sur. En varias ocasiones Serafín aguardó el aviso.

Temprano en la mañana del 5 de septiembre de 1957, se unió a los revolucionarios al mando del cabo Santiago Ríos que tomaron Cayo Loco y se puso a las órdenes del exalférez Dionisio San Román y de Julio Camacho, jefe del M-26-7.

Entre los que atacaron y rindieron la jefatura de la Policía, en el parque Martí, estaba Barrisonte, hombre de mediana estatura, complexión delgada y rostro alegre. La cultura política y el origen de clases del barbero de Cayo Loco favorecieron el intercambio con la gente que acudía por centenares al lugar.

Casi al mediodía, al saber del avance del ejército sobre el centro de la ciudad, acompañó al alférez Dimas Martínez Padilla a ocupar posiciones en el edificio del colegio San Lorenzo. Ahí habían confluído combatientes civiles subordinados a Pedro Olascoaga, jefe de Acción y Sabotaje del 26 en Cienfuegos. Todos quedaron bajo el mando de Martínez Padilla.

Participó en la derrota de las fuerzas del Tercio Táctico de Santa Clara y permaneció combatiendo toda la tarde, pese a conocer de la caída de Cayo Loco en manos del enemigo y quedar prácticamente aislados del resto de los baluartes rebeldes en el parque Martí. Tampoco intentó romper el cerco. Prefirió permanecer al lado de Martínez Padilla, a quien lo unía la amistad y los ideales constitucionalistas. Estuvo combatiendo en San Lorenzo hasta casi finalizada la noche en que lo hicieron prisionero junto al resto de los marinos revolucionarios. Poco después los esbirros lo asesinaron en el patio de San Lorenzo.



Juan Gilberto Rodríguez Campanioni



Por su apego a la Constitución de 1940, simpatizaba con Eduardo Chibás, líder ortodoxo, cuyas denuncias contra la corrupción y programa nacionalista, lo atraían. Por eso rechazó el golpe de Estado de Fulgencio Batista.

El 30 de abril de 1932 Juan Gilberto nació en el Hospital Civil de Cienfuegos; hijo de Ángela Campanioni Suárez y Ramón Rodríguez Rodríguez, un matrimonio residente en una modesta casa del barrio de Marsillan, al sureste de la ciudad.

Corrían tiempos difíciles bajo la tiranía machadista. Su padre trabajaba en un taller de

mecánica dental, de su propiedad; pero lo que percibía apenas le alcanzaba para mantener a la familia.

En la cercana escuela pública ubicada en la calle Zaldo entre Cuartel y Tacón, inició los estudios del nivel primario. Durante cuatro cursos escolares estuvo en ese centro. Las necesidades económicas lo obligaron a abandonar la enseñanza primaria. Empezó a aprender el oficio de mecánico dental con el padre, siguiendo la tradición. Vinieron años en los que conquistó prestigio entre las personas de la profesión y la clientela necesaria para ganarse el sustento diario.

En su barrio, se le admiraba por su educación y buenos modales. Era de carácter alegre, le gustaba asistir a los bailes en la Sociedad Minerva, institución de negros y mestizos cienfuegueros. A los diecinueve años contrajo matrimonio.

Por esta época, simpatizaba con Eduardo Chibás, líder del movimiento ortodoxo, cuyas denuncias contra la corrupción y programa nacionalista lo atraían, era una persona apegada a la Constitución de 1940, por eso rechazó el golpe de Estado de Fulgencio Batista, el 10 de marzo de 1952.

La situación comenzó a agravarse en Cienfuegos debido a la reducción de las zafras azucareras. La estrechez económica se hacía cada vez más visible en el hogar del mecánico dental. De ahí que se presentara a las convocatorias de la Marina de Guerra, cuerpo armado en el que tenía varios amigos y clientes, en el Distrito Naval del Sur. Aprobó los exámenes y el 1. de abril de 1957 lo asignaron al departamento Dental del Distrito Naval del Sur, en Cayo Loco.

Cuando conoció, por medio de su íntimo amigo Galo Mederos sobre el complot de marinos de baja graduación, encabezado por el cabo Santiago Ríos y el enfermero Francisco del Sol vinculado, además, al 26, no vaciló en integrarse al movimiento conspirativo.

Al amanecer del 5 de septiembre salió para Cayo Loco; en las primeras horas se incorporó al alzamiento. Recibió órdenes de unirse a los marinos y civiles que, al mando de Galo Mederos, atacarían la jefatura de la Policía en el parque Martí. Luego de tomarla, fue asignado al grupo que dirigían los oficiales Dimas

Martínez y Ángel Jardín, quienes se atrincheraron en el colegio San Lorenzo. Con honor y valentía combatió contra las reforzadas tropas de la tiranía, desde el mediodía, hasta entrada la noche en que fue hecho prisionero y cruelmente asesinado en el patio de San Lorenzo.



Carmelo Rodríguez Leyva



Desde edad temprana tuvo que ayudar al sustento de su hogar. Fueron años en que conoció de cerca la pobreza urbana, sufrió las desigualdades y trabajó de forma eventual sin poder sacudirse la desesperanza.

Del enlace conyugal de José Rodríguez y Juana Leyva, nació el 5 de noviembre de 1919, un robusto bebé al que nombraron Carmelo. Su infancia aconteció en un barrio cercano al mar cienfueguero. Los Rodríguez-Leyva residían en una modesta vivienda, que trabajadores de bajos ingresos alquilaban.

Los primeros estudios los cursó en una escuela pública.

No avanzó mucho debido a la falta de trabajo estable del padre durante el gobierno de Gerardo Machado. Ninguno de sus hermanos pudo llegar a quinto grado.

Desde edad temprana Carmelo tuvo que ayudar al sustento del hogar. Fueron años en que conoció de cerca la pobreza urbana, sufrió las desigualdades y se desempeñó de forma eventual en lo que apareciera sin poder sacudirse la desesperanza.

En los años de la Segunda Guerra Mundial, solicitó ingresar a la Marina de Guerra. Cuba se había incorporado a la lucha contra el fascismo y aumentaba el número de efectivos de sus fuerzas armadas. El 28 de marzo de 1942, fue llamado a filas e inició su preparación militar. A partir de ese momento, cumplió diversas misiones.

Cuando terminó aquel periodo bélico, lo asignaron a los puestos navales de Santa Cruz del Sur, Júcaro y Casilda. En 1947 integró la tripulación del barco patrullero Siboney. Era un marinero disciplinado, responsable y respetuoso de la Constitución.

Destacado en el Distrito Naval del Sur, en Cayo Loco, lo sorprendió el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. Estuvo entre los que no simpatizaron con la ruptura de la institucionalidad vigente en Cuba, aunque su actuación personal, ese día, fue cautelosa y de acatamiento al régimen militar. Era uno de los marinos opositores a Batista en el Distrito Naval. Trabajaba en el patio de transporte de la instalación, donde conspiraban algunos marinos de baja graduación encabezados por el cabo Santiago Ríos y el sanitario Francisco del Sol.

Entonces, el marino comedido y afable, de expresión bondadosa, cara redonda, pelo entrecano y algo obeso para su estatura de 1,60 cm, estaba casado con Ramona Valdés Ramos y ya tenía cuatro hijos.

Desde 1956 lo habían destinado al club de Cayo Loco. Fue cuando disfrutó de la única mejoría económica, al cabo de tantos años de servicio. Nadie entendía que solo hubiese llegado a marinero de primera clase, mientras los batistianos ascendían rápidamente.

Carmelo gozaba de gran respeto entre los marinos de Cayo Loco y mantenía excelentes relaciones con los prestigiosos

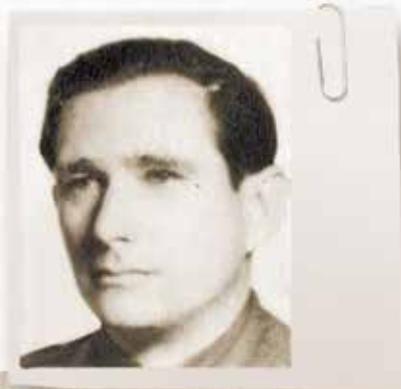
oficiales y marineros que no se plegaban a la politiquería y las desvergüenzas. En Cayo Loco había entablado amistad con Dimas Martínez Padilla, José R. Quesada, Ángel Jardín, Alejandro González Brito, Alberto Ríos Mayea, Heriberto y Galo Mederos, Gregorio Morgan, Hernando Debray, Norman Cáceres, así como los mencionados Francisco del Sol y Santiago Ríos, entre otros partidarios de restituir el orden constitucional.

La noche del 4 de septiembre de 1957, se acostó cansado por los festejos oficiales de los seguidores batistianos. Por aquellos días tenía en mente presentar el licenciamiento; estaba descontento por la situación del país, pero desconocía los planes insurreccionales de Ríos y Del Sol. Eso no le impidió incorporarse en la mañana del 5 de septiembre a la toma de Cayo Loco por los marinos y civiles del M-26-7. Luego integró el destacamento revolucionario que bajo las órdenes de San Román y Ríos marchó hacia el parque Martí para atacar la Estación de la Policía Nacional. Una vez rendido el recinto participó en la entrega de las armas ocupadas a los civiles.

Cuando recibieron las noticias del avance del Tercio Táctico de Santa Clara sobre el centro de la ciudad, se unió al grupo encabezado por el alférez Dimas Martínez. Al mediodía, estaban atrincherados en el colegio San Lorenzo. Al rato entablaban combate contra las tropas batistianas, cada vez más numerosas. Sin perder la esperanza de ser apoyados en otras partes del país, siguió rechazando los ataques del enemigo. Carmelo prefirió cubrir la retirada de todos los civiles y algunos marinos del M-26-7, al atardecer. Todavía, al finalizar la noche, combatía. Cayó en manos enemigas, que lo asesinaron en el patio de San Lorenzo.



Benedicto Rodríguez Risell



A fines de la década del cuarenta, estaba descontento con los manejos politiqueros de Carlos Prío y veía con simpatía las denuncias de los líderes del movimiento ortodoxo en Cienfuegos.

En el hogar honrado y apacible de Félix Rodríguez y la ama de casa Juana Risell, nació en la ciudad de Cienfuegos, el 5 de mayo de 1917, el cuarto hijo de este matrimonio: Benedicto.

Un barrio habitado por personas oprimidas y sometidas a la miseria, lo acogió durante su infancia. Apenas el padre obtenía el salario mínimo para mantener a sus

cuatro hijos cuando el más pequeño iniciaba sus estudios en la escuela pública. Al aprobar el sexto grado, debió incorporarse al corte y alza de la caña, junto al padre, en el central Manuelita, en las inmediaciones del poblado de Ariza. Volvía a Cienfuegos en el tiempo muerto para ganarse la vida en labores eventuales.

El adolescente, sin ocasión para serlo, sufrió el desempleo y los bajos salarios al lado de la masa de trabajadores azucareros en los años de la dictadura machadista. En un contexto de intensas luchas obreras, fue forjando un ideario patriótico y nacionalista. Era rebelde y callado. Luchó al lado de los desposeídos desde su apresurada juventud. Estuvo entre los que impulsaron la aprobación de la Constitución de 1940.

Ingresó en la Policía Marítima de Cienfuegos, un cuerpo adscrito al Distrito Naval del Sur, donde formó parte del grupo de ideas progresistas y democráticas opuesto a los desmanes y las fechorías del batistato y que trataba de frenar el gansterismo bajo los gobiernos auténticos. A fines de la década del cuarenta, Rodríguez Risell estaba descontento con los manejos políticos de Carlos Prío y veía con simpatía las denuncias de los líderes del movimiento ortodoxo en Cienfuegos.

Al producirse el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, era uno más entre los opositores a Fulgencio Batista, en la Policía Marítima. Meses después se unió al grupo insurreccional de Julio O'Burque, activista del Partido Auténtico y exmiembro de la Marina de Guerra. Los servicios de inteligencia batistianos lo vigilaban por sus ideas constitucionalistas. A través del exmilitar O'Burque contactó con los marinos de baja graduación que conspiraban en Cayo Loco, bajo la jefatura del cabo Santiago Ríos y el sanitario Francisco del Sol. Estos respondían también al ala insurreccional del Partido Auténtico.

Hacia fines de 1955, decidió integrar las filas del M-26-7. Más tarde, el coordinador del 26 en Cienfuegos articuló una célula en la Policía Marítima de la ciudad portuaria, encabezada por Tomás Toledo Benítez y compuesta por exmilitares y policías marítimos en activo, entre los cuales estaban Benedicto Rodríguez, Luis Leyva y Luis Yánez. Por esa misma

época, Ríos, Francisco del Sol y demás marineros conspiradores de Cayo Loco también habían pasado a las filas del M-26-7.

De gran utilidad resultó el quehacer de Rodríguez Risell dentro de las fuerzas enemigas para eludir la vigilancia mientras se efectuaban importantes sabotajes en Cienfuegos. También desempeñó igual rol las veces que los miembros del 26 de Julio se acuartelaron para desarrollar planes de alzamiento en la Semana Santa de abril y el 27 de mayo de 1957.

En la mañana del 5 de septiembre recibió el aviso del inicio de la sublevación. Cuando arribó a Cayo Loco ya la Estación de la Policía Marítima había sido tomada por marinos revolucionarios bajo el mando del sargento Alberto Ríos Mayea. En el Distrito Naval del Sur, a Benedicto le entregaron un arma y salió con el grupo que reforzaría el ataque a la jefatura de la Policía frente al parque Martí. Una vez rendida la instalación, formó parte de una patrulla que recorrería la ciudad.

Al mediodía tomó posiciones en el colegio San Lorenzo con los marinos que dirigía el alférez Dimas Martínez. En ese lugar coincidió con los hombres al mando de Pedro Olascoaga, jefe de Acción y Sabotaje del M-26-7. Combatió contra las fuerzas enemigas y arengó a continuar la lucha, aun sabiendo de la caída de Cayo Loco en manos batistianas y del fracaso del levantamiento nacional.

Horas más tarde, este hombre de certera puntería cubrió la salida del edificio de los miembros del M-26-7 y de algunos marineros que desconfiaban de las propuestas de rendición de los jefes militares. Benedicto siguió disparando hasta avanzada la noche, cuando cayó en manos de los esbirros el último reducto de la resistencia popular. Fue prisionero y posteriormente, vilmente ultimado.



Armando Rosquete Díaz

En el medio obrero portuario, fue tomando conciencia de la situación del país después del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, hasta volverse opositor a la dictadura batistiana.

En un hogar de cierta solvencia económica, en la ciudad portuaria de Cienfuegos, nació el 7 de marzo de 1932, el primer hijo del matrimonio formado por José Rosquete Viñes y Dolores Díaz Guada.

Asistió al colegio religioso de los Hermanos Maristas, solo al alcance de los sectores burgueses, hasta el quinto

grado. Sus padres no pudieron seguir pagando los altos precios de esa institución docente.

Desde muy joven dejó de asistir a la escuela. Comenzó a aprender el oficio de mecánico en un taller de la Calzada de Dolores. Varios años estuvo desempeñándose como ayudante de mecánico.

Con los gobiernos auténticos en el poder, emprendió viaje hacia la capital del país en busca de mejores oportunidades. En el ultramarino poblado de Regla, fijó su residencia. Ahí se desempeñó como mecánico de los barcos y realizó otras actividades vinculadas al mar y la pesca.

En ese medio obrero y portuario, fue tomando conciencia de la situación del país tras el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 hasta volverse opositor a la dictadura batistiana. Participó en las numerosas protestas y huelgas que sacudieron La Habana. Sin embargo, no integró ninguna de las numerosas organizaciones insurreccionales que existían en la capital.

A mediados de 1957, según cartas enviadas a familiares suyos, había tomado la decisión de trasladarse al puerto norteamericano de Tampa, en el estado de la Florida. El tráfico marítimo entre La Habana y esta ciudad le había permitido relacionarse con personas que le aseguraban el pago de un buen salario allá por su labor de mecánico de barcos.

Por eso los padres quedaron sorprendidos, en la mañana del 5 de septiembre, cuando conocieron que su hijo se hallaba entre los marinos y civiles que habían tomado el Distrito Naval del Sur.

Al incorporarse en horas tempranas, el joven mecánico recibió un fusil y pertrechos. Se le asignó al grupo que debía guarnecer Cayo Loco. Durante el ametrallamiento de la aviación a la instalación de la Marina de Guerra, Rosquete se hallaba entre los revolucionarios que repelían el ataque. Todo el mediodía estuvo combatiendo a los aviones que descargaban sus ráfagas contra las posiciones rebeldes.

Sobre las tres de la tarde cayó herido de muerte por balas enemigas en el Distrito Naval del Sur. En el Hospital de Emergencias de Cienfuegos certificaron su muerte en combate.



José Dionisio San Román Toledo



A tres meses de graduarse en la Academia Naval del Mariel, ocurrió el golpe de Estado de Fulgencio Batista. Con otros cadetes, intentó organizar la resistencia, pero no logró el apoyo de los profesores y directivos. Algunos consideraron el acto de rebeldía imprudente y descabellado.

A fines de 1929, en Bauta, un pueblo cercano a la capital del país, la joven Concepción Toledo Gómez estaba embarazada del cirujano dentista de origen español Dionisio San Román Miguel. Nació, el 19 de marzo de 1930 su primer hijo, al que nombraron José Dionisio. Vivían

en la casa de los abuelos paternos del pequeño, personas con una solvencia económica propia de la clase media de la sociedad cubana. Muy pronto el recién nacido fue bautizado en la iglesia parroquial de Bauta.

Los primeros años de vida de José Dionisio estuvieron ajenos a las privaciones de las familias sacudidas por la crisis capitalista mundial y las luchas políticas bajo el gobierno dictatorial de Gerardo Machado. A la calle Salvador Cisneros No. 175 del mencionado poblado¹⁵ pasó a residir el matrimonio cuando el niño cumplió cuatro años. Allí creció junto a sus tres hermanos: Arturo, Carlos y Marta. La profesión de cirujano dentista del padre y el trabajo como telefonista de la madre les posibilitaba vivir con cierta holgura económica.

A la Academia José Martí del poblado, asistió José Román, desde kindergarten hasta el octavo grado. Durante su infancia y adolescencia disfrutaba ir a las playas de El Salado y Baracoa, en el litoral norte de La Habana, y creció con una fuerte atracción por el mar. Fue un estudiante disciplinado y aplicado, que forjó la vocación marinera en los momentos de lucha contra el fascismo y de participación de la Marina de Guerra de Cuba en los enfrentamientos a los submarinos alemanes en el mar Caribe durante la Segunda Guerra Mundial.

El apoyo de los padres fue decisivo para hacer realidad sus sueños. Concepción y Dionisio no solo sufragaron los estudios de la preparatoria para los exámenes de ingreso en la Academia Naval del Mariel, sino le dieron el aliento necesario para superar vacilaciones, incomprensiones y vencer todas las dificultades.

El 24 de julio de 1948 optó por una plaza de guardiamarina y resultó uno de los veintiocho alumnos aceptados en el centro militar. El joven inteligente y voluntarioso matriculó en la prestigiosa institución a los dieciocho años y formó parte de la Promoción No. X, cuya graduación debía ocurrir en 1952.

Pasados los días iniciales, recibió noticias de que la salud del padre estaba en franco deterioro. Se hallaba a bordo de

¹⁵ En esta casa, cuya dirección actual es Ave. 251 No. 14613, fue instalado en su honor el Museo Histórico de Bauta.

la fragata *Antonio Maceo*, en su primer viaje de instrucción, cuando supo de su muerte. Con diecinueve años, el cadete, apoyado por su hermano Arturo, debió respaldar a la madre para asegurar la economía familia.

Ante su nueva realidad, mostró una férrea voluntad y alto sentido de responsabilidad. Durante esos años de estudio, estrechó relaciones con Juan M. Castiñeiras; Emigdio Báez; Orlando Fernández García, Saborit; Gonzalo Miranda; Jorge Arcos Bergnes y Román Álvarez, entre otros cadetes forjados en los ideales patrióticos y nacionalistas de la Constitución de 1940.

Aproximadamente a tres meses de graduarse en la Academia Naval del Mariel, ocurrió el golpe de Estado de Fulgencio Batista. Junto a otros cadetes, intentó organizar la resistencia, pero no logró el apoyo de los profesores y directivos. Algunos consideraron el acto de rebeldía imprudente y descabellado. Al poner en riesgo su futuro, demostraba la fuerza de sus convicciones en aras del ideal que asumía en la vida.

En junio de 1952 se graduó y alcanzó el grado de alférez de fragata. A las autoridades batistianas les intranquilizaba esta promoción de oficiales y se supone que establecieron vigilancia sobre algunos de ideas progresistas. A Dionisio lo destinaron al Distrito Naval del Sur, en Cayo Loco. Llegó con veintidós años al principal enclave naval de la costa sur y lo asignaron a la tripulación del Guardacostas No. 101 *Leoncio Prado*, cuyo capitán era el viejo marino Saturnino Martínez, licenciado de la Marina de Guerra en época de Carlos Prío y restituido por Batista con el golpe del 10 de marzo.¹⁶

A bordo del 101, el alférez San Román Toledo demostró ser una persona educada, afable y disciplinada, que le gustaba leer, en particular, lo concerniente a la masonería e historia de las religiones.¹⁷ Meses después se interesó por la Orden Rosacruz y más tarde se hizo miembro de ella; se le veía conversar mucho sobre estos temas con el capitán Martínez. En el 101 estaba

¹⁶ Mario Mencía Cobas: “El Golpe de Estado del 10 de marzo de 1952”. En: Memorias de la Revolución, Tomo I, p. 19.

¹⁷ Saturnino Martínez: Entrevista realizada en 1977. PCC-C.

enrolado el cabo de cañón Santiago Ríos, uno de los líderes del grupo de marinos de baja graduación que conspiraba en Cayo Loco contra la dictadura. Nada indica que estableciera contactos con este grupo insurreccional relacionado con los auténticos.

Alrededor de un año navegó en esa embarcación. Algún tiempo menor estuvo a bordo del Guardacostas No. 22 y el PE No. 202 Caribe. El 23 de julio de 1953, recibió el Distintivo Blanco al Mérito por su destacada participación en la extinción de un incendio en la Cooperativa de Transporte Martí S.A. Posteriormente, el jefe del distrito, coronel Roberto Comesañas, lo destinó al trabajo en tierra: primero en la jefatura de Artillería, luego en los talleres del Distrito Naval del Sur.

La estancia en Cayo Loco le permitió relacionarse con figuras de prestigio profesional como Dimas Martínez Padilla, Ángel Jardín, Francisco del Sol, José Ramón Quesada, José R. Lapido Garay, Ángel Cuadras Garrote, Santos Navarro y Rogelio Sopo Barreto, los dos últimos, acérrimos batistianos. También desarrollaba una intensa vida social en Cienfuegos, frecuentaba peñas culturales y la sociedad Ateneo. Paralelamente desplegó una meritoria labor como profesor de la Academias Naval Deportiva y Nacional de Patronos, desde 1953. El 9 de diciembre de 1954 recibió la medalla de reconocimiento al Mérito de la Sociedad Cubana de la Cruz Roja. En Cienfuegos, el joven culto, respetuoso y de finos modales tuvo varias relaciones amorosas.

Por esos años el alférez mantenía estrecha relaciones con el grupo antibatistiano integrado por sus compañeros de promoción Orlando Fernández y Juan M. Castiñeiras, que habían establecido vínculos con los conspiradores auténticos de Jorge Agostini.¹⁸ A todos los unía un ideario político y militar que descansaba en el restablecimiento de la Constitución de 1940, el adcentamiento de la administración pública y la condición apolítica de los cuerpos armados.

En 1955, terminó el servicio en el Distrito Naval del Sur y lo trasladaron para La Habana como oficial de máquinas en la

¹⁸ Luis Rosado Eiro y Pilar Quesada González: Ob. cit., p. 27.

fragata José Martí. En ese propio año recibió los cursos especiales de control de averías en Newport y Filadelfia.

Como ya el Servicio de Inteligencia Naval conocía de sus convicciones constitucionalistas y actividades revolucionarias, a bordo de la *José Martí*, fondeada en Cayo Hueso, Estados Unidos, le informaron que era baja de la institución armada por alta conveniencia del servicio. Sucedió el 28 de septiembre de 1956. Al puerto de La Habana fue trasladado preso y luego conducido a su domicilio en Bauta para efectuar un registro, cuyos resultados no aportaron pruebas incriminatorias de sus actividades revolucionarias, por tal motivo quedó en libertad.

En pie quedaba una red de oficiales de academia conspiradores, aglutinados en torno a Saborit, Castiñeiras y San Román, quien comenzó a trabajar en los barcos de la compañía naviera de la Marina Mercante. Desde inicios de 1957, se desempeñó indistintamente como segundo maquinista en los buques Damuji, Bahía de Siguanea y Río Jibacoa. En esos meses Dionisio mantenía relaciones amorosas con Nancy Torres y tenían previsto efectuar su boda en el mes de diciembre.

Con el paso del tiempo, el grupo conspirativo de los jóvenes oficiales estableció relaciones con el MR-26-7. A mediados de 1957, seguido de un viaje en el mercante Río Jibacoa al puerto de Antillas, contactó Saborit con Frank País en Santiago de Cuba. Al regreso de la ciudad capital de Oriente, le informó a San Román y a otros conspiradores sobre lo acordado.¹⁹ Cuando el *Jibacoa* zarpó de Antillas, el 27 de junio, los jóvenes exoficiales habían logrado consolidar las relaciones con la organización liderada por Fidel Castro.

A principios de julio de 1957, Dionisio regresó a Cuba por el puerto de Nuevitas y rompió su vínculo con la Marina Mercante. Junto a otros líderes del grupo insurreccional, se dedicó por completo a la actividad revolucionaria. Sin descanso, él y sus compañeros fueron tejiendo la red de conspiradores que llegó a alcanzar el medio centenar.²⁰ Una nueva reunión de

¹⁹ Ídem, pp. 36-37.

²⁰ Ídem, p. 52.

Saborit con Frank marcó el establecimiento de mejores coordinaciones con el M-26-7 que reforzaba sus estructuras clandestinas en Las Villas. Un paso decisivo fue el envío de Julio Camacho Aguilera para ocupar la jefatura de Acción y Sabotaje de la provincia, donde el M-26-7 tenía un fuerte núcleo de conspiradores entre los marineros de la base naval de Cienfuegos.

A fines de agosto, tuvo conocimiento de la existencia de un grupo de marinos conspirando en Cayo Loco, donde había prestado servicios. El día 23 o 24, en el motel de Manacas, en Las Villas, se reunió con una representación de los conspiradores de la Marina en Cienfuegos, integrada por Francisco del Sol y Norman Cáceres, prestigiosos marinos a quienes conocía. También asistió al encuentro Rogelio Guillot, un miembro del M-26-7 de Cienfuegos.

Los marinos de Cayo Loco le comunicaron que venían a nombre de su jefe, Santiago Ríos, con quien había formado parte de la tripulación de la No. 101 y del coordinador del M-26-7 en la región. Los conspiradores cienfuegueros insistieron en su subordinación al M-26-7 de Cienfuegos y su jefatura provincial. Quedaron en mantener las coordinaciones a través de los canales del movimiento. Dionisio regresó rápido para acelerar el plan de alzamiento nacional. La fecha anunciada para pronunciarse simultáneamente en todo el país sería el 5 de septiembre.

Desde la detención de Saborit el 30 de agosto, empezó a desempeñar un rol más importante entre los jóvenes oficiales involucrados en la conspiración, que a última hora habían sumado a los altos oficiales Miguel Pons Goizueta, Guillermo Driggs, Alberto y Augusto Juarrero Erdman. Esto provocó cierta desconfianza entre algunos miembros del grupo liderado por Castiñeiras, San Román y el detenido Saborit.²¹

En la noche del 3 de septiembre se reunió en La Habana, Faustino Pérez con Julio Camacho Aguilera, el jefe del M-26-7 villareño. Se le informó a Camacho que, junto a Dionisio, debía marchar a Cienfuegos para encabezar el plan de tomar Cayo

²¹ Ídem, pp. 88-89.

Loco con el apoyo de los marinos revolucionarios y los miembros del M-26-7. San Román fungiría como jefe militar del levantamiento armado en Cienfuegos.

En la tarde del 4 de septiembre partieron de La Habana y en Colón se dividieron: Camacho siguió a Santa Clara y San Román, acompañado de Miguel Merino a Cienfuegos. Estos arribaron a la ciudad portuaria pasadas las diez de la noche y se dirigieron a la casa del obrero eléctrico Alejandro Suárez, donde se ocultaba el coordinador del M-26-7 local, Pedro Antonio Aragonés, Totico. En las primeras horas del día 5, San Román se reunió en este lugar con el cabo Santiago Ríos, en presencia de Aragonés y otros complotados, para explicar el carácter nacional del levantamiento y precisar detalles de la acción. Algo después llegó Julio Camacho. Todos desconocían que desde el día antes los altos oficiales de la Marina de Guerra, de manera inconsulta, habían pospuesto las acciones.

Alrededor de las seis de la mañana, Santiago Ríos y los marinos complotados redujeron las postas y detuvieron a Roberto Comesañas, jefe del Distrito Naval del Sur. En ese momento los dos automóviles en que viajaban Julio Camacho, Dionisio San Román, Pedro Aragonés y otros revolucionarios entraron a Cayo Loco. De inmediato el jefe militar coordinó con el cabo Ríos el plan de operaciones, mientras tanto iban ingresando los miembros del M-26-7 acuartelados en diversos lugares de Cienfuegos.

Para asegurar el éxito de la insurrección, organizó los grupos que debían atacar otras guarniciones militares de la ciudad. Sin disparar un tiro, el grupo rebelde encabezado por el sargento Alberto Ríos Mayea tomó la Estación de la Policía Marítima en las inmediaciones de los muelles. A esa misma hora fracasó la misión de detener al comandante Eugenio Fernández de la Guardia Rural, en el barrio de La Juanita y el tiroteo puso en sobre aviso a la policía y el ejército. Al fracasar el factor sorpresa comenzaron los enfrentamientos armados.

En el tramo de la Calzada de Dolores, entre las calles Esperanza y Lealtad, los rebeldes que avanzaban sobre el cuartel, comandados por Miguel Merino, enfrentaron un carro patrullero que desde la subestación de la Policía de La Juanita venía

hacia la ciudad. Al concluir el breve e intenso tiroteo, quedaron abatidos todos sus ocupantes. Paralelamente, el grupo revolucionario bajo el mando del sargento Galo Mederos inició el ataque a la jefatura de la Policía Nacional, luego de sus ocupantes negarse a deponer las armas, ofrecieron resistencia en espera de las tropas del Tercio Táctico de Santa Clara.

Ante la situación creada, San Román y Camacho decidieron postergar la toma del cuartel y asegurar el control de las instalaciones gubernamentales del centro de la ciudad y concentraron las fuerzas rebeldes en el ataque a la Policía. Un primer refuerzo salió al mando del sargento Ríos Mayea y a continuación, otros grupos encabezados por Miguel Merino, Pedro Olascoaga y Dimas Martínez.

Alrededor de las diez de la mañana, los rebeldes doblegaron a los esbirros batistianos del recinto policial, ubicado en el edificio del Ayuntamiento. Las armas fueron entregadas por orden de Camacho y San Román a la gente humilde del pueblo que se había incorporado masivamente al levantamiento. Solo el cuartel del ejército, en la entrada de la ciudad, no cayó en manos rebeldes. En el puente de Pueblo Griffo quedaron las avanzadas de los soldados fieles a la tiranía de Batista. Toda la ciudad de Cienfuegos hasta el río El Inglés se hallaba liberada por los revolucionarios del M-26-7.

Otros lugares del país permanecían en calma cuando los rebeldes de Cienfuegos celebraban la victoria sobre las fuerzas de la tiranía. Al jefe militar de la insurrección, ya le preocupaba la falta de noticias sobre acciones armadas en La Habana y otras ciudades según lo acordado en el plan de levantamiento nacional. Confiaba en el honor de los jóvenes oficiales complotados en La Habana. Camacho Aguilera pensaba igual que Faustino Pérez y otros líderes del M-26-7 de la ciudad capital. La incorporación masiva del pueblo cienfueguero al levantamiento lo alentaba y confirmaba la justeza de su lucha. Los líderes de la insurrección en Cienfuegos no perdían las esperanzas.

La incertidumbre apareció en algunos de los incorporados a última hora en Cayo Loco, los dirigentes del 26, por su parte, sugerían la posibilidad de marchar hacia el Escambray en caso de

fracasar el levantamiento nacional. Dionisio, apegado a sus concepciones militares, sentido de la disciplina y firme convicciones prefirió poner en riesgo su vida y ajustarse al plan nacional.

Todo ocurría en momentos en que un avión Catalina sobrevolaba la instalación naval y empezó a ametrallarla, mientras por tierra avanzaban sobre la ciudad fuerzas militares de Santa Clara, Matanzas, Camagüey y La Habana, entre ellas los equipos blindados del campamento de Columbia. Nunca Dionisio San Román supo de la posposición del alzamiento nacional.

Con pocas esperanzas de recibir apoyo de otras partes, se dirigió al muelle de Cayo Loco y en el camino encontró a Miguel Merino con quien sostuvo una breve conversación. A este le manifestó que trataría de hacer contacto con la fragata *Antonio Maceo* donde conspiraban Isidro Contreras, Pablo Alonso y otros marinos de su confianza.

Pasadas las diez y treinta de la mañana, sin avisarle a Camacho Aguilera, que se curaba de la afección en los oídos por los disparos de la artillería antiaérea, Dionisio abordó el Guardacostas No. 101. La embarcación seguía al mando de Saturnino Martínez —unido al alzamiento en Cayo Loco esa misma mañana, a diferencia de otros viejos oficiales—, a quien conminó a salir del puerto para tratar de alcanzar alguna de las fragatas comprometidas con el levantamiento. Pensaba encontrar respaldo; sin embargo, navegando en la bahía, a la altura de Cayo Carenas, dos hombres de la dotación, el contramaestre Bruno Madrigal Sánchez y el engrasador Arcadio Castillo Herro, sumados a la sublevación, lo tomaron preso y obligaron al comandante de la nave a informar al Estado Mayor de La Habana.

La respuesta del almirante José Rodríguez Calderón, jefe del Estado Mayor General de la Marina de Guerra, fue radiada en estos términos: “Elimine físicamente al exalférez de fragata José Dionisio San Román y regrese a la estación naval. Tome el mando, coopere con el ejército al restablecimiento del orden”.²² El capitán Martínez se negó a asesinarlo y lo

²² Luis Rosado Eiro y Pilar Quesada González: Ob. cit. p. 124.

puso bajo arresto. Entonces Calderón dispuso que esperara en puerto. A San Román lo trasladaron en una nave aérea que amarizó cerca del 101.

Se conoce que fue trasladado del aeropuerto de Columbia a una vivienda del reparto Biltmore y entregado al jefe del Servicio de Inteligencia Naval, Julio Laurent Rodríguez. Durante varios días fue torturado sin poder sacarle una palabra sobre los implicados en el levantamiento nacional. Igual suerte corrió Alejandro González Brito. Ambos fueron lanzados al mar, presumiblemente, el 12 de septiembre.

Al referirse a los sucesos de Cienfuegos y el papel de Dionisio San Román Toledo, en su discurso por el vigésimo aniversario, el líder de la Revolución Fidel Castro Ruz expresó:

Alrededor de las 10:00 de la mañana, Dionisio San Román toma la cañonera...

[...] San Román todavía tenía esperanzas en el alzamiento de la capital, y hablaba de esperar. Después desde la cañonera se sabe que hizo comunicación con La Habana y comprobó una vez más que no había tal levantamiento.

[...]

Es incuestionable que Dionisio San Román cometió un error y cometió una falta. Él no debió de tomar una decisión sin consultar con el compañero Camacho. Quedó esa situación incierta acerca de sus intenciones... En aquellas horas estaba muy deprimido, porque él ignoraba todo lo que había ocurrido la tarde del 4 de septiembre, y se sentía traicionado por aquellos oficiales de más graduación, que tomaron a última hora la decisión de suspender la acción. Pero es lo cierto —por lo que se sabe— que Dionisio San Román no denunció a uno solo de los compañeros del 26 de Julio con los que habían tenido contactos.

[...] cualquiera que haya sido el error cometido durante el 5 de septiembre por Dionisio San Román, no se puede negar, por ningún concepto, su derecho a ser considerado como un mártir de la Revolución [...].²³

²³ Fidel Castro Ruz: Obra citada, pp. 16-19.



José Rafael Ignacio Siverio Talavera



Trató de establecer un sindicato en la manufactura donde laboraba. Fue un momento en que abrazó las ideas socialistas y buscó afiliar a los jóvenes trabajadores de su centro en la Juventud del Partido Socialista Popular.

E l 15 de agosto de 1926 María Dora Talavera, la esposa de Vicente Siverio Díaz, daba a luz en Cienfuegos a un niño varón que inscribirían como José Rafael Ignacio. Al matrimonio residente en el periférico barrio de Tulipán le resultaba difícil asegurar lo necesario para sus hijos: Isabel, María, Aleida, Rina, Vicente y José Rafael.

Inició, el más pequeño de la familia, la enseñanza primaria en la escuela pública del barrio y la concluyó en el centro escolar de Santa Cruz y Cuartel. Por esta época combinaba el estudio con el trabajo: por las mañanas asistía a la escuela y por las tardes, laboraba, en su condición de ayudante, en el pequeño negocio de confección de rejillas ubicado en su propio hogar.

En la Escuela Intermedia Superior matriculó séptimo grado, último que venció antes de abandonar definitivamente los estudios. Con quince años era aprendiz, junto a su hermano Vicente, en la fábrica de Lámparas Alonso. Fue un joven inteligente y laborioso que pronto adquirió las habilidades para desempeñar los oficios de niquelador y cremador. De igual manera fue madurando su conciencia social y trató de establecer un sindicato en la manufactura. Fue un momento en que abrazó las ideas socialistas y buscó afiliarse a los jóvenes de su centro en la Juventud del Partido Socialista Popular. Eso provocó que los dueños de la fábrica lo dejaran cesante.

Luego del despido patronal, encontró empleo en la fábrica de lámparas Fanjul de La Habana. Dado su espíritu rebelde, pronto mostró desacuerdo con los manejos de los propietarios y cambió de actividad laboral, se trasladó a una fábrica de planchas eléctricas como niquelador.

La participación de Cuba en la Segunda Guerra Mundial, contra el fascismo, lo estimuló a ingresar en la Marina de Guerra. De ahí que regresara a Cienfuegos para empezar los trámites correspondientes. A fines de 1941, lo logró y lo destinaron a la guarnición militar del Distrito Naval del Sur.

Al concluir la contienda bélica mundial, Rafael Siverio combinaba el servicio en el Distrito Naval del Sur con el trabajo en el taller-fundición de su hermano en el reparto Tulipán. Allí niquelaba herrajes de muebles.

Durante la época de los gobiernos auténticos contrajo matrimonio con Rosa González, la hija del alférez José González. Después del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, pasó a desempeñarse como ordenanza de su suegro. Hacia 1956, ya era padre de tres hijos: una hembra y dos varones.

Con sus ideas progresistas, ya manifestaba a amigos y familiares la necesidad de restituir el orden constitucional y acabar con la dictadura batistiana. Sin embargo, estaba ajeno a los trajines conspirativos del grupo de marinos encabezados por el cabo Ríos y el enfermero Francisco del Sol.

Al conocer en la mañana del 5 de septiembre de 1957 del alzamiento de marinos y civiles en Cayo Loco, salió de inmediato, desde la fundición de Tulipán, hacia el enclave naval. Atrás dejó a la esposa embarazada y sus hijos. Raudó se incorporó a las fuerzas revolucionarios e integró el grupo enviado hacia el parque Martí para repeler el avance de las fuerzas de la tiranía. Desde el mediodía combatió en esa parte céntrica de la ciudad, cercada por las fuerzas del tirano. Lo detuvieron. En el cuartel general de las tropas gubernamentales, situado en el hotel La Unión, comenzaron a interrogarlo y esa misma noche, el marinero José Rafael Ignacio Siverio Talavera fue vilmente asesinado.



Francisco del Sol Díaz



A este hombre que inspiraba total confianza en los marineros conspiradores, le asignaban las tareas más difíciles y peligrosas.

En Horquita, poblado rural del municipio de Abreus, nació el 20 de septiembre de 1915 el hijo primogénito del matrimonio constituido por el trabajador agrícola Luciano del Sol Barben y la ama de casa Mercedes Díaz Barrios.

Una casa de tablas y techo de guano fue su primera morada. En ella sufrió las carencias propias de un hogar que dependía del oficio mal retribuido del padre, en los cañaverales vinculados a los centrales Constancia, Cieneguita y Juraguá.

El pequeño Pancho, como lo llamaban, aprendió las primeras letras con Sebastián Fuste, un trabajador haitiano que encontró cobijo en su hogar campesino. En la escuela pública rural de Horquita cursó hasta cuarto grado bajo el magisterio de Isolina Bombín, esforzada maestra rural que le impregnó el amor a la patria. Como muchos de los suyos, no pudo avanzar más en los estudios, pues debió abandonarlos para ayudar al sustento de una familia, incrementada por el nacimiento de sus hermanos: Ramona, Vicente, Juana y Luis.

A los once años ya acompañaba a su padre en el corte y alza de la caña para el central Constancia y en tiempo muerto en servicios eventuales, incluido el corte de leña para hacer carbón en la ciénaga de Zapata y la recogida de café en el lomerío del Escambray. Tenía solo dieciséis años cuando enfrentó condiciones muy duras y un bajo salario en la henequenera de Juraguá. La explotación de los trabajadores agrícolas en esta plantación alcanzó niveles inhumanos y provocó sucesivas protestas durante los años de la dictadura machadista.

La miseria rural de Horquita llevó a Francisco hacia la ciudad. En la parte humilde del puerto de Cienfuegos fijó su residencia. En 1932 laboraba como mozo de limpieza en el policlínico de Buenavista, un barrio de las afueras de Cienfuegos. Muchos de los estudiantes y obreros heridos en las manifestaciones y protestas contra Machado que sacudieron la ciudad fueron asistidos en su centro.

Luego de la caída del tirano Machado, continuó desempeñando la misma labor en la clínica Cienfuegos, frente al malecón. En esta instalación de salud tuvo la oportunidad de trabajar como auxiliar de farmacia y enfermería, devengando un salario de \$ 27.00 mensuales. Se sintió atraído por la profesión de enfermero y emprendió la difícil tarea de superarse a la vez. En esos momentos había iniciado relaciones amorosas con su compañera de trabajo Alicia Bonet González y de ella recibió la motivación para realizar los estudios de enfermería. En 1943, la pareja contrajo nupcias.

A mediados de la década del cuarenta se vio enfrascado en las luchas sindicales de su sector. En su mente estaba la idea

de crear un sindicato de trabajadores vinculados a los servicios de la salud. Durante este periodo sufrió el hostigamiento patronal. Apenas dispuso de la ocasión propicia para matricular en la Escuela de Enfermería. En la clínica veía prácticamente frustrados sus planes de asegurar la estabilidad laboral a través de la superación profesional.

Por su perseverancia y decisión, no renunció a los estudios y el 1. de abril de 1947 adquirió el título de enfermero técnico —no universitario—, en La Habana. De inmediato ocupó un puesto de enfermero instrumentista del salón de operaciones de la clínica Cienfuegos.

En esa misma época se hallaba en el grupo que impulsaba un convenio colectivo de trabajo presentado a la dirección mutualista del sanatorio, mediante el cual se logró el descanso retribuido y el día de franco, un salario mínimo de \$ 60.00 y el derecho a constituir la Asociación de Empleados, entre otras demandas.

A fines de 1947 pasó a laborar en la clínica Moderna, ubicada en la Calzada de Dolores, entre Concordia y Esperanza. Como enfermero devengaba un mejor salario; pero continuaba luchando a favor de los trabajadores de la salud y se destacó por su respaldo a las protestas y huelgas en el sanatorio de la Colonia Española.

Una nueva perspectiva encontró en la Marina de Guerra durante los gobiernos auténticos. Las relaciones de amistad con el Dr. Rogelio Sopo Barreto, quien estaba asignado al Distrito Naval del Sur y frecuentaba la clínica Moderna, parecen haber influido en la incorporación de Francisco del Sol a ese cuerpo armado, el 9 de julio de 1948.

En el expediente confeccionado por la Marina de Guerra se le describe como una persona de piel blanca; 1,66 de estatura; 73 kg de peso; ojos pardos y cabello castaño claro; ocupación, practicante y residente en la calle Cisneros No. 10 de Cienfuegos. Además consignaba lo siguiente:

Se alista en la jefatura del Distrito Naval del Sur, con el grado de marinero de 2da del S.M.E.V por un periodo de un año, siendo oficial Reclutador el Alférez de Fragata José Fernández y Martínez M.N.

...se destina a prestar servicios en la jefatura del propio Distrito,... se destina a prestar servicios en el Dispensario Médico de la jefatura del propio Distrito.²⁴

En Cayo Loco, el enfermero Del Sol Díaz se destacó muy pronto por su disciplina, sensibilidad, sentido del deber y profesionalidad. Hizo excelentes relaciones, desde su contratación, con Ángel Jardín y oficiales de academia como Dimas Martínez Padilla, José R. Quesada, Roberto Roque Núñez y Saturnino Martínez. En reconocimiento al trabajo desplegado en la enfermería del Distrito Naval, fue ascendido a cabo.

El éxito personal del enfermero nacido en Horquita, marchó aparejado con la preocupación por la realidad de Cuba bajo el gobierno auténtico de Carlos Prío Socarrás. De ahí sus simpatías por las prédicas nacionalistas y de denuncia a la corrupción político administrativa de Eduardo Chibás y el Partido Ortodoxo. Dada su procedencia humilde y apego a los principios de la Constitución de 1940 en que descansaba el sistema democrático cubano, puso todas las esperanzas de cambio, pese a la muerte de Chibás, en las elecciones presidenciales del 1. de junio de 1952. De ahí, su profundo descontento ante el golpe de Estado de Fulgencio Batista.

En la enfermería de Cayo Loco comenzó a intercambiar ideas con algunos marineros opuestos a la tiranía instaurada el 10 de marzo de 1952. El sanitario Del Sol aparecía entre los marineros que aspiraban a alcanzar la libertad poniendo fin a la tiranía por la vía insurreccional. Junto a Juan González Padilla y Santiago Ríos impulsó la creación, en 1952, del primer núcleo conspirativo integrado por marinos de baja graduación vinculado a elementos insurreccionales del Partido Auténtico en Cienfuegos y La Habana.

Durante años, eludió la vigilancia del Servicio de Inteligencia Naval encabezado por el teniente Julio Laurent. Algunos con los que se relacionaba fueron considerados desafectos y

²⁴ Museo Histórico Naval de Cienfuegos. Fondo Documental. Expediente de Francisco del Sol Díaz.

dados de baja de las fuerzas armadas, como los marineros Alberto Villafaña y José A. Delgado, el policía marítimo Tomás Toledo y el alférez Dionisio San Román. El asesinato en La Habana de Jorge Agostini, el 9 de junio de 1955, le indicó la necesidad de extremar precauciones. Por todo lo que estaba sucediendo, los conspiradores de Cayo Loco se sentían descontentos con el proceder de los líderes del autenticismo insurreccional en Cienfuegos.

A Francisco le interesaba cada vez más la propuesta revolucionaria de Fidel Castro Ruz y sus seguidores. Con su viejo amigo y militante ortodoxo Rigoberto García Flores, dueño de la farmacia ubicada en la calle San Fernando y Tacón, coincidía en la insoportable situación del país y en la necesidad de restituir el orden constitucional.

La posibilidad de leer el alegato fidelista “La Historia me absolverá”, llegado a sus manos por amigos de militancia ortodoxa, lo acercó aún más a las posiciones del M-26-7. De ahí que aceptara la propuesta del farmacéutico amigo y primer coordinador del movimiento en Cienfuegos, de ingresar a la organización de Fidel. Todo eso ocurría al margen del grupo conspirativo de Cayo Loco en el que afloraban contradicciones con los líderes auténticos.

Lejos de desvincularse de Santiago Ríos y demás marinos revolucionarios, trató de influir en el grupo clandestino de Cayo Loco. En ese mismo sentido actuaba con algunos marinos. Pronto ganaron el decisivo apoyo del cabo Santiago Ríos. Luego todo el grupo conspirativo pasó a integrar las filas del M-26-7.

Con singular disposición Ríos y Del Sol recibieron la propuesta de los jefes revolucionarios cienfuegueros de tratar de tomar Cayo Loco cuando recibieran el aviso correspondiente para apoyar el desembarco de la expedición, que en México organizaba Fidel Castro. El 30 de noviembre de 1956 les resultó imposible respaldar las acciones; pero lograron mantener el grupo insurreccional bajo la más absoluta clandestinidad. De nuevo, Francisco y los marineros sintieron la frustración de fallar por diversas causas en los intentos de tomar Cayo Loco en abril y mayo de 1957.

Su voluntad de lucha nunca decayó ante las adversidades. Entre los revolucionarios se seguía destacando como un líder de ejecutoria ineludible, transparente y valiente. A su casa ubicada en la calle 67 No. 4806 entre 48 y 50, acudían a contactarlo los jefes del M-26-7. Como inspiraba total confianza en los marineros conspiradores, le asignaban las tareas más difíciles y peligrosas.

El 27 de mayo de 1957 se reunió clandestinamente en la calle Cid, residencia de Emilio Aragonés Navarro, coordinador entonces del 26 de Julio en Cienfuegos, para ultimar detalles del alzamiento popular con Haydée Santamaría y otros dirigentes nacionales. Fracasado el intento por la detención de treintaicinco revolucionarios en una casa del reparto Buenavista, Ríos y Del Sol pudieron desmovilizar a los marinos sin despertar sospechas del servicio de inteligencia batistiano.

Vinieron meses de extrema cautela hasta que de nuevo fue designado por Ríos para representarlo en la reunión que se efectuaría en el motel de Manacas, a fines de agosto. Llegado el día intercambió con un viejo conocido, el exalférez Dionisio San Román y otros revolucionarios sobre los planes de alzamiento.

La mañana del 5 de septiembre, el sanitario Francisco del Sol Díaz concurrió a Cayo Loco para incorporarse al levantamiento nacional. Lo designaron junto al sargento Galo Mederos para encabezar a los marinos y civiles del 26 de Julio que saldrían temprano a tomar la jefatura de la Policía Nacional. Al fracasar el factor sorpresa entablaron combate. La llegada de los refuerzos al mando de Miguel Merino y Dimas Martínez provocó la rendición de los policías del tirano. Entonces él integró la dirección del grupo revolucionario. De inmediato trasladaron a los policías prisioneros a Cayo Loco y comenzaron el reparto de las armas ocupadas entre los cientos de cienfuegueros que se habían sumado.

Alrededor de las doce del día, fue uno de los jefes que organizó la defensa de la Estación de la Policía. Al frente de este baluarte rebelde quedó el teniente Julio Messer. Después rechazaron el avance del Tercio Táctico de Santa Clara. Desde el

local de la Policía Nacional ofrecieron tenaz resistencia a las fuerzas de la tiranía durante toda la tarde. Francisco derrochó coraje ante el numeroso contingente de fuerzas enemigas que se lanzó al asalto de la jefatura; lograron rechazarlos con grandes pérdidas, incluida la del comandante Luis Seijas.

El desigual combate se extendió hasta entrada la noche cuando el reducido grupo rebelde cayó prisionero. Unos estaban en las celdas y otros, como Francisco del Sol Díaz, parados en el patio de la instalación policial, donde fue ametrallado a mansalva.



Juan Suárez del Villar y del Sol



De manera paulatina fue creciendo en él un sentimiento de rebeldía y una actitud de rechazo a la represión desatada por el régimen batistiano.

Cuando el matrimonio Suárez del Villar y Del Sol disfrutaba de cierta solvencia económica debido a la buena marcha de su pequeño negocio en la ciudad portuaria de Cienfuegos, nació su hijo Juan. El alumbramiento se produjo el 27 de marzo de 1929.

La infancia del niño transcurrió con las comodidades propias de personas de la pequeña burguesía cienfueguera.

De ahí que la los grados primarios y parte de la secundaria la estudiara en escuelas privadas como Los Jesuitas y los Hermanos Maristas. Sin embargo, ante problemas económicos y familiares que se presentaron en el hogar, obligaron al adolescente a interrumpir la enseñanza del nivel medio superior. De forma imprevista, debió colaborar con el sustento de los suyos.

Apenas con diecisiete años, asumió la labor de repartidor de leche de la finca San Mateo a domicilio. En una bicicleta recorría, durante las madrugadas y horas de la mañana, gran parte de la ciudad por un salario relativamente bajo. Con puntualidad entregaba los lácteos a los clientes. Los dueños de la lechería le facilitaron obtener la licencia de chofer para que operara uno de sus camiones de reparto.

Por esa época mantenía relaciones amorosas con la joven Nérida Figueredo Acosta. No demoraron sus nupcias. De esa unión amorosa nacieron sus hijos Rita María, Juan Antonio y Guadalupe.

El joven chofer, disciplinado, respetuoso y afable, que simpatizaba con el movimiento ortodoxo, quedó impactado ante la dictadura instaurada el 10 de marzo de 1952. En él fue creciendo de manera paulatina un sentimiento de rebeldía y una actitud de rechazo a la represión desatada por el régimen batistiano contra los estudiantes y obreros que en las calles protestaban por la situación reinante.

A partir de 1955, adoptó una posición expresa de rechazo a la tiranía, puesta de manifiesto en su destacada participación durante la huelga azucarera de diciembre de ese año.

Ya en 1956, se integró al Movimiento 26 de Julio de Cienfuegos. Al inicio se dedicó a la recogida de fondos para la organización, a la propaganda revolucionaria y al traslado de explosivos sustraídos de las canteras y de las obras de la hidroeléctrica del Hanabanilla.

Enfrascado, como de costumbre, en la distribución de la leche de San Mateo, estaba el amanecer del 5 de septiembre de 1957. En las calles se enteró de la toma de Cayo Loco. De inmediato se dirigió al Distrito Naval del Sur donde inter-

cambió con sus jefes Pedro Aragonés y Pedro Olascoaga. De inmediato recibió un arma y municiones. Luego participó en el ataque y toma de la jefatura de la Policía Nacional.

Juan Suárez del Villar permanecía en el parque Martí con otros miembros del M-26-7 cuando, cerca de las doce del día, llegó la noticia del avance del Tercio Táctico de Santa Clara sobre las posiciones rebeldes. Entonces se unió al grupo encabezado por Olascoaga y entró al colegio San Lorenzo para ubicarse al mando del alférez Dimas Martínez.

Siguiendo órdenes de los jefes militares, tomó posición en la azotea del centro escolar. Desde ese lugar, combatió a las fuerzas terrestres de la tiranía y disparó contra los aviones que ametrallaban el parque. Alrededor de las tres de la tarde, el certero disparo de un francotirador del ejército le produjo la muerte.



Froilán Pastor Sust Valdespino



En la organización fidelista realizó diversas tareas y apoyaba las protestas en las calles organizadas por los sectores obreros y estudiantiles.

En el seno de una familia obrera, nació Froilán Pastor el 6 de agosto de 1927, en Trinidad. Todavía muy pequeño, los padres presionados por las penurias económicas, pasaron a residir a Placetas, donde el niño cursó los estudios primarios en una escuela pública.

Alrededor de 1938, se trasladaron para la ciudad portuaria de Cienfuegos buscando un salto de avance en sus

vidas. Acá, Pastor matriculó en la Escuela Intermedia Superior. Logró concluir satisfactoriamente el noveno grado.

A la sazón, se vinculó al cuerpo de bomberos como voluntario, ya que no había plaza fija. Buscó asegurarse de un mejor futuro mientras iba forjando gran sentido del deber y de la disciplina, junto a esa gente común y de buena conducta. Pasados unos años lo aceptaron como chofer de los carros bombas. En eso ocurrió el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, y de inmediato mostró su oposición a la dictadura.

Por entonces comenzó a trabajar en el garaje ubicado en Castillo y Santa Isabel. Corrían momentos difíciles, el salario apenas alcanzaba para vivir y pasó a laborar en la llamada Feria Mexicana hasta 1955, año de constantes protestas estudiantiles y obreras en Cienfuegos. En no pocas ocasiones participó en ellas y se destacó, sobremanera, en la huelga azucarera de diciembre, que paralizó la ciudad. Varias veces resultó fuertemente golpeado y detenido.

Volvió a cambiar de trabajo, Sust Valdespino firmó contrato con los dueños del hotel y restaurante La Catalana. Por entonces ingresó al Movimiento 26 de Julio. Realizó diversas tareas y apoyaba las protestas en las calles organizadas por los sectores obreros y estudiantiles. El nacimiento de su hija lo colmó de felicidad, pero en nada disminuyó su entrega a la causa revolucionaria.

Al poco rato de caer Cayo Loco en manos de los conspiradores del M-26-7, el 5 de septiembre de 1957, se incorporó al levantamiento popular. En la artillería del Distrito le entregaron un fusil M-1, e integró el grupo, cuya misión consistía en tomar la jefatura de la Policía Nacional. Él iba manejando el camión que trasladaba a los revolucionarios. Luego avanzó con un pequeño número de rebeldes hacia el cuartel de bomberos para atacar por la retaguardia el recinto policial. Al rendirse los policías, quedó atrincherado con algunos rebeldes en la unidad de los bomberos.

Con la llegada de los soldados del Tercio Táctico de Santa Clara a la zona del parque Martí, el grupo en el que se encontraba Pastor empezó nuevamente a combatir. Todo el mediodía

repelieron los sucesivos avances del enemigo. Al llegar la tarde, los bastiones rebeldes se vieron rodeados por fuerzas superiores del ejército que, desde los edificios aledaños les disparaban con precisión. En la azotea del cuerpo de bomberos Froilán Pastor Sust Valdespino defendió su posición hasta que la descarga de un francotirador lo hirió de muerte. Cuando los compañeros que combatían a su lado trataban de bajarlo, falleció en esa parte del edificio.



Galo Tiel Delgado

Trabajaba con el coordinador del 26 en la distribución de propaganda y de enlace con las estructuras municipales del movimiento, aprovechando su fachada de viajante comercial.

El 16 de noviembre de 1906 nació Galo Tiel Delgado, en el poblado de Colón, centro comercial y ferroviario de una importante zona azucarera de la provincia matancera. En escuelas públicas de su pueblo natal cursó los seis grados del nivel primario.

Sucedía la Primera Guerra Mundial, cuando los Tiel-Delgado decidieron residir en la ciudad portuaria de Cienfuegos, cuya actividad económica

estaba favorecida por el alza de los precios del azúcar en el mercado mundial.

Galo inició su vida laboral en la esfera del comercio, siendo aún adolescente. Había dejado los estudios para apoyar a los padres en el mantenimiento de la familia.

A los veinte años, ya con conciencia de la situación del país, participaba en protestas y huelgas obreras. Desde la instauración del gobierno de Gerardo Machado el activismo político venía creciendo notablemente. Ingresó en la organización opositora ABC, que encabezaba en Cienfuegos el intelectual Pedro López Dorticós. Integró su ala más radical y defendió la vía armada para derrocar la tiranía. Sufrió la represión policial por sus ideas revolucionarias. En varias ocasiones lo detuvieron acusado de realizar sabotajes.

Al ser derrocado el dictador Gerardo Machado, gozaba de gran prestigio, vinculado a los sectores más nacionalistas de Cienfuegos; participaba con discreción en las luchas políticas. Durante esos años se desempeñaba en la actividad de comercio minorista. Con el paso del tiempo fue un reconocido viajante de ese sector en Las Villas.

Desde el 8 de diciembre de 1937, estaba casado con Hortensia de León Águila. De ese enlace matrimonial habían nacido tres hijos varones: Rodolfo, Roberto y Galo; los últimos, mellizos.

Con el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, se opuso a la dictadura de Fulgencio Batista, quien nuevamente pisoteaba los ideales patrióticos, nacionalistas y constitucionales de los combatientes de su generación. Partidario de la lucha armada como única forma de derrocar la tiranía y restituir la Constitución de 1940, estableció contactos con los grupos insurreccionales de Aureliano Sánchez Arango y Rafael García-Bárceñas, sin lograr alcanzar los resultados concretos que esperaba.

Años más tarde, a través del farmacéutico Rigoberto García Flores, coordinador del Movimiento 26 de Julio en Cienfuegos, ingresó a la organización revolucionaria. Trabajaba con él en la distribución de propaganda y de enlace con las estructu-

ras municipales del 26, aprovechando su fachada de viajante comercial.

En 1957, formó parte de la célula del MR-26-7 de exmilitares y personas de experiencia en la lucha antimachadista. Junto a Galo Tiel estaban, en la misma célula, Julio O'Burque, Tomás Toledo, Heriberto Zurbarán y otros compañeros de respetada trayectoria en la clandestinidad. En la casa de O'Burque se acuarteló en varias ocasiones en espera de la orden de avanzar hacia el Distrito Naval del Sur.

Cuando Cayo Loco fue tomado en la mañana del 5 de septiembre, Galo Tiel y el resto de su grupo recibieron el armamento para combatir la tiranía. Raudos salieron a atacar la jefatura de la Policía Nacional, ubicada en un lateral del edificio del Ayuntamiento municipal, que cayó en manos rebeldes pasadas las diez de la mañana. Cientos de pobladores cienfuegueros pugnaban por obtener una de las armas arrebatadas a los policías que trasladaban a Cayo Loco. Ese respaldo popular lo entusiasmó sobremanera, y en el parque Martí permaneció adiestrando a los civiles en el manejo de las armas, a pesar de que ninguna noticia llegaba sobre acciones en otros lugares del país. Lejos de amilanarse, Galo mantuvo una actitud combativa que contagiaba a los demás.

Al mediodía, tomó posiciones en la jefatura de la Policía para repeler el avance del Tercio Táctico de Santa Clara. Con Luis Pérez Lozano, Tomás Toledo, Alberto Mora y otros combatientes, disparó, desde la parte alta del Ayuntamiento, sobre las fuerzas batistianas que eran obligadas a retroceder. Después Galo, Toledo, Mora y Luis Pérez subieron a la azotea y dispararon a los aviones que ametrallaban los focos de resistencia rebelde.

Durante toda la tarde y hasta el anochecer combatieron a los numerosos soldados que habían enviado a eliminar los reductos revolucionarios de esa parte de la ciudad sublevada. Sin posibilidades de romper el cerco y con pocas municiones para sus fusiles, los combatientes sostuvieron el fuego hasta que la Estación de la Policía resultó tomada por las fuerzas contrarias en horas de la noche. Se ocultaron primero en

la azotea y al amanecer trataron de escapar del edificio, pero fueron descubiertos. Tras un breve forcejeo, los soldados asesinaron en la azotea a Galo Tiel, Tomás Toledo y Luis Pérez Lozano, el 6 de septiembre.



José Joaquín Toledo Alonso



Mostró insatisfacción ante la situación difícil provocada por los auténticos, de igual manera rechazó el golpe de Estado del 10 de marzo, pues figuraba entre las personas del cuerpo naval con ideas democráticas y constitucionalistas.

A fines de 1916, matrimonio de Adolfo Toledo y María Alonso residía en uno de los barrios pobres de la urbe portuaria de Cienfuegos. El 16 de diciembre nació en esta ciudad, su hijo José Joaquín.

Transcurrió su infancia entre personas pobres dedicadas a las faenas del mar. Aprendió José Joaquín las primeras

letras y números en la escuela pública del barrio de pescadores del Castillo de Jagua. Luego continuó hasta cuarto grado en el modesto centro escolar del reparto costero de Bonneval, lugar vinculado a la labor de pesca de su padre y donde habían fijado su domicilio.

Cuando el niño José Joaquín apenas tenía nueve años, debió contribuir a la economía del hogar. Sin poder estudiar comenzó a trabajar en diversos establecimientos comerciales. Logró cierta estabilidad laboral al encontrar empleo en un comercio dedicado al trasiego de leche. En esos momentos aprendió a manejar vehículos automotores y pronto empezó a fungir como chofer voluntario del cuerpo de bomberos de Cienfuegos.

El enfrentamiento al eje fascista Roma-Berlín-Tokio significó la entrada de Cuba en la Segunda Guerra Mundial y el llamado a las fuerzas armadas de muchos cubanos, por tal razón, en febrero de 1941, ingresó en la Marina de Guerra; en el Distrito Naval del Sur, lo ubicaron como camarero. A los pocos meses, ese mismo año, contrajo matrimonio con Iluminada Gelpí. La familia creció con el nacimiento de dos hijos: Gastón y José Joaquín.

Era un marino de procedencia humilde que mostró insatisfacción ante la situación difícil del país provocada por los gobiernos auténticos, de igual manera rechazó el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, pues figuraba entre las personas del cuerpo naval con ideas democráticas y constitucionalistas. No lo hizo de forma pública como el alférez Roberto Roque Núñez, en Cayo Loco, ni como amplios sectores populares en el Ayuntamiento, sino se manifestó con mucha cautela, actitud semejante a la de sus viejos amigos de la Marina, Francisco del Sol y Ernestino Colina.

A partir de la asonada militar batistiana, el afable y disciplinado marinero cerró fila entre los opositores de Cayo Loco e integró, pasado el tiempo, el grupo de conspiradores vinculados al M-26-7 que dirigían Santiago Ríos y Francisco del Sol.

En las primeras horas de 5 de septiembre de 1957, participó en la toma del Distrito Naval del Sur y cumplió diversas mi-

siones encomendadas por el cabo Santiago Ríos, el sanitario Francisco del Sol, el exalférez Dionisio San Román y el líder del M-26-7 Julio Camacho Aguilera. A partir de la rendición de la jefatura de la Policía Nacional integró el grupo que bajo el mando del alférez Dimas Martínez, tomó posiciones en el colegio San Lorenzo junto a los miembros del M-26-7 encabezados por Pedro Olascoaga.

Derrochó valentía mientras rechazaba los ataques de las tropas gubernamentales, desde el mediodía hasta altas horas de la noche. La superioridad numérica del ejército se impuso ante la resistencia de algo más de una decena de marinos que defendían el último baluarte de la rebelión popular. Entre los combatientes hechos prisioneros en el colegio San Lorenzo y luego asesinados se hallaba el respetado marinero José Joaquín Toledo Alonso.



Tomás Domingo Toledo Benítez



Quizás, con más razón, la felicidad por el nacimiento de su hija Xiomara, el 7 de abril de 1952, le hizo percatarse de la necesidad de oponerse al régimen, por la vía armada.

El hogar del carbonero Tomás Toledo Sarmiento y la ama de casa María del Carmen Benítez Pérez sonrió el 24 de enero de 1927 con el nacimiento de su hijo Tomás Domingo.

Los primeros años de vida del pequeño, junto a sus hermanos Francisco, Isabel, Georgina y Ramón, transcurrieron en medio de la pobreza y escasez de los sectores pobres de Cienfuegos. Eran los difíciles

años de la dictadura de Gerardo Machado cuando inició la enseñanza primaria en la escuela pública del barrio Marsillan. Al aprobar el sexto grado tuvo que abandonar los estudios y trabajar como sucedía con los niños de familias humildes.

Siendo adolescente se desempeñó en diversas faenas eventuales antes de lograr un contrato fijo en uno de los establecimientos de depósitos de galletas. Pronto aprendió a manejar y logró que los dueños lo emplearan como chofer del camión de reparto. Poco a poco, el joven empleado fue alcanzando una conciencia democrática y nacionalista. Simpatizaba con el discurso progresista de Ramón Grau San Martín. Años después, Tomás Toledo ingresó en la Policía Marítima, cuerpo de la Marina de Guerra donde el Partido Auténtico local tenía algunos seguidores.

El último día de diciembre de 1948, contrajo matrimonio con Dolores Galindo Mollinea. Vino un periodo de felicidad conyugal y estabilidad económica en el hogar. El 25 de octubre de 1950 nació su hija Rafaela.

La sedición militar del 10 de marzo de 1952, que instauró en el poder a Fulgencio Batista, alteró el ritmo de la vida del policía Tomás Toledo Benítez. Desde un inicio, mostró total desacuerdo con la violación de la Constitución de 1940. Por suerte, el nacimiento de su hija Xiomara, el 7 de abril de 1952, le trajo felicidad en esos meses de incierto futuro. Quizás, con más razón, fue de los que se percataron de la necesidad de oponerse al régimen por la vía armada. Macín, como era nombrado por muchos, pronto integró el grupo insurreccional cienfueguero vinculado a la clandestina Triple A de Aureliano Sánchez Arango. En esa misma época, marinos de baja graduación en Cayo Loco habían conformado otro núcleo conspirativo relacionado con esa organización.

Al igual que le sucedió a los marinos Alberto Villafaña Claro, José Delgado y el alférez Dionisio San Román, el policía marítimo Tomás Toledo fue separado de la Policía Marítima por alta conveniencia del servicio. A partir de ese momento, le resultó difícil mantener a la familia y solo podía encontrar

trabajos eventuales en Cienfuegos. Sin embargo, no dejó de conspirar contra la tiranía.

En los primeros meses de 1956, ingresó en el Movimiento 26 de julio a través de su amigo y exmilitar Julio O'Burke. Posteriormente estaba al frente de una célula de exmilitares que contaba con algunos miembros en activo de la Policía Marítima. Solo él tenía enlace con los conspiradores de Cayo Loco, a través del cabo Ríos y Julio O'Burke.

En la madrugada del 5 de septiembre de 1957, Tomás Toledo recibió un aviso para acuartelarse con su gente. Se despidió de sus pequeñas hijas y de la esposa, que tenía seis meses de embarazo. En medio del emotivo momento, le recordó a ella su deseo de tener un hijo varón y nombrarlo Fidel. Sonrieron ambos. Él caminó hacia la casa de Julio O'Burke con la preocupación del conspirador que había visto fracasar los intentos de alzamiento anteriores.

Junto a otros combatientes de su célula del M-26-7 entraron temprano a Cayo Loco, ya estaba tomado el lugar por el cabo Ríos y los marinos revolucionarios. También fueron llegando miembros de la Policía Marítima que habían apoyado al sargento Ríos Mayea en la toma de esa instalación naval. Integró los refuerzos que debían apoyar la rendición de la jefatura de la Policía, donde había fallado el factor sorpresa y se combatía. El enclave policial se rindió sobre las diez de la mañana. Toledo Benítez participó en la entrega de las armas ocupadas a los cientos de ciudadanos unidos a la insurrección.

Ante las noticias del avance del Tercio Táctico de Santa Clara hacia el parque Martí, tomó posiciones en el edificio del Ayuntamiento. Subió a los pisos superiores de la jefatura de la Policía con Tiel, Pérez Lozano, Mora y otros compañeros. Desde ahí combatieron, durante la tarde y parte de la noche, a las fuerzas batistianas. Cercados por las tropas enemigas, continuaron disparando. No demoró que el enemigo ocupara el lugar. Sin posibilidades de escapar, decidieron esconderse en la azotea del edificio, pero al tratar de salir al amanecer del día 6, fueron sorprendidos por los esbirros. Tomás Toledo Benítez resultó asesinado de inmediato junto a Tiel y Pérez Lozano.



José Ramón Funes Rodríguez



Sin amilanarse, en meses de persecución policial, participó en varios sabotajes al tendido eléctrico e hicieron estallar petardos en lugares previamente seleccionados.

Nació en 1938 en la ciudad de La Habana. Su niñez y juventud pasaron en un medio de limitados recursos económicos. Años de escaseces y pobreza marcaron su vida desde que empezó a asistir a la escuela pública para cursar la enseñanza primaria. Concluyó el sexto grado y no pudo continuar los estudios.

En el consultorio Guzmán, situado en la Manzana de Gómez, cercano al edificio del

Capitolio y al Paseo del Prado, comenzó su vida laboral muy joven aún. En esos tiempos se vinculó a las luchas políticas.

En 1950 se integró a la Juventud del Partido Socialista Popular en la barriada obrera de San Miguel del Padrón. Participó en diversas actividades. Al producirse el golpe de Estado de Fulgencio Batista radicalizó sus ideas paulatinamente. Se relacionaba con jóvenes partidarios de la lucha armada como vía para restituir la Constitución de 1940 y acabar con la situación de crisis en que vivía el país.

Ingresó a las filas del Movimiento 26 de Julio en el año 1957. Con los miembros de su célula clandestina, realizó diversas acciones de propaganda, principalmente en la Calzada de Güines y otras calles céntricas de su municipalidad. Debíó extremar las precauciones ante la ola represiva y la vigilancia policial que siguieron al asalto del Palacio Presidencial y a los asesinatos de los líderes estudiantiles, en Humbolt 7. Sin amilanarse, en esos meses y en los venideros, Funes y sus compañeros sabotearon varias veces el tendido eléctrico e hicieron estallar petardos en lugares previamente seleccionados.

El 4 de septiembre de ese año participó en una reunión en Calzada de Güines No. 66 entre las calles Perkins y Mayor, donde se le informó sobre los planes de alzamiento para el día siguiente y el lugar de acuartelamiento.

Alrededor de las seis de la mañana del día 5, Funes estaba entre los que se agruparían en la Escuela de Comercio de La Habana, al mando de Arsenio Franco Villanueva y con la misión de atacar el cuartel de la Policía Radio Motorizada. Todos los miembros del M-26-7 desconocían que la acción había sido pospuesta por los altos oficiales complotados de la Marina de Guerra.

Sobre las seis y treinta, Otto Díaz García pasó a recogerlo en el lugar de acuartelamiento para informarse de lo que ocurría. En un automóvil marca Plymouth del año 1951, color verde, manejado por Armando Gamboa Mouriz, salió con Otto, Raúl Marcuello Barrios y Félix Laguardia Tamayo. Funes iba al lado del chofer. Todos portaban armas cortas.

Un inusual patrullaje de las perseguidoras de la Policía Nacional provocó un tiroteo con otro automóvil en el que viajaban sus jefes Arsenio Franco y Armando Cubría. Estos pudieron eludir a los esbirros batistianos. Sin embargo, el vehículo en el que iban Funes y demás militantes del movimiento enfrentó a dos perseguidoras y dos motos policiales en la calle Ayestarán y Desagüe.

Bajo una intensa balacera trataron de abrirse paso. Laguardia y Marcuello murieron en el mismo auto, en la parte posterior, mientras Otto Díaz y Gamboa pudieron bajarse y disparar contra los enemigos. Funes tomó el volante e intentó irse por la acera, luego se lanzó del carro. En la tentativa de romper el cerco fue herido, pero logró esquivar a los enemigos. Lo mismo le sucedió a Otto. Sin embargo, Armando Gamboa cayó en desigual combate frente al Royal Bank of Canadá.

José Funes salió de la zona en un automóvil de alquiler; se escondió en una casa de la Habana Vieja y ese mismo día lo capturaron esbirros al mando del connotado asesino de la Policía, coronel Lutgardo Martín Pérez Molina. Lo sometieron a crueles torturas y posteriormente lo ametrallaron. Su cadáver destrozado fue tirado en el cementerio del poblado de Tapaste.



Armando Gamboa Mouriz



No era extraño oírlo opinar sobre Juan Jacobo Rousseau, José Ingenieros y los clásicos del marxismo leninismo. De ahí la relación que estableció, desde 1950, con miembros del Partido Socialista Popular.

Nació el 24 de marzo de 1935 en un lugar conocido como San Agustín, en el barrio de Párraga, en La Habana. Su padre era el ciudadano mejicano Armando Gamboa Camboaseda y la madre la cubana Odilia Mouriz Valdés. Con apenas unos meses de nacido, la familia fijó su residencia en el reparto El Globo del poblado de Calabazar, cercano a Santiago de las Vegas.

El niño creció en el seno de una familia humilde, su padre se desempeñaba como zapatero. Las primeras letras las aprendió en el centro escolar de esa barriada. Era un chiquillo inteligente, retozón y de temperamento inquieto.

Cursaba los últimos años de la enseñanza primaria y ya aprendía el oficio del padre, quien tenía montada una pequeña fábrica artesanal para confeccionar zapatos. Cada día, al terminar las clases, se le veía entregarse al trabajo de la zapatería. En ese ambiente de responsabilidad, disciplina y bajo la influencia de su padre, forjaba un pensamiento nacionalista y solidario con el pueblo mejicano despojado de sus tierras por la política expansionista norteamericana.

Inició la primaria superior en la Academia Richard. Era fiel amante de la lectura, preferiblemente de temas históricos y sociales, aunque le gustaba intercambiar opiniones sobre textos de disímiles enfoques. No era extraño oírlo opinar sobre Juan Jacobo Rousseau, José Ingenieros y los clásicos del marxismo leninismo. De ahí la relación que estableció desde 1950 con miembros del Partido Socialista Popular.

Al no disponer de recursos para sufragar los estudios, trabajó desde muy joven en la reparación de calzados, aunque apenas lograba el mínimo sustento. Sin embargo, la situación precaria no lastimó su carácter alegre, su afición por el baile y los deportes. También le gustaba pescar y jugar a la pelota con sus amigos, en las horas libres.

Corrían los años en que Eduardo Chibás denunciaba la corrupción administrativa y movilizaba a la ciudadanía bajo el lema “Vergüenza contra dinero”. Pronto Gamboa se convirtió en admirador del líder ortodoxo y expresó dolor ante su pérdida. Por eso al producirse el golpe de Estado de Batista el 10 de marzo de 1952, manifestó su desacuerdo y empezó a acercarse a los jóvenes opositores de Calabazar; pero no integró ningún grupo insurreccional vinculado al Partido Auténtico.

Sus simpatías se inclinaron hacia la Generación del Centenario, tras los sucesos del 26 de julio de 1953. Conocía a muchos jóvenes del poblado de Calabazar que participaron en el

ataque al Moncada. Gran influencia ejercía sobre los jóvenes de su comunidad, el revolucionario René Bedia Morales.

A inicios de 1956 integró al M-26-7 en su poblado. Gente de procedencia obrera y campesina eran los militantes de ese grupo clandestino de Calabazar. Desde el principio se distinguió en las brigadas de Acción y Sabotaje. Ya lo conocían en el barrio por su valentía. De ahí que protagonizara, en estrecha cooperación con Marcelo Plat y Enrique Hart Dávalos, el asalto a la finca de Feíto y Cabezón, donde lograron apoderarse de buen número de armas que utilizaban en las prácticas de tiro connotados jefes y esbirros de la tiranía.

Su vida se tornó totalmente clandestina. Los cuerpos represivos no cesaban de buscarlo. Solo en una ocasión pudo visitar a sus padres: el 4 de septiembre de 1957.

Un día después, formó parte de los miembros del 26 de Julio acuartelados para secundar el levantamiento nacional. Antes de las seis de la mañana llegó a la Escuela de Comercio para unirse a otros revolucionarios que debían esperar el aviso para la toma de la Policía Radio Motorizada de La Habana.

La impaciencia de Armando Gamboa por llevar adelante la misión, sin más retardos, lo acercó a otros complotados para recabar información. Luego salió en un automóvil junto con Otto Díaz, José R. Funes, Félix Laguardia y Marcuello.

Tantas personas que formaban parte del alzamiento en los alrededores del bar Rock and Roll, provocó la delación a la policía. El auto en el que viajaban Arsenio Franco y Armando Cubría intercambió disparos con un carro patrullero pero pudieron escapar.

Entre tanto, el automóvil que Gamboa conducía y en el que iban Díaz, Funes, Laguardia y Marcuello por la céntrica Calzada de Ayestarán sorteando el peligro, enfrentó a esbirros armados de ametralladoras en la intersección con la calle Desagüe. Desde dos perseguidoras y dos motocicletas le cerraron el paso y dispararon. Murieron en el desigual combate Marcuello y Laguardia. Los demás trataron de romper el cerco policial: Otto Díaz y Armando Gamboa se bajaron del auto, mientras Funes tomó el timón y avanzó por

la acera para luego seguir caminando. En la balacera resultaron heridos Funes y Gamboa. Todos siguieron disparando empeñados en su afán de escapar, convencidos de que encontrarían la muerte en caso de caer en manos de los esbirros. Gamboa, sin detenerse, disparó hasta morir.



Raúl Marcuello Barrios

La actividad clandestina lo obligó a cambiar constantemente de apartamento. Se le localizó viviendo en Santos Suárez, Luyanó y Guanabo entre inicios de 1956 y mediados de 1957.

En la calle San Antonio No. 362 entre Martí y Santa Ana en el municipio de Guanabacoa, en la llamada Villa de Pepe Antonio, vivía el matrimonio de Raúl y Patria. Allí nació el 18 de enero de 1940 el único niño de la pareja. Como fue varón no tuvieron que pensar mucho en cómo llamarlo, lo inscribieron con el nombre de su padre.

Al cumplir los cuatro años fue matriculado en el colegio Antiguos Escolapios de su pueblo natal. Más tarde lo trasladaron al colegio Lancha donde cursó la enseñanza primaria. En la Academia Creg de la ciudad de La Habana continuó los estudios. Era un niño callado, aunque de carácter enérgico y jovial.

Para su familia no fue diferente la crítica situación económica en que vivía el país y eso lo obligó a desempeñarse desde los doce años como ayudante en los carros de refresco de la Royal Crow y de la Pepsi Cola, de esa manera pudo concluir sus estudios. Más tarde, fue dependiente de la ferretería La Internacional.

Matriculó entonces en la Escuela de Comercio, situada en la calle Ayestarán, y como alumno de ese centro, participó en las luchas estudiantiles. Por sus firmes principios cívicos y carácter rebelde, se destacó entre los alumnos de su institución por el enfrentamiento a los problemas del país. Ingresó en las filas de la Juventud del Partido Ortodoxo y se tornó significativa su presencia en los actos públicos de denuncia contra la tiranía de Batista.

Fue un trabajador responsable, puntual y de buenos modales en la ferretería. Luego consiguió empleo en la tienda El Encanto ubicada en la calle Galiano entre San Rafael y San Miguel.

Con el paso del tiempo se acercó a las posiciones revolucionarias de los seguidores de Fidel Castro. Eso lo llevó a ingresar en el M-26-7 y posteriormente integrar los grupos de acción bajo el mando de Gilberto Betancourt que, entre otras misiones, regaban “fósforo vivo” en el cine Payret y prendían fuego a la instalación de Piensos Hatuey, en la carretera de Guanabacoa. Con mucha disposición, Marcuello cumplía diversas acciones: reparto de propaganda, venta de bonos y recogida de fondos antes de entrar en la Brigada de Acción y Sabotaje que dirigía Arsenio Franco y Armando Cubría.

En su célula revolucionaria militaban varias jóvenes que había conocido en la Escuela de Comercio, uno de ellos fue Otto Díaz García, dirigente estudiantil del plantel. El jefe del

grupo del M-26-7 al que se subordinaba la célula era Franco Villanueva, quien mantenía estrechas relaciones con Faustino Pérez, uno de los jefes nacionales del M-26-7 en el llano.

La actividad clandestina lo obligó a cambiar constantemente de apartamento. Se le localizó viviendo en Santos Suárez, Luyanó y Guanabo entre inicios de 1956 y mediados de 1957. Siempre insistía en marchar a la Sierra Maestra para luchar junto Fidel.

El 4 de septiembre de 1957 recibió la orden de acuartelamiento. Antes de las seis de la mañana del día 5, concurrió a la Escuela de Comercio donde se concentró su grupo. En ese lugar le plantearon que su misión consistía en tomar la Radio Motorizada, como parte de un plan de alzamiento nacional coordinado con elementos contrarios a Batista dentro de las fuerzas armadas. El M-26-7 en la capital movilizó un número considerable de conspiradores en diversos lugares. Uno de los grupos concentrados en los alrededores del bar Rock and Roll se hizo sospechoso y fue delatado a la policía. Pronto una perseguidora trató de detener el auto en el que viajaban Arsenio Franco, Armando Cubría y otros combatientes, estos dispararon sobre los esbirros e iniciaron la fuga que pudieron lograr.

Casi simultáneamente, otro auto conducido por Armando Gamboa, en el que se trasladaban Marcuello, Otto, Funes y Laguardia, cansados de esperar y con el objetivo de saber por qué tardaba el inicio de la operación, resultó interceptado en Ayestarán y Desagüe, por los policías de dos carros patrulleros armados de ametralladoras y los dos que venían en igual número de motocicletas. Comenzó un desigual enfrentamiento y en la violenta refriega, cayó muerto en el asiento trasero del automóvil el valiente joven que con su heroísmo marcó el camino del honor y la dignidad de los cubanos opuestos a la tiranía.



Félix Laguardia Tamayo



Casi inconsciente, los esbirros lo trasladaban rumbo al Castillo del Príncipe. Conocedor de que era un itinerario lleno de peligros, por el que muchos no llegaban a su destino, desafiando la muerte, se lanzó del auto e inició una espectacular fuga.

En el año 1938, el matrimonio de Juan Gualberto Laguardia y Haydée Tamayo Varona vivió días de mucha felicidad cuando el 7 de noviembre nació su hijo Félix. Residían en la calle San Román No. 213 del barrio habanero de Atarés. En el humilde hogar creció el niño, cuya piel bien bronceada, justificaba el mestizaje de los cubanos.

En la Escuela Pública No. 59, ubicada en la concurrida esquina de Tejas, cursó los estudios primarios. Posteriormente matriculó en la Academia Arteche, en la calle Príncipe, entre San Ramón y Omoa en la misma barriada de su domicilio. Pero su familia no contaba con los recursos necesarios para que continuara.

A los catorce años, el Indio, como le decían, se inició en el aprendizaje de auxiliar de maquinista de la imprenta Editorial Garantía, en la calle San Ignacio. El carácter eventual del trabajo lo llevó a laborar en el jardín Sevilla Garden de 21 y 10, en el aristocrático barrio del Vedado.

Fue un joven inteligente, honesto y decidido, rápido formó parte de los ciudadanos opuestos al gobierno dictatorial de Batista y a su camarilla corrupta. Después de fundado el M-26-7 en el Vedado se unió a una célula clandestina a través de José Ramón Rodríguez López. Pronto se destacó en las actividades de propaganda y sabotajes junto a Jesús Portela, Chuchú; Guido Fuentes y otros combatientes encubiertos. Por su reconocida labor, lo designaron al frente de una Brigada de Acción y Sabotaje en el Vedado, donde residía por ese tiempo, con su madre y hermanos en el edificio Berta de la calle 17 No. 1061 entre 12 y 14.

La intensa faena revolucionaria de Laguardia levantó sospechas entre los esbirros, quienes estrecharon la vigilancia sobre el joven y en la madrugada del 29 de julio de 1957, irrumpieron de forma aparatosa en su domicilio. Al preguntar por el Indio, nadie respondió, solo asumió su identidad en el instante de sentirse amenazado con que detendrían a su madre. Lo condujeron a la Quinta Estación, cuyo jefe era el asesino Esteban Ventura Novo. Este ordenó a sus esbirros que lo torturaran sin descanso; pero ni una palabra sacó de sus labios mientras cubrían su cuerpo de golpes y heridas sangrantes.

Casi inconsciente, lo montaron en un carro policial para trasladarlo al Castillo del Príncipe y ponerlo a disposición del Tribunal de Urgencias de La Habana. Conocedor de que haría un itinerario lleno de peligro, por el que muchos revolucionarios no llegaban a su destino, desafiando la segura muerte, se

lanzó del auto e inició una espectacular fuga. El éxito acompañó al audaz militante del M-26-7. Con astucia y valentía burló la tenaz persecución de sus captores. Llegó a la casa de unos tíos en el barrio de la Víbora, luego de contactar a su madre. En ese lugar supo del asesinato de Frank País y Raúl Pujol en Santiago de Cuba, entonces pasó a la total clandestinidad. En cuanto recuperó su salud volvió a integrarse a la lucha.

El 4 de septiembre de 1957 fue uno de los revolucionarios convocados por Arsenio Franco —siguiendo instrucciones de Faustino Pérez— para acuartelarse al siguiente día en la Escuela de Comercio. Todavía el reloj no había marcado las siete de la mañana del día 5, y ya había arribado al centro de estudios, donde se le informó la misión a cumplir: la toma de la Radio Motorizada de La Habana, acción que formaba parte de un plan nacional que comenzaría con el ataque de los complotados en las fuerzas armadas al Palacio Presidencial, el campamento de Columbia y otras instalaciones militares.

Al no recibir aviso y comprobar tanta normalidad en La Habana, decidió salir en un automóvil con Otto, Gamboa, Funes y Marcuello. Todos ignoraban, al igual que los jefes del 26, la suspensión unilateral del inicio del levantamiento por parte de los altos oficiales complotados en la Marina de Guerra. También desconocían de la toma del Distrito Naval del Sur por marinos y civiles del M-26-7. Lo cierto es que mientras avanzaban por la calle Ayestarán y Desagüe fueron interceptados por dos patrullas de la policía, respaldadas por dos motorizadas. Rápido hubo un intercambio de disparos. En el asiento trasero del auto, Félix Laguardia Tamayo murió ametrallado con solo diecinueve años y el M-26-7 perdió a uno de sus más valientes combatientes.



Laureano Anoceto March



En 1931 demostró su rebeldía y recio carácter al secundar el alzamiento contra la tiranía machadista en la región villareña. Fue capturado en el combate librado en Seibabo, por su valiente participación.

El 4 de julio de 1910 nació en la finca Agramonte del barrio rural de Seibabo en Santa Clara, capital de la antigua provincia de Las Villas. En un hogar de campesinos y trabajadores agrícolas transcurrieron los primeros años de vida del niño.

Aprendió a leer y escribir en la escuela primaria rural, pero no pudo avanzar más allá del cuarto grado porque

debió acompañar a su padre y otros familiares en las faenas del campo. Durante la dictadura de Gerardo Machado, la pobreza lo ennegreció todo, las jornadas, de sol a sol, a pesar de ser intensas, eran cada vez peor remuneradas, en las fincas rurales de Las Villas.

En 1931 demostró su rebeldía y recio carácter al secundar el alzamiento contra la tiranía machadista en la región villareña. En el combate librado en Seibabo participó el joven obrero agrícola. En esa acción capturaron a Anoceto, fue acusado de rebelión, ante los tribunales. Ya en libertad, volvió a reintegrarse a sus labores en el campo.

Con el derrocamiento de Machado por el movimiento popular, ningún cambio se produjo en la vida de Laureano Anoceto y sus vecinos. Él había trasladado su residencia a Santa Clara y trataba de asegurar el sustento familiar en trabajos de carácter eventual. Vivían años de frustración, solo mitigados por la alegría de haberse casado y el nacimiento de sus hijos, entre ellos Eduardo, quien nació el último día de 1936 en la ciudad de Santa Clara.

Ninguno de los gobiernos surgidos tras la aprobación de la Constitución de 1940, cambió la situación de los sectores obreros y campesinos; ni hizo valer los preceptos que favorecerían a las mayorías. En realidad fueron años de un notable incremento de la corrupción política y administrativa. Por eso respaldó la prédica de Eduardo Chibás y se integró a la organización ortodoxa.

Junto a su hijo Eduardo, rechazó el golpe de Estado de Batista el 10 de marzo de 1952. Con su ascenso y el de algunos políticos a los principales cargos gubernamentales del país, pronto se esfumó todo tipo de esperanzas para la clase trabajadora.

Poco a poco fue radicalizando sus posiciones y trató de vincularse a los grupos conspirativos que surgieron en Santa Clara. En la divisoria de los años 1955 y 1956 Laureano Anoceto y su hijo ingresaron en el M-26-7.

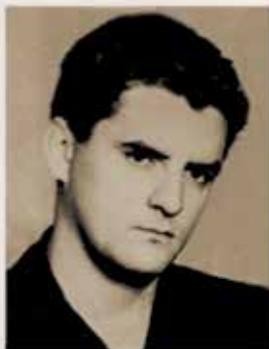
El 5 de septiembre de 1957, Laureano y Eduardo, junto a otros luchadores clandestinos, fueron acuartelados en Santa Clara. Todos debían apoyar el alzamiento nacional y a los

combatientes del 26 de Julio que debían tomar el Distrito Naval del Sur, en Cienfuegos. Alrededor de las once de la mañana, los comandos fidelistas de Santa Clara salieron a las calles comandados por Antonio Manuel Padrón, al que le decían Chichi, y Raúl Perozo. Comenzaron a cerrar los comercios, hostigar a los esbirros y obstruir las carreteras. Los Anoceto integraban esos grupos.

La represión de las fuerzas batistianas frustró el intento revolucionario en Santa Clara. Laureano y su hijo resultaron detenidos. Los torturan por varias horas y ese mismo día, los asesinaron.



Eduardo Anoceto Rega



Bajo la influencia del progenitor, un viejo combatiente contra la tiranía de Machado, fue conformando su ideario político hasta integrar las filas de la Juventud Ortodoxa y luego el M-26-7.

En 1936 los festejos navideños fueron diferentes para los esposos Anoceto Rega. El 31 de diciembre nació su hijo Eduardo, en la ciudad de Santa Clara.

La pobreza no se deshizo del pequeño. Inició la enseñanza primaria en una escuela pública y cuando todavía no la había concluido, debió abandonar las aulas, como antes le había sucedido a su

padre, para trabajar mucho antes de ser adulto. Empezó a hacer labores eventuales.

Bajo la influencia del progenitor, un viejo combatiente contra la tiranía de Machado, fue conformando su ideario político hasta integrar las filas de la Juventud Ortodoxa y luego el M-26-7. Por entonces trabajaba en uno de los cines de Santa Clara como acomodador. Paralelamente desarrollaba una activa labor clandestina, como miembro de una Brigada de Acción y Sabotaje que colocaba petardos en diversos lugares de la ciudad.

Su jefe de célula lo movilizó el 5 de septiembre de 1957, desde horas tempranas, para secundar el levantamiento armado nacional. Formó parte, junto a su padre, de los grupos encabezados por Roberto Fleitas, Manuel Padrón, Raúl Perojo y otros compañeros que esperaban el aviso para iniciar las acciones. Cerca de las once de la mañana recibieron la orden de bloquear las calles. También lograron cerrar los comercios en la parte céntrica de Santa Clara, pero las fuerzas represivas lo detuvieron junto a su padre. Ambos sufrieron brutales torturados y el propio día 5 los asesinaron.



Rubén Carrillo Sánchez



Tenía solo diecisiete años cuando integró las filas del M-26-7 e inició sus actividades clandestinas.

En Santa Clara, la ciudad capital de Las Villas, nació Carrillo Sánchez el 13 de abril de 1938. Sus padres residían en una casa modesta ubicada en un barrio alejado del céntrico parque Leoncio Vidal. Entre gente trabajadora y pobre transcurrió la infancia del pequeño.

En la escuela pública del barrio, a duras penas, solo logró vencer tercer grado. Desde muy pequeño contribuía a la economía del hogar con los céntimos que, como limpiabotas y otros

oficios eventuales, recibía. La estabilidad salarial la alcanzó siendo empleado de una pastelería.

Por esa época comenzó a tomar conciencia de la necesidad de enfrentar a la dictadura batistiana. Tenía solo diecisiete años cuando integró las filas del M-26-7 e inició sus actividades clandestinas.

El 5 de septiembre de 1957, formó parte de los miembros del M-26-7 villareño convocados para apoyar el levantamiento armado nacional. Alrededor de las once de la mañana, recibió la orden de desarrollar las acciones previstas. Poco más tarde, debió enfrentar a las fuerzas armadas de Batista que ya estaban prevenidas y frustraron el plan revolucionario de la ciudad. Los esbirros de la policía descubrieron a Rubén, por la delación del propietario del edificio donde había logrado refugiarse. Detenido, lo condujeron a las mazamorras policiales. Al día siguiente de su captura, apareció su cadáver, en la carretera de Manicaragua, destrozado por las visibles marcas de torturas.

Anexos

Tabla

Mapa

Imágenes de la historia

Mártires del 5 de septiembre

Nombres y apellidos	Natural*	Edad	Residencia
Movilizados en Cienfuegos			
1. Arturo Álamo González	Cienfuegos	20	Cienfuegos
2. Osvaldo Boch Arias	Cienfuegos	29	Lawton, La Habana
3. Juan F. Cárdenas González	Cruces, Cienfuegos	34	Cruces
4. Ernestino Colina Rodríguez	Cienfuegos	38	Cienfuegos
5. Francisco Curbelo Colina	Cienfuegos	26	Cienfuegos
6. Julián O. Chaviano González	Cumanayagua, Cienfuegos	30	Cienfuegos
7. José M. Fernández Cuadra	Cienfuegos	43	Cienfuegos
8. Rubén González Aguíar	Palmira, Cienfuegos	26	Palmira
9. Alejandro González Brito	Vereda Nueva, Artemisa	38	Vedado, La Habana
10. René de J. González Cartaya	Cienfuegos	38	Cienfuegos
11. Pedro González Díaz	Martí, Matanzas	39	Cienfuegos
12. Miguel González Yera	Cumanayagua, Cienfuegos	36	Cienfuegos
13. Ángel R. Jardín Suárez	Cienfuegos	49	Cienfuegos
14. Nicolás L. López- Viera González	Abreus, Cienfuegos	25	Cienfuegos
15. Francisco C. Martell Esquerdo	Cienfuegos	37	Cienfuegos

* El lugar de origen de los combatientes se complementa con la provincia a la que pertenece actualmente según la más reciente división político administrativa.

Ocupación	Filiación política	Causa de muerte
1. Dependiente de carnicería	MR-26-7	Asesinado
2. Marinero	PRC-A	Asesinado
3. Marinero	MR-26-7	Asesinado
4. Marinero	OA; Triple A; MR-26-7	Asesinado
5. Marinero	MR-26-7	Asesinado
6. Marinero	PPC-O; MR-26-7	Asesinado
7. Obrero	PPC-O; MR-26-7	Asesinado
8. Marinero	MR-26-7	Asesinado
9. Capitán del puerto de Cienfuegos		Asesinado
10. Sargento	MR-26-7	Asesinado
11. Marinero	PPC-O	Asesinado
12. Marinero	PRC-A	Asesinado
13. Suboficial sanitario		Asesinado
14. Marinero		Asesinado
15. Marinero		Asesinado

16.	José G. Martínez Medina	Cartagena, Rodas, Cienfuegos	24	Cienfuegos
17.	Dimas Martínez Padilla	Ranchuelo, Cienfuegos	48	Cienfuegos
18.	Galo F. Mederos Soto	Cienfuegos	38	Cienfuegos
19.	Heriberto Mederos Soto	Cienfuegos	47	Cienfuegos
20.	Gregorio Morgan Hernández	Cienfuegos	44	Cienfuegos
21.	Julio C. Pérez Gómez	Bauta, Artemisa	35	Bauta
22.	Luis C. Pérez Lozano	Cienfuegos	28	Cienfuegos
23.	Héctor Pérez Llorca	Isla de Pinos	26	Cienfuegos
24.	Rafael Quintana Lorie	Guanabacoa, La Habana	20	Guanabacoa
25.	Ibrahim Reyes García	Yaguaramas, Cienfuegos	22	Cienfuegos
26.	Alberto C. Ríos Mayea	Caibarién, Villa Clara	31	Cienfuegos
27.	Adolfo S. Rodríguez Barrisonte	Cienfuegos	33	Cienfuegos
28.	Juan G. Rodríguez Campanioni	Cienfuegos	25	Cienfuegos
29.	Carmelo Rodríguez Leyva	Cienfuegos	37	Cienfuegos
30.	Benedicto Rodríguez Risell	Cienfuegos	40	Cienfuegos
31.	Armando Rosquete Díaz	Cienfuegos	25	La Habana
32.	José D. San Román Toledo	Bauta, Artemisa	27	Bauta
33.	José R. Siverio Talavera	Cienfuegos	31	Cienfuegos
34.	Francisco del Sol Díaz	Abreus, Cienfuegos	41	Cienfuegos
35.	Juan Suárez del Villar	Cienfuegos	28	Cienfuegos

16. Dependiente de bodega	MR-26-7	Muerto en combate
17. Alférez		Asesinado
18. Sargento	OA; Triple A; MR-26-7	Muerto en combate
19. Marinero	OA; Triple A; MR-26-7	Asesinado
20. Sargento	OA; Triple A; MR-26-7	Muerto en combate
21. Marinero		Asesinado
22. Dependiente de farmacia	JC; MNR; M-26-7	Asesinado
23. Marinero	MR-26-7	Asesinado
24. Marinero		Asesinado
25. Obrero	MR-26-7	Muerto en combate
26. Sargento	OA; Triple A; MR-26-7	Asesinado
27. Marinero	OA; Triple A; MR-26-7	Asesinado
28. Marinero	PPC-O; M-26-7	Asesinado
29. Marinero		Asesinado
30. Policía marítimo	OA; Triple A; MR-26-7	Asesinado
31. Mecánico		Muerto en combate
32. Oficial Marina Mercante	Militar opositor	Asesinado
33. Marinero		Asesinado
34. Sanitario de la Marina	PPC-O; MR-26-7	Asesinado
35. Chofer de lechería	PPC-O; MR-26-7	Muerto en combate

36. Froilán P. Sust Valdespino	Trinidad, Sancti Spíritus	30	Cienfuegos
37. Galo Tiel Delgado	Colón, Matanzas	50	Cienfuegos
38. José J. Toledo Alonso	Cienfuegos	40	Cienfuegos
39. Tomás D. Toledo Benítez	Cienfuegos	30	Cienfuegos
Movilizados en La Habana			
40. José R. Funes Rodríguez	La Habana	19	La Habana
41. Armando Gamboa Mauriz	Párraga, La Habana	22	Calabazar, La Habana
42. Raúl Marcuello Barrios	Guanabacoa, La Habana	17	La Habana
43. Félix Laguardia Tamayo	Cerro, La Habana	18	Vedado, La Habana
Movilizados en Santa Clara			
44. Laureano Anoceto March	Seibabo, Villa Clara	47	Santa Clara, Villa Clara
45. Eduardo Anoceto Rega	Santa Clara, Villa Clara	20	Santa Clara
46. Rubén Carrillo Sánchez	Santa Clara, Villa Clara	19	Santa Clara

MR-26-7: Movimiento Revolucionario 26 de Julio fundado por Fidel Castro Ruz.

MNR: Movimiento Nacional Revolucionario dirigido por Rafael García-Bárceñas Gómez.

JC: Joven Cuba, organización revolucionaria seguidora de Antonio Guiteras.

PSP: Partido Socialista Popular (Comunista).

36. Empleado de comercio	MR-26-7	Muerto en combate
37. Empleado de comercio	ABC; OA; MR-26-7	Asesinado
38. Marinero		Asesinado
39. Obrero	OA; Triple A; MR-26-7	Asesinado
40. Empleado	PSP (Juventud); MR-26-7	Asesinado
41. Obrero	MR-26-7	Muerto en combate
42. Empleado	PPC-O; MR-26-7	Muerto en combate
43. Empleado	MR-26-7	Muerto en combate
44. Obrero	PPC-O; MR-26-7	Asesinado
45. Empleado	PPC-O; MR-26-7	Asesinado
46. Empleado	MR-26-7	Asesinado

PPC-O: Partido del Pueblo Cubano, (Ortodoxos), fundado por Eduardo R. Chibás.

PRC-A: Partido Revolucionario Cubano (Auténticos) encabezado por Carlos Prío Socarrás y Ramón Grau San Martín.

OA: Organización insurreccional del Partido Auténtico.

Triple A: Fracción insurreccional auténtica de Aureliano Sánchez Arango.

Cienfuegos

5 de septiembre de 1957



CUARTEL DE LA
GUARDIA RURAL

Río El Inglés

Ave. 70

Paseo del Prado

BAHÍA DE CIENFUEGOS

TOSTADERO
DE CAFÉ EL SOL

PARQUE MARTÍ

Hotel

Cayo Loco

DROGUERÍA LA COSMOPOLITA

Café Palatino

1

2

GREMIO DE CARRETONEROS
Y CAMIONEROS

Calle 23

Paseo de Arango (19)

Calle 13

La M



CUARTEL GENERAL
DEL PLAN DE ACCIÓN

FUERZAS REVOLUCIONARIAS

✿ Escuela de Artes y Oficios San Lorenzo, (principal foco de resistencia)

Ⓝ Acuartelamiento

Objetivos tomados

- ① Distrito Naval Sur
- ② Estación de la Policía Nacional
- ③ Estación de la Policía Marítima
- ④ Subplanta eléctrica

EJÉRCITO DE LA TIRANÍA

→ Ruta de los refuerzos

⦿ Focos de resistencia

✿ Encuentros armados

ENSENADA MARSILLAN



Vista aérea de Cayo Loco. Cienfuegos, donde se hallaba el Distrito Naval del Sur, conectado a la ciudad por una estrecha carretera. Desde el enclave militar salieron grupos de revolucionarios con armas y pertrechos para tomar las instalaciones militares de la ciudad.



Distrito Naval del Sur en la década del cincuenta. Debajo, la ametralladora antiaérea ubicada, por los marinos complotados, en la azotea del edificio.





Civiles en la entrada del distrito naval en la mañana del 5 de septiembre de 1957: unos armados antes de partir a ocupar su posición y otros en espera de las armas para incorporarse al levantamiento.





El pueblo avanza hacia la jefatura de la Policía Nacional en busca de armas. Debajo, revolucionarios ya armados, dispuestos a defender sus intereses.



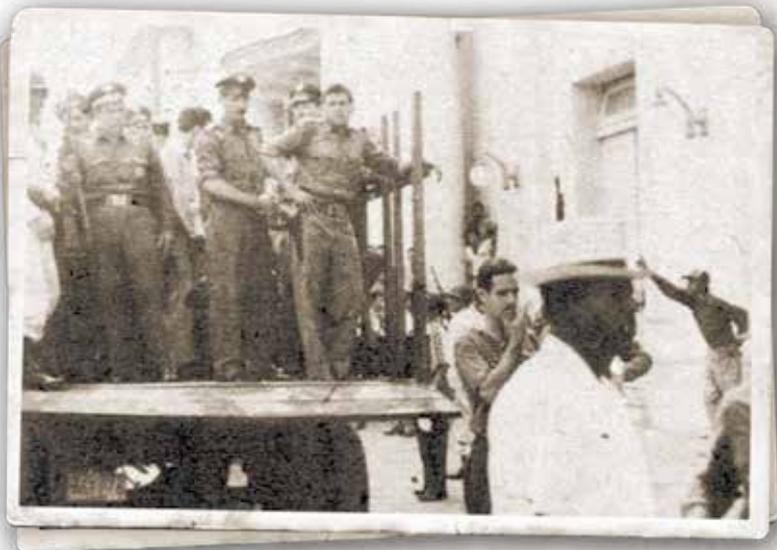


Marinos y civiles trasladan una ametralladora hacia el colegio San Lorenzo. Debajo, un avión de la fuerza aérea de Fulgencio Batista sobrevuela el Ayuntamiento y la Estación de la Policía Nacional, ambos organismos en la misma edificación.





Momentos en que el Ayuntamiento municipal y la Estación de la Policía han sido tomados por el pueblo: civiles y militares.





Tomada la jefatura de la Policía, observan el proceso de detención de los prisioneros.



Combatientes conducen a policías prisioneros...





Rebeldes armados en los alrededores del parque Martí.





Civiles armados en la calle San Carlos, a un costado de la catedral. Por esa misma calle, transita un camión ocupado por un grupo de combatientes.





Luego de tomada la ciudad, miembros del MR-26-7.
Con casco, el destacado combatiente Luis Pérez Lozano.





Hombres de pueblo, movilizados, intercambian con el alférez Dimas Martínez a un costado de la Escuela de Artes y Oficios San Lorenzo. Debajo, las huellas de los combates en las paredes del inmueble, último bastión rebelde.





Edificio de la Estación de la Policía Marítima tomado por el sargento Alberto Ríos Mayea y otros revolucionarios. Debajo, el guardacostas 101 *Leoncio Prado*, abordado por Dionisio San Román con el objetivo de buscar información sobre el levantamiento nacional.





Así la prensa de la época recogió los acontecimientos del 5 de septiembre de 1957, en Cienfuegos.





Monumento al levantamiento popular del 5 de septiembre de 1957.
Distrito Naval del Sur, Cayo Loco, hoy Museo Histórico Naval.



Monumento a los mártires en el cementerio Tomás Acea.

- CASTRO RUZ, FIDEL: *Cienfuegos. Un episodio heroico en la lucha de nuestro pueblo*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1977.
- CASTRO RUZ, RAÚL: “Discurso pronunciado en el VIII aniversario del asalto al cuartel Moncada”, Ediciones Obras revolucionarias, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1961.
- COLECTIVO DE AUTORES: *Síntesis Histórica Provincial. Cienfuegos*, Editora Historia, 2011.
- COLECTIVO DE AUTORES: “Síntesis biográfica de los mártires del 5 de septiembre”, Museo Histórico Naval Archivos. Trabajo mecanografiado inédito, 1987.
- CHÁVEZ ÁLVAREZ, EMMA: *Mártires del Goicuría*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2016.
- DÍAZ CHAVIANO, CARIDAD GABRIEL: “Síntesis biográfica de los mártires del 5 de septiembre de 1957 en Cienfuegos”, Biblioteca Provincial de Cienfuegos. Fondos raros y valiosos. Trabajo mecanografiado inédito.
- GÁLVEZ AGUILERA, MILAGROS: *Sobre Olas*, Casa Editorial Verde Olivo, La Habana, 2012.

- GÁLVEZ RODRÍGUEZ, WILLIAM: *Frank, entre el sol y la montaña*, Ediciones Unión, La Habana, 1991.
- GARCÍA MARTÍNEZ ORLANDO y ALINA PUIG YANTA: *José Gregorio Martínez Medina, un luchador clandestino*, Editora Política, la Habana, 1980.
- GARCÍA MARTÍNEZ ORLANDO y ALINA PUIG YANTA: *Biografía de Luis Pérez Lozano*, Editora Política, La Habana, 1982.
- GARCÍA PÉREZ, GLADYS MAREL: *Insurrección y Revolución*, Ediciones Unión, La Habana, 2006.
- GARCÍA SUAREZ, ANDRÉS: *La luz que sube de tu nombre*, Ediciones Mecenass, Cienfuegos, 2007.
- HART DÁVALOS, ARMANDO: *Aldabonazo*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1997.
- LEYVA PAGAN, GEORGINA: *Historia de una gesta libertadora. 1952-1959*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2009.
- LÓPEZ QUINTANA, ELIO: *El sueño de los insomnes*, Ediciones Mecenass, Cienfuegos, 2005.
- MENCÍA COBAS, MARIO: *Tiempos precursores*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- MENCÍA COBAS, MARIO: *El Moncada. La respuesta necesaria*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2013.
- OLTUSKI, ENRIQUE: *Gente del llano*, Ediciones Imágenes Contemporáneas, La Habana, 2001.
- RODRÍGUEZ SALGADO, RAMÓN: *Vergüenza contra dinero*, Editora Política, La Habana, 2007.
- ROSADO EIRO, LUIS y PILAR QUESADA GONZÁLEZ: *Cienfuegos. Sublevación de todo el pueblo*, Editora Política, La Habana, 1997.
- SUÁREZ SUÁREZ, REINALDO: *Faustino dejando jirones de sí mismo*, Ediciones Unión, La Habana, 2012.

Documentales

Archivo Provincial de Cienfuegos (AHPC). Fondo Juzgado de Instrucción de Cienfuegos. Expediente no. 317 de 1959. Juicio 272 de 1957. Delito de Reunión Ilícita el 28 de mayo de 1957 en Cienfuegos.

- AHPC. Fondo Juzgado de Instrucción de Cienfuegos. Juicio 632 de 1957. Certifico de secretario Juzgado, Armando Tosar Suárez.
- AHPC. Fondo Juzgado de Instrucción de Cienfuegos. Juicio 562 de 1957. Carta de José H. Santiesteban Bruzón, jefe Policía Judicial. La Habana, julio 4 de 1957.
- Museo Histórico Naval de Cienfuegos. Fondo documental de los mártires del 5 de septiembre de 1957 en Cienfuegos. Expedientes personales.
- Museo Histórico Provincial de Cienfuegos (MHPC). Documento. Grupo 5 Especial de la Policía Nacional. La Habana, 25 de noviembre de 1957. Asunto: armas ocultas. Declarante: Rogelio Guillot, asaltante. Copia extractada de la declaración del detenido Guillot.
- MHPC. Documento. República de Cuba. Ministerio de Defensa. Ejército. Relación de los detenidos por reunión ilícita en la ciudad de Cienfuegos (de carácter subversiva) para atentar contra los poderes del Estado. Santa Clara, 31 de mayo de 1957.
- AHPC. Expediente No. 73 de 1957. Estado Mayor de la Marina de Guerra. Delito de Rebelión el 5 de septiembre de 1957. Documento de Sentencia. Copia fiel.
- Ministerio de Justicia. (En adelante MINJUS) Tribunal Provincial de Villa Clara. Archivo. Fondo Audiencia de Las Villas. Juzgado de Instrucción de Cienfuegos. Causa 1411 de 1959.
- MINJUS. Tribunal Provincial de Villa Clara. Archivo. Fondo Audiencia de Las Villas. Juzgado de Instrucción de Cienfuegos. Causa 1414 de 1959.
- MINJUS. Tribunal Provincial de Santa Clara. Archivo Fondo Audiencia de Las Villas. Juzgado de Instrucción de Cienfuegos. Causa 1447 de 1959.
- MINJUS. Tribunal Provincial de Santa Clara. Archivo Fondo Audiencia de Las Villas. Juzgado de Instrucción de Cienfuegos. Causa 1476 de 1959.
- MINJUS. Tribunal Provincial de Santa Clara. Archivo Fondo Audiencia de Las Villas. Juzgado de Instrucción de Cienfuegos. Causa 1885 de 1959.

MINJUS. Registro Civil de Cienfuegos. Oeste. Defunciones. Folio 292. Tomo 92 Número 291. Julio Constantino Pérez Gómez. Septiembre 8 de 1957.

Periódicas

ÁLVAREZ MACHADO, ÁNGEL: “Cienfuegueras Melba Hernández, heroína del Moncada y Abelardo Crespo, asaltante, recuerdan aquella gesta gloriosa del 26 de julio de 1953. De otro combatiente, ya fallecido, hablan sus hermanos”. En: periódico *Cienfuegos en la Historia*, Cienfuegos, septiembre de 2003, pp. 2-3.

CAMACHO AGUILERA, JULIO: “El alzamiento de Cienfuegos”. En: periódico *Revolución*, La Habana, 10 de septiembre de 1962, p. 10.

_____ : “A 20 años del 5 de septiembre de 1957”. En: revista *El Militante Comunista*, La Habana, septiembre de 1977.

CUBILLAS, VICENTE: “Cienfuegos, la gesta heroica del 5 de septiembre de 1957. En: revista *Bohemia*, Año 51, No. 37, septiembre 13 de 1959, pp. 46-50 y 87.

GARCÍA MARTÍNEZ, ORLANDO F.: “El alzamiento popular del 5 de septiembre de 1957”. En: revista cultural *Ariel*, Cienfuegos, Año X, Edición especial, cuarta Época, 2007, pp. 3-18.

GARCÍA SUAREZ, ANDRÉS: “El 5 de septiembre en La Habana. Cuatro nombres que se unen al martirologio de Cienfuegos”. En: periódico *5 de septiembre*, Año 6, Cienfuegos, 7 de septiembre de 1987, p. 8.

_____ : “Escudo y espada”. En: Revista Cultural *Ariel*. Cienfuegos. Año X, edición especial, cuarta Época, 2007, pp. 19-24.

HERNÁNDEZ GARCINI, OTTO: “El heroísmo inmortalizó a Cienfuegos”. En: periódico *Juventud Rebelde*, La Habana, 5 de septiembre de 1957, p. 4.

MENÉNDEZ, ALDO: “Un levantamiento popular”. En: revista *Bohemia*, Año 65, No. 36, 7 de septiembre de 1973.

PAVÓN TAMAYO, ROBERTO: “Cienfuegos, el 5 de septiembre de 1957”. En: revista *Bohemia*, Año 58, No. 36, 6 de septiembre de 1966.

(sin autor): “Un herido grave y ocho detenidos en los sucesos por el Juramento a la Carta del 40”. En: periódico *El Comercio*, Cienfuegos, 16 de junio de 1952, p. 1.

(s. a.): “Golpeados los estudiantes”. En: periódico *La Correspondencia*, Año 58, No. 23. Cienfuegos, 28 de enero de 1956, pp. 1 y 3.

(s. a.): “Pegaron fuego a las dos bombas de la Shell en Calzada y Manacas”. En: periódico *La Correspondencia*, Año 58, No. 335. Cienfuegos, 30 de noviembre de 1956.

(s. a.): “Atentados dinamiteros”. En: periódico *La Correspondencia*, Año 58, No. 173, Cienfuegos, 25 de julio de 1957, pp. 1 y 3.

(s. a.): “Los sucesos del día 5: Muchos muertos”. En: periódico *El Comercio*, Edición Especial, Cienfuegos, 7 de septiembre de 1957, p. 1.

(s. a.): “Normalidad total en Cienfuegos”. En: periódico *La Correspondencia*, Año 59, no. 109, Cienfuegos, 7 de septiembre de 1957, p. 1.

(s. a.): “Las fuerzas armadas evitaron que la lucha se generalizara por la ciudad”. En: periódico *El Comercio*, Cienfuegos, 9 de septiembre de 1957, p. 1.

(s. a.): “Radicó el Tribunal de Urgencias causa por los sucesos del día 5”. En: periódico *El Comercio*, Cienfuegos, 17 de septiembre de 1957, p. 1.

(s. a.): “Informa el Estado Mayor de la Marina sobre los sucesos de Cienfuegos”. En: periódico *La Correspondencia*, Año 59, No. 128, Cienfuegos, 28 de septiembre de 1957, p. 1.

(s. a.): “Sanciones dictadas”. En: periódico *El Comercio*, Cienfuegos, 2 de octubre de 1957, p. 1.

SARMIENTO CARRERAS, RAÚL: “Antecedentes de la sublevación de Cienfuegos”. En: periódico *Vanguardia*, Santa Clara, 5 de septiembre de 1957, p. 2.

_____ : “El empeño persistente del 20 de abril”. En: periódico *Vanguardia*, Santa Clara, 26 de mayo de 1982, p. 2.

TORO, CARLOS DEL: “El levantamiento insurreccional de Cienfuegos”. En: periódico *Granma*, La Habana, 5 de septiembre de 1974, p. 2.

Orales

Acosta G. Norma: Entrevista realizada en agosto de 1964. Archivo Personal Andrés García Suárez. (En adelante APAG). Empleada. Militante MR-26-7. Casa acuartelamiento 5 de septiembre de 1957.

Aragonés Mayor, Pedro A.: Entrevista realizada en julio de 1976. PCC-C. Obrero. Coordinador MR-26-7 Cienfuegos. (Junio a septiembre 1957). Dirigente 5/sep./1957.

Aragonés Navarro, Emilio: Entrevista realizada en abril de 1963. APAG. Empresario. Coordinador MR-26-7 Cienfuegos. (Enero-mayo 1957).

Aragonés Navarro, Emilio: Empresario. Entrevista realizada en julio de 1981. PCC-C. Coordinador MR-26-7 Cienfuegos. (Enero-mayo 1957).

Bolufé Lozano, Rogelio: Entrevista realizada 26 de abril de 1980. PCC-C. Trabajador. Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.

Bonet González, Alicia: Entrevista realizada en noviembre de 1971. PCC-C. Ama de casa. Viuda del mártir Francisco del Sol.

Camacho Aguilera, Julio: Entrevista realizada en Santa Clara, 1963. APAG. Jefe de Acción MR-26-7 en Las Villas (Junio a septiembre 1957). Dirigente principal del alzamiento 5/sep./1957.

_____ : Entrevista realizada en finca Aguadita, Abreus, septiembre de 2007. APAG. Jefe de Acción MR-26-7 en Las Villas. (Junio a septiembre 1957). Dirigente principal del alzamiento del 5/sep./1957.

Cantero Martínez, Guillermo Rolando: Entrevista realizada en diciembre de 1980. PCC-C. Marinero. Combatiente 5/sep./1957.

Carrera, Julio: Entrevista realizada en 1963. APAG. Expolicía marítimo. Jefe grupo MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.

- Clark, Mario. Entrevista realizada en Enero de 1979. PCC-C. Propietario Farmacia. Integrante MR-26-7. Amigo mártir Luis Pérez.
- Coll Calaña, Bohemia. Entrevista realizada en septiembre de 1964. APAG. Ama de casa. Colaboradora MR-26-7.
- Coll Calaña, Raúl. Entrevista realizada en septiembre de 1964. APAG. Empleado. Miembro MR26-7. Combatiente del grupo dirigente del 5/sep./1957.
- Corsés Portal, María. Entrevista realizada en febrero de 1979. PCC-C. Maestra. Militante MR-26-7. Casa acuartelamiento 5 de septiembre de 1957.
- Curbelo Morales, Oscar. Entrevista realizada en febrero de 1979. PCC-C. Trabajador. Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- Curbelo Morales, Raúl. Entrevista realizada en septiembre de 2007. APAG. Trabajador. Coordinador MR-26-7 en Abreus.
- Curbelo Torres, Alfredo. Entrevista realizada en agosto de 1963. APAG. Empleado. Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- Chaos Trujillo, Manuel. Entrevista realizada en agosto de 1963. APAG. Obrero. Militante PSP. Miembro del MR-26-7 en Cruces.
- Delgado González, José A. Entrevista realizada en junio de 1978. PCC-C. Trabajador. Exmarinero. Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- Díaz, Isidro. Entrevista realizada en marzo de 1963. APAG. Trabajador Vivac, Policía Nacional de Cienfuegos en 1957.
- Díaz García, Otto. Entrevista realizada en agosto de 1977. APAG. Militante MR-26-7 en La Habana. Único sobreviviente del grupo que enfrentó al carro patrullero en Ayestarán y Desagüe, La Habana.
- Dorticós Jiménez, Raúl: Entrevista realizada en junio de 1980. PCC-C. Estudiante. Dirigente estudiantil. Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- Duarte Jiménez, Humberto. Entrevista realizada el 15 de marzo de 1981. PCC-C. Locutor amigo de Luis Pérez.

- Enamorado Moreira, Alberto. Entrevista realizada (s. f.). APAG. Marinero. Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- Escobar Marín, Francisco. Entrevista realizada en febrero de 1979. PCC-C. Empleado. Miembro MR-26-7. Jefe grupo acción y sabotaje. Combatiente 5/sep./1957.
- Espino, Antonio. Entrevista realizada en marzo de 1965. APAG. Empleado. Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- Fernández Rodríguez, Hernando Debray. Entrevista realizada en junio de 1964. APAG. Marinero. Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- Fragoso Ávila, Armando. Entrevista realizada en julio de 1966. APAG. Marinero. Combatiente 5/sep./1957.
- Gallardo, Jorge. Entrevista realizada en 1965. APAG. Estudiante. Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- García Chaviano, Jorge. Fotógrafo. Entrevista realizada en abril de 1967. APAG. Fotógrafo.
- García Flores, Rigoberto. Entrevista realizada en diciembre de 1962. APAG. Propietario farmacia. Coordinador MR-26-7 Cienfuegos. (Fines 1955-enero 1957).
- _____ : Propietario farmacia. Entrevista realizada en diciembre de 1979. PCC-C.
- García Prado, Luis. Entrevista realizada en julio de 1967. APAG. Empleado hotel Roma.
- González Aguiar, Elpidio. Entrevista realizada en 1964. APAG. Empleado hotel La Unión de Cienfuegos.
- González Sánchez, Gilberto. Entrevista realizada en marzo de 1967. APAG. Trabajador. Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- Guerra Avilés, Pedro. Entrevista realizada en agosto de 1972. APAG. Exmarinero. Combatiente 5/sep./1957.
- Hernández, Cándido. Entrevista realizada en agosto de 1964. APAG. Jefe del Tercio Táctico del Regimiento Leoncio Vidal de Santa Clara. Herido combate parque Martí.
- Hernández López, Raúl. Entrevista realizada en mayo de 1971. APAG. Marinero. Combatiente 5/sep./1957.
- Hernández Marín, Blas. Entrevista realizada en marzo de 1963. APAG.

- León Padrón, Félix. Entrevista realizada en agosto de 1963. APAG. Obrero Combatiente 5/sep./1957
- Leyva, Luis. Entrevista realizada en agosto de 1963. APAG. Policía Marítimo. Combatiente 5/sep./1957.
- Liriano Hernández, Jorge. Entrevista realizada en diciembre de 1978. PCC-C. Trabajador. Fundador y dirigente MR-26-7 en 1955. Combatiente 5/sep./1957.
- López Bosch, Luis. Entrevista realizada en enero de 1969. APAG. Trabajador. Integrante del MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- Lozano, María. Entrevista realizada el 10 de enero de 1980. PCC-C. Ama de casa. Madre mártir Luis Pérez Lozano.
- Llorca M. Pedro. Entrevista realizada en enero de 1979. PCC-C. Empleado. Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- Margolles Dueñas, Aldo. Entrevista realizada en marzo de 1963. APAG. Empleado. Miembro MR-26-7. Jefe Brigadas de Acción y sabotaje (1956-mayo 28 de 1957).
- Martínez, Saturnino. Entrevista realizada en abril de 1963. APAG. Alférez Marina de Guerra. Comandante guardacostas 101 *Leoncio Prado*.
- Martínez, Saturnino. Entrevista realizada en 1977. PCC-C. Alférez Marina de Guerra. Comandante guardacostas 101 *Leoncio Prado*.
- Mederos Juan G.: Entrevista realizada mayo de 1979. PCC-C. Marinero. Combatiente 5/sep./1957.
- Miranda León, Luis. Entrevista realizada en agosto de 1963. APAG. Marinero. Combatiente 5/sep./1957.
- Muñiz, Tomas: Entrevista realizada en enero de 1980. PCC-C. Estudiante. Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- Morejón González, René. Entrevista realizada en septiembre de 1965. APAG. Empleado. Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- Murga Cristo, Manuel. Entrevista realizada en agosto de 1963. APAG. Marinero. Combatiente 5/sep./1957
- Nualla Álvarez, Ignacio. Entrevista realizada en febrero de 1964. APAG. Estudiante Miembro MR-26-7. Combatiente 5/sep./1957.

- Olascoaga Vázquez, Pedro L. Entrevista realizada en abril de 1963. APAG. Trabajador. Miembro fundador MR-26-7. Jefe de Acción y Sabotaje (junio-septiembre de 1957). Combatiente 5/sep./1957.
- Olascoaga Vázquez, Pedro L.: Entrevista realizada en enero de 1979. PCC-C. Trabajador. Miembro fundador MR-26-7. Jefe de Acción y Sabotaje (junio-septiembre de 1957). Combatiente 5/sep./1957.
- Pérez Díaz, Francisco. Entrevista realizada en 1964. APAG. Marinero. Combatiente 5/sep./1957.
- Pérez Lozano, Raúl: Entrevista realizada en 15 de enero de 1981. PCC-C. Trabajador. Hermano del mártir Luis Pérez.
- Piña Proto, Daniel. Entrevista realizada en septiembre de 1977. PCC-C. Marinero. Combatiente 5/sep./1957.
- Porrúa, José: Entrevista realizada en junio de 1963. APAG. Administrador del Cementerio Acea de Cienfuegos.
- Prado Díaz, José Emilio. Entrevista realizada en julio de 1963. APAG. Exmarinero. Combatiente 5/sep./1957.
- Quesada, José R. Entrevista realizada en julio de 1963. APAG. Alférez Marina Guerra. Combatiente 5/sep./1957.
- Quesada, José R.: Entrevista realizada el 7 de febrero de 1980. PCC-C. Alférez Marina Guerra. Combatiente 5/sep./1957.
- Roque Núñez, Roberto. Entrevista realizada en 1963. APAG. Exalférez. Expedicionario del yate *Granma*.
- Suárez Peña, Ricardo. Entrevista realizada en junio de 1964. APAG. Obrero. Combatiente 5/sep./1957.
- Toledo Díaz, Rafael. Entrevista realizada en febrero de 1963. APAG. Estudiante. Miembro M-26-7. Combatiente 5/sep./1957.
- Valle, Lino del. Entrevista realizada en 1967. APAG. Marinero. Combatiente 5/sep./1957.
- Villalonga, César Raúl. Entrevista realizada en septiembre de 2007. APAG. Marinero. Combatiente 5/sep./1957.
- Yánez, Luis. Entrevista realizada en agosto de 1963. APAG. Policía Marítimo. Combatiente 5/sep./1957.
- Zurbarán Hidalgo, José A. Entrevista realizada (s. f.). APAG. Empleado. Miembro M-26-7. Combatiente 5/sep./1957.

Digitales

- Anoceto Rega, Eduardo. Mártir revolucionario cubano. <http://www.ecured.cu/index.php?title=Eduardo_Anoceto_Rega&oldid=2606518>.
- Bosch Arias, Osvaldo. Mártir revolucionario cubano. <http://www.ecured.cu/index.php?title=Osvaldo_Bosch_Arias&oldid=2214177>.
- Colina Rodríguez, Ernestino. Mártir revolucionario cubano. <http://www.ecured.cu/index.php?title=Ernestino_Colina_Rodriguez&oldid=1481301>.
- Curbelo Colina, Francisco Claudio. Mártir revolucionario cubano. <http://www.ecured.cu/index.php?title=Francisco_Claudio_Curbelo_Colina&oldid=2214250>.
- Gamboa Mouriz, Armando. Mártir revolucionario cubano. <http://www.ecured.cu/index.php?title=Armando_Gamboa_Mouriz&oldid=2606518>.
- González Aguiar, Rubén. Mártir revolucionario cubano. http://www.ecured.cu/index.php?title=Ruben_Gonzalez_Aguiar&oldid=2129294.
- Marcuello Barrios, Raúl. Mártir revolucionario cubano. <http://www.ecured.cu/index.php?title=Raul_Marcuello_Barrios&oldid=2606518>.
- Martell Esquerdo, Francisco Claudio. Mártir revolucionario cubano. http://www.ecured.cu/index.php?title=Francisco_Claudio_Martell_Esquerdo&oldid=1850022.
- Mederos Soto, Heriberto. Mártir revolucionario cubano. <http://www.ecured.cu/index.php?title=Heriberto_Mederos_Soto&oldid=1850009>.
- Pérez Gómez, Julio Constantino. Mártir revolucionario cubano. <http://www.ecured.cu/index.php?title=Julio_Constantino_Pérez_Gómez_&oldid=2606518>.
- Pérez Lozano, Luis Ciro. Mártir revolucionario cubano. <http://www.ecured.cu/index.php?title=Luis_Ciro_Perez_Lozano&oldid=227065>.

- Reyes Garcia, Ibrahim. Mártir revolucionario cubano. <http://www.ecured.cu/index.php?title=Ibrahim_Reyes_Garcia&oldid=2214408>.
- Rodríguez Barrizonte, Adolfo Serafín. Mártir revolucionario cubano. http://www.ecured.cu/index.php?title=Adolfo_Serafin_Rodriguez_barrizonte&oldid=2214364.
- Rodríguez Risell, Benedicto. Mártir revolucionario cubano. <http://www.ecured.cu/index.php?title=Benedicto_Rodriguez_Ricer&oldid=2214335>.
- Rosquete Díaz, Armando. Mártir revolucionario cubano. <[http://www.ecured.cu/index.php?title=Armando_Rosquete_Diaz &oldid=1654656](http://www.ecured.cu/index.php?title=Armando_Rosquete_Diaz&oldid=1654656)>.
- Siverio Talavera, José Rafael Ignacio. Mártir revolucionario cubano. http://www.ecured.cu/index.php?title=Jose_Rafael_Ignacio_Siverio_Talavera&oldid=2214404.
- Suárez del Villar y del Sol, Juan Roberto. Mártir revolucionario cubano. <http://www.ecured.cu/index.php?title=Juan_Roberto_Suarez_del_Villar_y_del_Sol&oldid=2214248>.
- Toledo Benítez, Tomas Domingo. Mártir revolucionario cubano. <http://www.ecured.cu/index.php?title=Tomas_Domingo_Toledo_Benitez&oldid=1566449>.

Índice

Oposición al golpe de Estado	7
Constitución del MR-26-7 en Cienfuegos	11
Primeros intentos de alzamiento popular	13
Sublevación popular del 5 de Septiembre	19
Arturo Álamo González	29
Oswaldo Bosch Arias	33
Juan Felino Cárdenas González	37
Ernestino Colina Rodríguez	41
Francisco Curbelo Colina	45
Julián Orestes Chaviano González	49
José María Fernández Cuadra	53
Rubén González Aguiar	56
Alejandro González Brito	59
René de Jesús González Cartaya	64
Pedro González Díaz	69
Miguel González Yera	73
Ángel Ramón Jardín Suárez	77
Nicolás Luciano López-Viera González	81
Francisco Claudio Martell Esquerdo	84
José Gregorio Martínez Medina	88
Dimas Martínez Padilla	94
Galo Froilán Mederos Soto	99
Heriberto Mederos Soto	104
Gregorio Morgan Hernández	108
Julio Constantino Pérez Gómez	111
Luis Ciro Pérez Lozano	115
Héctor Pérez Llorca	120
Rafael Quintana Lorié	123
Ibrahim Reyes García	126
Alberto Cayetano Ríos Mayea	129
Adolfo Serafín Rodríguez Barrisonte	133

Juan Gilberto Rodríguez Campanioni	136
Carmelo Rodríguez Leyva	139
Benedicto Rodríguez Risell	142
Armando Rosquete Díaz	145
José Dionisio San Román Toledo	147
José Rafael Ignacio Siverio Talavera	157
Francisco del Sol Díaz	160
Juan Suárez del Villar y del Sol	167
Froilán Pastor Sust Valdespino	170
Galo Tiel Delgado	173
Jose Joaquín Toledo Alonso	177
Tomás Domingo Toledo Benítez	180
José Ramón Funes Rodríguez	183
Armando Gamboa Mouriz	186
Raúl Marcuello Barrios	190
Félix Laguardia Tamayo	193
Laureano Anoceto March	196
Eduardo Anoceto Rega	199
Rubén Carrillo Sánchez	201
Anexos	203
Fuentes consultadas	229



**... que esta Oficina de Asuntos Históricos
sea siempre un monumento vivo
a la obra fecunda y la imperecedera
memoria de Celia.**

Bidibart

Estimado lector:

La Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado fue creada por Celia Sánchez Manduley el 4 de mayo de 1964, como culminación institucional a la labor que inició durante la Guerra de Liberación Nacional para el rescate y conservación del patrimonio documental de la Revolución Cubana.

Nuestro archivo atesora gran cantidad de originales: fotos, documentos, grabaciones, objetos —fundamentalmente del periodo 1952-1959—, manuscritos de José Martí, su iconografía y la más numerosa colección de las ediciones príncipes de su obra. Igualmente conserva un extenso volumen de prensa clandestina y de diversas publicaciones del mismo periodo.

La institución desarrolla investigaciones científicas sobre la etapa insurreccional y los primeros años de la Revolución. Además, brinda servicios especializados de biblioteca y hemeroteca, consulta en diferentes soportes, referencias, asesoramiento sobre temas históricos, información a distancia, venta de libros, así como visitas para apreciar las pinturas murales del artista danés Asger Jorn.

A nombre del sello editorial **Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado** publica textos que destacan el pensamiento político del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz y títulos a partir de investigaciones avaladas por nuestro consejo científico. Cuenta, además, con la emisión electrónica mensual del *Boletín Revolución* (electrónico) y la revista impresa *Cinco Palmas*, de frecuencia anual.

Nuestro colectivo acoge con interés sus criterios y sugerencias, y agradece las donaciones de documentos y objetos relacionadas con el fondo patrimonial que conservamos.

La Editorial

Últimas publicaciones impresas

- *La victoria estratégica. Por todos los caminos de la Sierra.* Fidel Castro Ruz, 2010.
- *La contraofensiva estratégica. De la Sierra Maestra a Santiago de Cuba.* Fidel Castro Ruz, 2010.
- *Diario de la guerra 1.* Pedro Álvarez Tabío, 2010.
- *Diario de la guerra 2.* Heberto Norman Acosta y Pedro Álvarez Tabío, 2010.
- *Diario de la guerra 3.* Heberto Norman Acosta, 2015.
- *Fidel y la religión.* Frei Betto, Colección ALBA Bicentenario, 2010.
- *Misioneros del ALBA.* Pedro de la Hoz y Alberto Núñez, 2010.
- *Celia: alas y raíces.* Nelsy Babiél Gutiérrez y María del Carmen Remigio (compiladoras), 2011.
- *De mi alma un instante. Poemas y dibujos de Frank País.* Armando Gómez Carballo e Ileana Guzmán Cruz (compiladores), 2011.
- *Fidel Castro ante los desastres naturales. Pensamiento y acción.* Luis Enrique Ramos Guadalupe, 2011.
- *El retorno anunciado.* Heberto Norman Acosta, 2011.
- *La lección del Maestro.* Carmen Castro Porta, 2011.
- *Mártires del Granma.* Juan José Soto Valdespino, 2012.
- *De cara al sol y en lo alto del Turquino.* Carlos M. Marchante Castellanos, 2012.
- *Collar de piedras.* Tomás Cárdenas García y Naida Orozco Sánchez, 2012.
- *El Moncada, la respuesta necesaria. Versión ampliada y modificada.* Mario Mencía Cobas (Premio Nacional de Historia 2011), 2013.
- *Quinteto Rebelde.* Norberto Escalona Rodríguez, 2013.
- *Guisa: estrategia y coraje.* Juan José Soto Valdespino, 2013.
- *Camilo eternamente presente.* Edimirta Ortega Guzmán (compiladora), 2014.
- *Lucharemos hasta el final.* (Cronologías de 1955 a 1958). Rolando Dávila Rodríguez, 2011, 2012, 2013 y 2015.
- *Revista Cinco Palmas,* números 1 al 4 (años 2014-2017).
- *Santiago siempre Santiago.* Hugo Rueda Jomarrón, 2015.
- *Enrique Hart Dávalos. Vitalidad inquieta y desbordante.* Héctor Rodríguez Llompant, 2015.
- *Entre espinas, flores. Anecdotario.* Carlos M. Marchante Castellanos, 2015.
- *Julio 26. Monumentos en la carretera de Siboney.* Augusto Rivero Mas, 2015.
- *Mártires del Goicuría.* Clara Emma Chávez Álvarez, 2016.
- *La historia me absolverá. Edición anotada.* Fidel Castro Ruz, 2016.
- *La palabra empeñada. El exilio revolucionario cubano 1953-1956.* Heberto Norman Acosta, 2016.
- *La epopeya del Granma.* Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2016.
- *Fidel en la tradición estudiantil universitaria.* Francisca López Civeira y Fabio E. Fernández Batista, 2016.
- *Mártires de La Llorona.* Daisy P. Martín Ciriano, Mirta Z. Estupiñán González y Carlos Abreu López, 2017.

